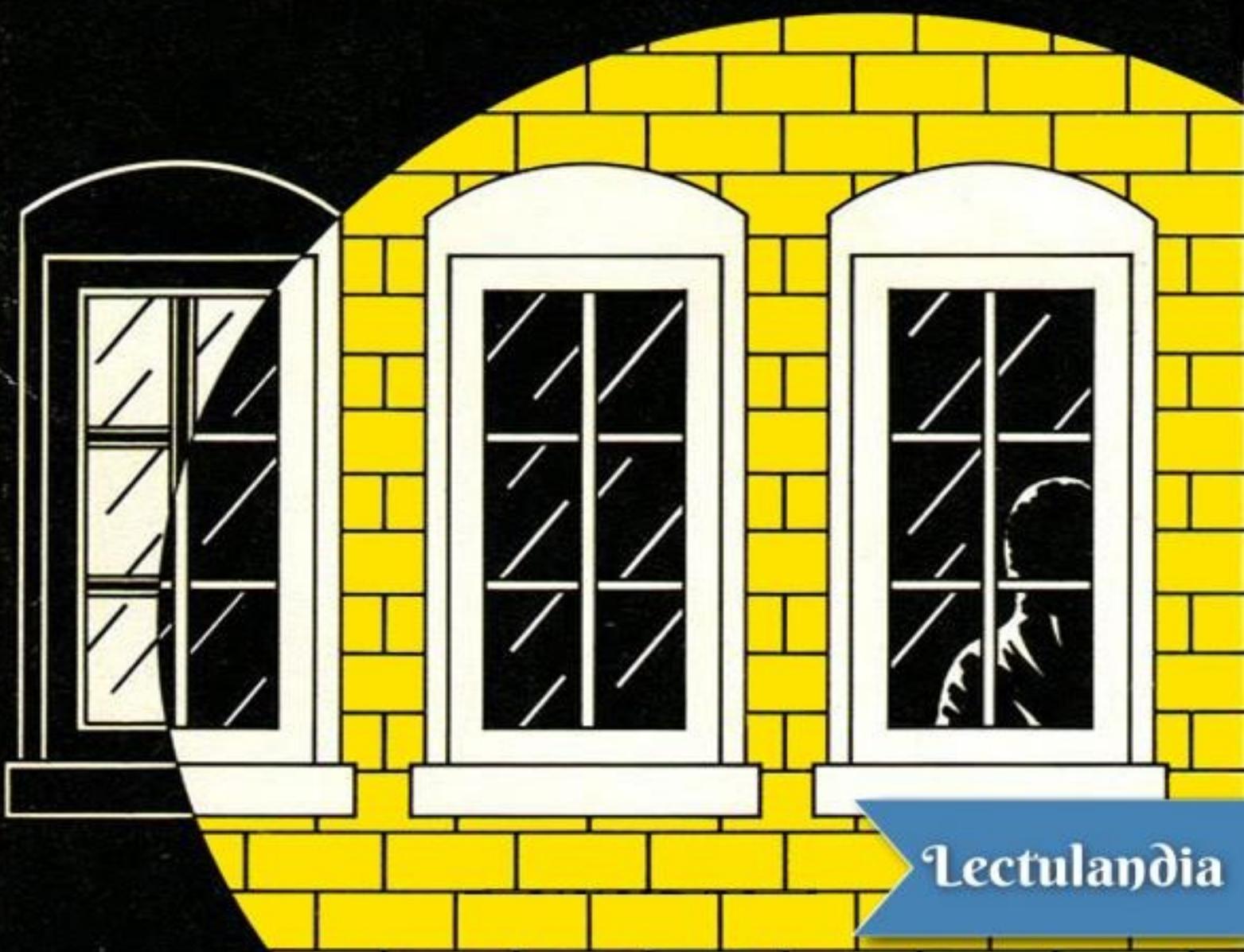


CRIMEN & CIA.

Leo Bruce

**MISTERIO
PARA TRES
DETECTIVES**



Lectulandia

En este divertido «*four de force*» los tres detectives que han de resolver un caso de asesinato en un cuarto cerrado son parodias de tres detectives famosos en la historia del género policial: Peter Wimsey, llevado a la fama por Dorothy Sayers, Hércules Poirot, inmortalizado por Agatha Christie y el padre Brown, la singular creación de G. K. Chesterton. Cada uno de los tres detectives de Bruce presenta sus respectivas conclusiones, todas diferentes, todas ultralógicas, todas razonadas desde el primero hasta el último detalle. Pero el que va a contribuir al esclarecimiento del crimen de manera precisa nos es ninguno de ellos sino el sargento Beef, un detective de la baja clase media, inmensamente capaz y astuto, que resuelve todos sus casos nada más y nada menos que mediante el sentido común.

Lectulandia

Leo Bruce

Misterio para tres detectives

Sargento Beef. - 01

Crimen & Cia. - 44

ePub r1.1

algarri 22.06.14

Título original: *Case for Three Detectives*

Leo Bruce, 1936

Traducción: Diana Trujillo

Diseño de cubierta: Jordi Paris

Editor digital: algarri

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Nota Sobre el autor

Leo Bruce fue el seudónimo usado por **Rupert Croft-Cooke** para sus novelas de intriga y misterio, entre las que habría que destacar las protagonizadas por el Sargento Beef y las de el profesor Carolus.

Macbeth —¡Ha sido una noche tremenda!

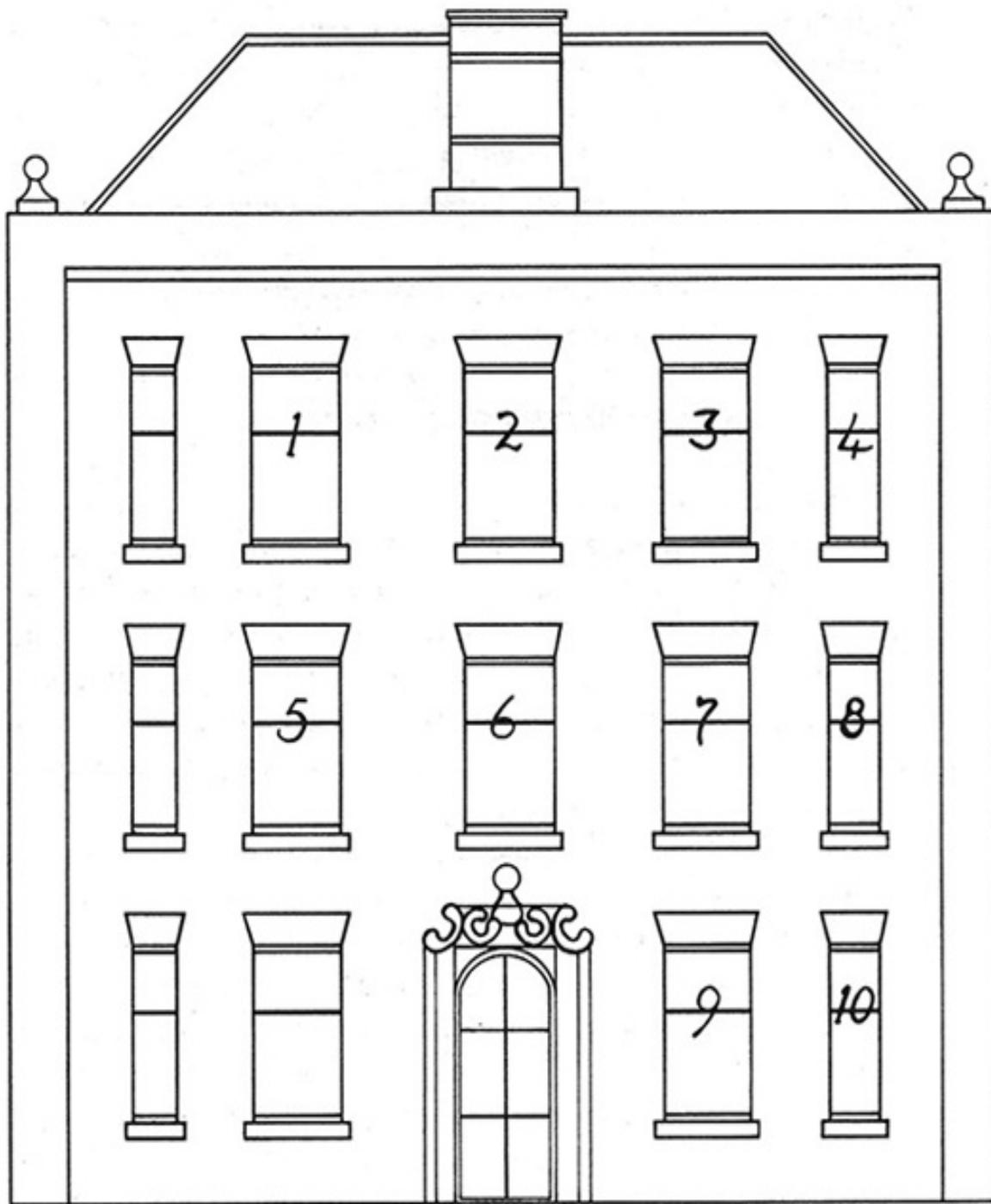
Lennox —Mi tierna memoria no halla paralelo con otra semejante.

(Vuelve a entrar Macduff).

Macduff —¡Oh horror! ¡Horror! ¡Horror! ¡Horror!... ¡Ni la lengua ni el corazón pueden concebirte ni nombrarte!

Macbeth y Lennox —¿Qué sucede?

Macduff —¡La destrucción acaba de consumir su obra maestra! ¡El asesino más sacrílego ha profanado el templo del ungido del Señor y ha robado la vida del santuario!



- | | |
|--|--|
| 1. Ventana de la habitación de Stall. | 6. Ventana de la habitación de Strickland. |
| 2. Ventana de la habitación de Fellowes. | 7. Ventana de la habitación de Mary Thurston. |
| 3. Ventana de la cámara de las manzanas. | 8. Ventana de la habitación de Mary Thurston que no puede abrirse. |
| 4. Ventana del desván. | 9 y 10. Ventanas del salón. |
| 5. Ventana de mi habitación. | |

1

No puedo alegar que hubiera habido nada siniestro en la atmósfera aquella noche. Se supone que nada por el estilo antecede a un asesinato. Nadie caminó furtivamente, no se interrumpió ninguna discusión susurrada, ni hubo misteriosos desconocidos acechando la casa. Aunque después, como podrá imaginarse, repasé los sucesos del día una y otra vez, no recuerdo nada que pudiera haber servido de advertencia, nada en absoluto que me resultara extraordinario en el comportamiento de nadie. Por esa razón el asunto fue una sorpresa tan espantosa.

Recuerdo, por supuesto (buenas razones tengo para recordarlo), que hablamos de asesinatos mientras tomábamos un cóctel. Pero fue una charla en términos generales, ¿cómo podría uno imaginar que pudiera tener la menor importancia? Y no recuerdo siquiera quién inició el tema. Quizás si hubiera podido recordarlo, yo o cualquier otro, nos habría ayudado a comprender más tarde. Pues aquella conversación era pertinente, pertinente de una manera asombrosa, en un sentido muy especial, como se verá más adelante.

Pero en ese momento... En los fines de semana en casa de Thurston se podía hablar del crimen como se podía hablar de religión, política, cine o fantasmas. Cualquier tópico de interés general que surgiera se discutía hasta el cansancio. Ése era el tipo de reuniones que ofrecían los Thurston, reuniones donde todo el mundo hablaba mucho, expresando opiniones de las cuales podría renegar más tarde, y tratando de expresarlas de la manera más inteligente posible. No quiero decir que fueran artificiales y ostentosas, como esas horribles fiestas londinenses donde mujeres con mal aliento bregan por el amor libre y el nudismo. Pero en casa de Thurston se disfrutaba de la conversación, y no se la trataba como un fastidio inevitable entre la cena y las partidas de bridge.

El doctor Thurston no era un gran conversador, aunque le gustaba escuchar y solía terciar con alguna frase aguda de vez en cuando. Era un hombre voluminoso, con gafas, algo teutónico de aspecto, y de modales también, porque a todos trataba con una jovial simplicidad y sentimentalidad germana. Le gustaba urgir a sus invitados a que comieran, bebieran o fumaran sus cigarros con apremiante énfasis. Había sido el médico en aquel pueblo de Sussex hasta su matrimonio y, aunque ya no ejercía, se quedó con la casa, porque le gustaba y el nuevo médico se había construido una nueva. Se suponía que la señora Thurston tenía dinero, al menos estaban en muy buena posición después de casarse, y con frecuencia organizaban recepciones.

Ella, también, era afable, pero no muy inteligente. Aunque me quedé en su casa muchas veces, y debo de haber pasado horas en la misma habitación con Mary Thurston, no puedo recordar una sola frase pronunciada por ella. Era robusta y

gastaba muchísimo dinero en ropa. Era una mujer rubia, bastante maquillada, plácida y sencilla. Puedo verla con claridad, aun cuando no pueda recordar sus palabras, sonriéndonos a todos, ocupando la totalidad de un sillón bastante amplio, riendo tontamente ante los cumplidos, desbordando bondad. «La Diosa de la Abundancia», como la llamó alguien una vez, y con razón, pues como anfitriona, desde el punto de vista práctico, era insuperable. La comida era en verdad exquisita; la casa, hermosa, y la señora Thurston tenía un don importante: memoria para las bebidas. Era una buena mujer.

Fuera quien fuese el que inició la conversación sobre el crimen, fue Alec Norris el que acaparó la palabra, aunque simulara desdén por el tema.

—¿Crímenes? —dijo—. ¿No podemos hablar de otra cosa? ¿No tenéis bastante con los libros y las películas? Estoy harto de crímenes y más crímenes, dondequiera que vaya.

El doctor Thurston rio entre dientes. Conocía a Norris y sabía la razón de sus amargas palabras. Norris era un fracasado escritor de novelas muy alejadas de las policiales, libros psicológicos bastante intensos, con mucho sexo. El doctor Thurston vio la oportunidad de tirar de la lengua a Norris.

—¿Pero son crímenes verídicos los de los libros? —preguntó—. ¿Cómo suceden en la realidad?

Norris parecía un «clavadista» en el trampolín. Dudó por un momento, parpadeando en dirección a Thurston y luego se zambulló.

—No, maldita sea si lo son —dijo—. Los crímenes literarios son un misterio desconcertante de asombrosas pistas. Mientras que en la vida real el asesinato siempre resulta ser un asunto sórdido donde una sirvienta ha sido estrangulada. Hay sólo dos clases de asesinato capaces de desconcertar a la policía por un segundo. Uno es el cometido por un hombre con una víctima que nadie echará de menos, como el reciente caso de Brighton. El otro es el acto de un loco, que asesina por asesinar, sin otro motivo. El asesinato no premeditado puede intrigar a la policía durante mucho tiempo. Cuando hay un motivo y se identifica a la víctima, hay un arresto.

Hizo una pausa para apurar su cóctel. Yo lo miraba, pensando qué extraño era Alec Norris: delgado de cabeza y cuerpo, con una cara huesuda en la que resaltaban la mandíbula, los dientes, los pómulos y la frente, mientras la carne parecía haber retrocedido hasta apenas cubrir el cráneo.

Otro invitado habló entonces. El joven David Strickland, creo.

—Pero un arresto no siempre implica un veredicto de culpabilidad —dijo—. Ha habido asesinos tan desesperados que aunque sabían de antemano que se sospecharía de ellos y hasta podían ser acusados, corrieron el riesgo. Fueron inteligentes y eliminaron las pruebas.

No miré con mucho interés hacia Strickland, pues lo conocía bastante bien. Era el

menor de todos nosotros, un individuo macizo, aficionado a los deportes, en especial a las carreras. Siempre estaba listo para pedir prestadas cinco libras, pero no se ofendía si se las negaban. Era una especie de protegido de los Thurston, y a veces el doctor Thurston, hablando con su esposa, se refería a él, en broma, como «tu amante, cariño». Pero no había nada de cierto en eso, aunque no me sería difícil imaginar a Mary Thurston sacándolo de dificultades. El joven Strickland no tenía nada de *gigoló*, era sólo un gran bebedor, jugador y amigo de chistes subidos de tono.

Alec Norris ignoró la interrupción.

—La policía encuentra las pruebas cuando tiene al autor del hecho —dijo, y volvió a condenar la literatura detectivesca—. Es todo tan artificial —dijo—. Tan desconectado de la vida real. Todos ustedes saben cómo son estos crímenes literarios. De pronto, en medio de una reunión (quizás como ésta) aparece alguien muerto en la habitación de al lado. Gracias a las trampas del novelista, los invitados y la mitad del personal son sospechosos. Aparece entonces el fabuloso detective, y prueba que el asesino es la única persona de la que uno no sospechó en ningún momento. Telón.

—¿Otro trago, Alec?

—Gracias. Pero no he terminado aún. Iba a señalar que se ha convertido en un simple juego, el juego del zorro y los perros, entre los lectores y el novelista. Pero los lectores son más inteligentes en la actualidad. No sospechan de los personajes obvios, como antes. Por el contrario, si el novelista tiene un personaje que no es de ninguna manera el tipo de persona capaz de asesinar, empiezan a sospechar, por analogía. Ya se han usado hasta los personajes de mínima importancia. A veces es el abogado de la familia, como usted, señor Williams. El anfitrión mismo, como usted, Thurston. El joven amigo alojado en la casa, como usted, Townsend —miró en mi dirección— o usted, Strickland, o yo. El mayordomo, como Stall, el párroco como el señor Rider, la criada, como Enid, el chófer, como el de ustedes, ¿cómo se llama?, o la anfitriona misma, como usted señora Thurston. O puede ser un completo desconocido que no aparece hasta el capítulo veintidós, aunque para mí eso es engañar al lector. En realidad, se trabaja en exceso cada personaje.

Los presentes manteníamos una sonrisa incómoda.

—Sí, lo que digo es verdad —dijo malhumorado—. Las novelas policíacas se han convertido en un juego, un simple juego como el ajedrez. Pero en la vida real no es ningún juego, sino algo simple y salvaje, tan misterioso como la pata de ese piano. Por eso no soporto la literatura detectivesca. Es falsa. Describe lo imposible.

Sam Williams le respondió. Williams era el abogado de los Thurston, y yo lo había encontrado varias veces en la casa. Era uno de esos hombres muy aseados, sonrosados, fumadores de cigarros, a quienes uno suele ver balanceando su zapato de charol en un rincón de un vagón de primera. Tenía una espesa mata de cabello blanco, siempre muy cepillada, el físico de hombre joven y un rostro abierto. Se vestía bien y

se movía con elegancia. Tenía fama de ser excelente abogado, y yo le había consultado más de una vez.

—Quizás sea así —decía ahora—. Pero yo disfruto del juego. Como usted dice, se ha vuelto mucho más sutil en los últimos tiempos y nadie puede descubrir al asesino hasta las últimas páginas. Pero después de todo, uno espera que la ficción trascienda la vida, y que el asesinato que aparece en un libro sea más misterioso que uno real.

Justo en ese momento Thurston, que siempre preparaba él mismo los cócteles, llamó para pedir más ginebra, y Stall, el mayordomo, entró. A mí nunca me había gustado Stall, y de haber estado jugando a lo que Norris llamaba «el juego del misterio», Stall habría sido mi primer sospechoso. Había sin duda algo siniestro en su enjuta cabeza calva, en sus ojos pequeños, en sus movimientos silenciosos. Pero era un excelente sirviente.

Mary Thurston lo detuvo cuando ya salía de la habitación.

—Dígale a Fellowes que quiero hablar con él, por favor —dijo ella y agregó, dirigiéndose a su esposo—: Es por esas ratas, mi amor. Las he vuelto a oír. Creo que están en el cuarto de las manzanas. Hay que hacer algo al respecto.

—Bien, pero que no ponga veneno por si T'ang anda por ahí. —T'ang era el pequinés de Mary Thurston.

—No. Una trampa será lo mejor —respondió ella, y salió al vestíbulo a hablar con Fellowes, el chófer.

La casa era de estilo georgiano, de arquitectura simple y digna, con el frente derecho y el aspecto cuadrado del período, de hileras de ventanas largas y dignas, y techos altos y esculpidos. Pero no me sorprendí demasiado porque la señora Thurston hubiera oído ratas. Recuerdo que pensé que era algo tonto, aunque típico en ella, mencionarlo delante de los invitados.

El interior de la casa no daba la sensación de que pudiera albergar ratas, ni siquiera ratones; estaba en muy buen estado y muy limpia. Pero su antigüedad hacía que fuera posible. Las habitaciones eran luminosas y tenían calefacción central, las paredes interiores estaban pintadas de color crema, con brillantes acuarelas adornándolas, los suelos eran de parquet y había un lujoso conjunto de sofás y sillones con suaves y alegres almohadones, para distraer las miradas de los muebles. Recuerdo el aire convencional de calidez, luminosidad y lujo, como el de un hotel muy caro. De hecho, esto es lo que parecía: un buen hotel. Agua caliente en los dormitorios, lámparas que uno podía encender a distancia, bebidas en cualquier momento. Muy agradable para un fin de semana, pero algo insípido para una estancia más prolongada. Eso es todo lo que puedo aportar a modo de retrato de la casa. Parece que hace tanto, ahora, que estuvimos todos allí.

—¡Uno más! —nos rogaba el doctor Thurston yendo de uno a otro con la

coctelera—. ¡Aunque sólo sea medio! —Y nos llenó el vaso a todos.

—Parece que les tiene ojeriza a los escritores policíacos —le dijo Williams a Norris del otro lado del hogar.

—Sólo porque sus libros se someten a un modelo.

—¿Nunca has pensado en escribir una novela policíaca?

—¿Yo? ¡Jamás! —dijo—. Si alguna vez hago algo parecido será un estudio sobre el estado psíquico de un criminal, no un maldito juego de salón de pistas, falsas pistas y coartadas; trampas del tiempo, lugar, método y motivo que no tienen relación con la vida real. Quizás intente algún día describir la agonía de un hombre que decide cometer un crimen. Y el sufrimiento posterior... —agregó despacio.

—Pero sin duda —dijo Williams—. Dostoievski ya lo hizo para la eternidad, ¿no? Me refiero a *Crimen y Castigo*.

—No se hace nada «para la eternidad» —dijo Norris cortante—; todo asesino es diferente a los demás. Aunque su escritor policíaco no se dé cuenta.

Justo en ese momento sonó el primer gong, y nos pusimos de pie para subir a cambiarnos de ropa. Williams y Norris seguían hablando cuando salimos de la habitación, pero yo no seguí la discusión.

Creo que fui el primero en llegar al vestíbulo, y encontré a Mary Thurston terminando de dar las instrucciones al chófer. Fellowes era un hombre joven, bastante buen mozo, de unos treinta años. Tenía uno de esos rostros inteligentes y despiertos, ojos francos y buen perfil que parecen ser tan comunes entre los de su clase aficionados a la mecánica. Su buen físico, que resaltaba con su andar erguido y su uniforme, hacía que su patrona desmereciera incluso con su elegante atuendo.

Fellowes se fue al aparecer nosotros, y cuando Mary Thurston se volvió noté que estaba ruborizada, y en apariencia controlaba emociones que no encontraba difícil de suponer surgidas de una conversación sobre trampas para ratas. Sin embargo, nos sonrió, y subió por la amplia escalera.

He dicho que nada siniestro sucedió en la primera mitad de aquella noche, y es cierto. Pero hubo un pequeño incidente que me pareció, incluso en aquel momento, extraño. No era en absoluto siniestro y hasta podría haber sido, en otro momento, casi cómico.

Yo me visto muy rápido. Nunca he podido permitirme el lujo de disponer de un criado capaz de cuidar mi ropa, y por lo tanto estoy acostumbrado a hacer todo solo. Creo que fui el primero en terminar de cambiarme, y salí de mi habitación para bajar antes de que pasaran quince minutos desde el momento en que sonó el primer gong.

La casa, como he explicado, era de estilo georgiano, de una distribución tan sencilla que era imposible perderse. Había tres pisos, y en cada piso el corredor iba de un extremo al otro de la casa, con puertas a izquierda y derecha. La mía estaba en el extremo oriental del corredor, y la de Mary Thurston en el extremo occidental, y el joven Strickland, según tenía entendido, tenía el dormitorio junto al de ella. El del marido estaba enfrente.

Había llegado a la escalera y estaba a punto de descender, cuando noté que la puerta de la habitación de Mary Thurston se abría. Pensando que ella también había logrado de alguna manera cambiarse rápido la esperé. Pero era Strickland el que comenzó a aparecer con cautela. Cuando me vio parado ahí hizo un torpe esfuerzo por regresar al dormitorio pero, al darse cuenta de que yo lo había visto, lo pensó mejor y salió con el mejor aire de arrogancia que pudo encontrar. Hasta me hizo una breve inclinación de cabeza al entrar en su propia habitación.

Bajé las escaleras deseando no haberme detenido, pues podría parecer que estaba espionando. Además, era embarazoso haber visto eso. Y me encontré preguntándome cuál podría ser la relación entre estos dos, entre la mujer madura, robusta, maternal, y el joven jugador macizo y bebedor. Fuera lo que fuese, no era un romance, de eso no cabía duda.

Abajo me encontré con el párroco quien, supuse, había sido invitado a cenar. Me desalentó un poco encontrarlo sentado al lado del fuego en la sala, pues me di cuenta de que estaría a solas con él un rato. Estaba sentado muy erguido en una silla con las huesudas manos sobre las rodillas y sus ojos, después de saludarme, parpadearon con solemnidad hacia el fuego.

Ya conocía al señor Rider, por supuesto, y siempre sentía la misma incomodidad ante él. Este hombrecito delgado de mirada fija quedaba por completo fuera de lugar en la alegre casa de los Thurston. Incluso su mismo aspecto era el de un verdadero aguafiestas. Era calvo, de mejillas amarillas y usaba cuellos demasiado grandes para su delgadez. Vestía con desaliño e incluso parecía sucio, porque era soltero y dependía de una mujer del pueblo que le hacía las tareas de la casa. Pero era su mirada la que solía hacerme sentir incómodo. Tenía la costumbre de fijar los ojos en

uno y luego, en apariencia, distraerse, de modo que durante quizás cinco o hasta diez minutos, uno permanecía bajo su escrutinio. Tenía ojos oscuros, redondos, hundidos en cuencas profundas, con expresión de sorpresa.

Su fama también era extraña. Su puritanismo era feroz, se mostraba inmisericorde con aquéllos de sus feligreses cuyo estilo de vida no parecía muy estricto. Había una serie de anécdotas en la región sobre su guerra sin cuartel que una vez, al encontrar a dos campesinos enamorados caminando por el campo un domingo por la tarde, los había sermoneado con tanta severidad que éstos se habían separado (acto de destreza que no le habría parecido fácil a quien observara las complicaciones del brazo que rodea, la cintura entregada, los dedos entrelazados y el hombro aferrado), y se fueron corriendo a sus casas, culpables y separados. Había sermoneado también con violencia a la desafortunada esposa de un granjero que había acudido a uno de sus servicios con un vestido apenas más escotado de lo usual, y se decía que su actitud cuando se veía obligado a celebrar bodas era reacia y cortante.

En casa de los Thurston solía hablar muy poco, a menos que se exaltara, y supuse que lo invitaban por bondad, pues ni el doctor ni Mary Thurston creían que tuviera suficiente para comer en la parroquia.

Hice uno o dos intentos por entablar una conversación pero él me respondió apenas con monosílabos distraídos. De pronto, sin embargo, se volvió hacia mí.

—Señor, Townsend —dijo—, quiero hacerle una pregunta.

El tono con que dijo esto fue extraño. La voz era hueca, casi feroz. No era una excusa, era como si fuera a darme la oportunidad de defenderme contra una seria acusación. Luego pareció volver a abstraerse. Miraba el fuego.

—Usted —dijo al fin sin mirarme—, usted podría darle tranquilidad a mi mente. Ojalá así sea. —Esperé. Luego abruptamente se volvió hacia mí otra vez—. ¿Ha notado algo en esta casa? ¿Algo que no debería suceder? ¿Algo... impropio?

Pensé en David Strickland saliendo furtivamente de la habitación de Mary Thurston. Pero sonreí y hablé con animación.

—Por Dios, no, señor Rider. Siempre la he considerado un hogar modelo.

Era tan peculiar y excéntrico que olvidé recriminarle la indiscreción de su pregunta. No se le podía recriminar nada, así como no se le puede recriminar a un niño por hablar de los negocios de su anfitrión. Pero sentí un gran alivio cuando justo en ese momento se abrió la puerta y apareció Sam Williams, de modo que la charla se hizo más natural.

La cena, lo recuerdo, fue una comida alegre, casi divertida. Todos comimos con apetito y Thurston estaba entusiasmado con un vino del Rhin comprado en una subasta en una propiedad vecina. Stall lo sirvió con reverente eficiencia y era excelente, por cierto.

Fue, eso sí, muy molesto, tener al párroco sentado a la mesa cuando Mary

Thurston se fue, declinando el oporto con severidad y haciendo imposible que pudiéramos hablar con mayor libertad que cuando estábamos en presencia de nuestra anfitriona. No es que la conversación de sobremesa en casa de los Thurston hubiera sido nunca grosera, pero el joven Strickland tenía ingenio para contar chistes, a pesar de su pomposa personalidad, y quizás fuera justo porque el señor Rider estaba allí que yo, al menos, me irritaba por el silencio que se le imponía. Sentí alivio cuando alguien sugirió jugar al bridge, aunque ni Thurston ni yo éramos muy aficionados a las cartas.

Aquella noche, muchos de nosotros estábamos cansados y no me sorprendí en absoluto, cuando bastante temprano, el joven Strickland se puso de pie y disculpándose anunció que se iba a acostar. Se había levantado muy temprano, dijo, y estaba exhausto.

—¿Un whisky con soda antes? —sugirió Thurston desde la mesa de juego.

Pero, inesperadamente, Strickland declinó el ofrecimiento.

—No, mil gracias —dijo—. Creo que me voy a acostar ya mismo. —Y, haciendo una inclinación de cabeza, salió de la habitación.

No me fijé en la hora en ese momento pero más tarde calculé, a raíz de los sucesos posteriores, que serían alrededor de las diez y media.

El siguiente en levantarse fue Alec Norris. Había amenazado con interrumpir el juego al final de la siguiente mano. Había estado jugando con Thurston, Williams y conmigo, mientras el párroco y Mary Thurston hablaban bastante ensimismados en el diván en el que estaban sentados.

—Usted querrá unirse a los jugadores, señora Thurston —dijo el párroco—, y ya es hora de que emprenda el camino a casa.

—¿No está muy lejos, señor Rider? —señaló Thurston cortés, aunque no creo que nadie sintiera su partida.

—No. Iré por el huerto. Llegaré a casa en cinco minutos. —Y, expresando su gratitud por tan agradable velada, se fue.

Jugamos otra partida y Sam Williams, que era su compañero, se tomaba el bridge muy en serio. Y terminamos justo cuando el reloj del vestíbulo daba las once.

—No —dijo Mary Thurston—, no más, por favor. Estoy torturando al pobre señor Williams. Además, las once es mi hora de irme a la cama.

Eso era muy cierto. Como una niña, Mary Thurston tenía hora fija para retirarse, y si se quedaba levantada después de esa hora lo hacía con sentimiento de culpa. Podía recordarla varias veces en el pasado poniéndose de pie al oír el reloj, besando a su esposo, y dándonos las buenas noches con una sonrisa ingenua, casi infantil.

Nos dejó a los tres, Williams, Thurston y yo, sirviéndonos un muy esperado whisky.

Volviendo sobre aquella noche recuerdo con gratitud que desde ese momento

hasta... hasta la tragedia, me quedé con los otros dos. Ninguno de nosotros salió de la habitación. Habernos quedado allí charlando nos salvó, como se verá, de los interrogatorios y de otros malos ratos. En determinado momento recordé una carta que había dejado en el bolsillo del sobretodo, y por un instante pensé en ir a buscarla. Llegué a atravesar la habitación y abrir la puerta pero, por fortuna, en ese momento Williams me hizo alguna pregunta que me interesaba responder, y no avancé. Tengo razones suficientes para alegrarme.

Antes de dejarnos, Mary Thurston había puesto la radio, y aunque a ninguno de nosotros le entusiasmaban los esfuerzos de una orquesta de música popular por proporcionarle entretenimiento a la Gran Bretaña, no la apagamos. Daba un poco interesante matiz de fondo a nuestra conversación. Sin embargo, ya que estaba de pie, pensé en apagarla, y lo habría hecho antes de sentarme, pero me detuve para responder a la pregunta de Williams y fue durante esa pausa cuando oímos el primer grito.

La investigación posterior dependía tanto del tiempo que me habría gustado haber sido capaz de precisarlo, pero lo más que puedo hacer es decir que serían alrededor de las once y cuarto. Yo había cerrado la puerta otra vez y volvía hacia los otros dos junto al fuego.

Debe quedar claro que no tengo intenciones de congelarle la sangre en las venas ni de resaltar los aspectos truculentos de este asunto, pero ruego al lector que trate de imaginar el efecto de aquella interrupción. Estábamos junto a un íntimo fuego, una noche de otoño, bebiendo nuestro whisky, en una casa amigable y alegre. Conocíamos la casa, y nos conocíamos entre nosotros muy bien. No había habido nada capaz de despertar ni el más débil presentimiento de desgracia. Éramos ingleses normales en una casa común y corriente. Y de pronto, justo desde encima de nuestras cabezas, llegó ese largo y aterrador grito de horror de una mujer. Fue la sorpresa lo que pareció dejarme alelado. No el sonido ni sus complicaciones, sino la sorpresa de lo inesperado.

Casi antes de que nos pusiéramos de pie de un salto hubo otro, y un tercero, pero el tercero fue el más espantoso, pues fue apagándose lentamente. Para entonces nos dirigíamos hacia la escalera. Thurston llegó primero.

—¡Mary! —gritó; y a pesar de su peso corrió escaleras arriba como un niño asustado.

3

No sé cuántos segundos nos llevó llegar a la puerta de la habitación de Mary Thurston. Pero fueron segundos, ni siquiera un minuto, de eso estoy seguro. En la puerta estaba Alec Norris. Pero la puerta estaba cerrada por dentro.

Al principio tratamos de abrirla empujando con los hombros. Luego Williams cargó primero contra la parte superior y luego contra la inferior.

—¡Atrancada! —gritó—. En dos lugares. Rompa el panel, Thurston.

Thurston seguía arrojando todo su peso ciegamente contra la puerta, y entonces yo levanté una pesada silla de madera que había en el descansillo y la arrojé contra el panel superior. Por la abertura que produjo, pude contemplar una horrible escena en el interior de la habitación y, sin embargo, esta visión no me causó la súbita conmoción que me produjeran sus gritos. Supongo que me lo esperaba, pues lo que vi fue la imagen borrosa de la cara de Mary Thurston sobre la almohada más roja que blanca, y supe de inmediato que había sido asesinada.

Pero para entrar era necesario romper el panel inferior también, porque la puerta era alta y, como dijo Williams, estaba cerrada arriba y abajo. Yo mismo me incliné a través de las aberturas en la puerta y descorrí los cerrojos. Y, para que no haya dudas, permítaseme afirmar ahora, con toda claridad, que los dos estaban firmemente pasados. Es más, me llevó varios segundos descorrer el inferior.

Cuando lo hube hecho, y mientras me ponía de pie para mover el picaporte, Thurston entró en la habitación como una tromba. En ese momento me di cuenta de que otros dos se nos habían reunido. Toda mi atención consciente se concentraba en la habitación así que fue como si una pequeña porción de mi mente percibiera la presencia de Strickland, parado detrás de nosotros, y de Fellowes, en la escalera que salía más allá de la puerta de Mary Thurston hacia el segundo piso. En qué momento llegaron, ni lo supe entonces ni lo sé ahora. Pero estoy seguro de que ninguno de los dos estaba allí cuando llegamos arriba, y de que ninguno había aparecido cuando me volví a tomar la silla. En otras palabras, no había nadie en la escena del crimen en el minuto siguiente a los gritos, aunque los dos habían llegado en seguida.

Y aquí estábamos mirando hacia adentro de la habitación. Nos quedamos parados allí, los cuatro, como si nos hubieran exigido que veneráramos el cuarto. Estábamos allí, vimos lo que vimos, y observamos los movimientos de Thurston.

Sólo había una lámpara encendida en la habitación, pero no nos impidió ver todo el interior. Atravesada en la cama yacía Mary Thurston, completamente vestida. Pero era la almohada donde apoyaba la cabeza la que atrajo nuestra mirada horrorizada, la almohada y su garganta. Pues la almohada, como yo ya había visto, estaba horriblemente manchada de rojo, y en la garganta, esa garganta gorda y blanca, había una herida aún más terrible. Pero vuelvo a insistir en que no es mi deseo ser más

perturbador de lo necesario. Baste con decir que cuando Thurston nos dijo con voz ahogada que estaba muerta, no hablamos ni nos movimos, pues ya sabíamos cuáles serían sus palabras.

Sam Williams mantuvo la sangre fría.

—No se muevan —nos dijo a los que estábamos en la puerta—. Tiene que estar aquí. —Y estiró la mano hacia el interruptor de la luz y la accionó. Esto, sin embargo, no tuvo resultado alguno, y yo fui consciente de un ligero alivio. Más luz sobre esa escena habría sido demasiado despiadado.

Pero creo que fue el clic infructuoso de esa luz eléctrica lo que llevó mi atención de la muerte de Mary Thurston a la necesidad de descubrir a su asesino. En los segundos de agonía en los que hablamos observado el cuerpo que yacía sobre la cama, había pensado en lo espantoso y trágico de la escena como si se tratara de un accidente. Pero cuando Williams accionó el interruptor y la habitación no se iluminó, algo hizo despertar en mí la comprensión de que este espanto era obra de un hombre, y que había que descubrir al culpable.

Sin embargo, habrían pasado dos o tres minutos como máximo desde el primer grito. El asesino no podía haber escapado, de ninguna manera.

—Quédese en la puerta, Townsend —volvió a decir Williams, y empezó a registrar la habitación.

Me quedé con Strickland y Fellowes detrás de mí, mirándola Primero fue hacia la ventana, miró para afuera, para arriba y para abajo, luego fue hasta un gran armario, empotrado en la pared junto al hogar, y lo revisó con rapidez. Le vi escudriñar el techo y los rincones más alejados. Cruzó hacia el hogar y lo examinó brevemente. Miró debajo de la cama, y el colchón; abrió un ropero.

—La ventana otra vez —grité de pronto. Aunque había dos ventanas en la habitación, sólo una se abría, y hacia ésta se apresuró Williams. Es cierto que ya lo había visto mirar por ella hacia afuera, pero algo instintivo me hizo rogarle que volviera a hacerlo.

—Imposible —dijo él—. Hay seis metros hasta el suelo. Y —miró otra vez— tres hasta la ventana del piso de arriba.

Williams continuó el registro como si se hubiera olvidado de Thurston que estaba parado junto a la cama. Emitía sonidos muy bajos, como sollozos ahogados, y no se movía. Al fin Williams terminó su primera investigación.

—Si hay algún lugar donde esconderse en esta habitación —dijo—, está construido especialmente.

Muy cierto. Yo estaba ansioso por señalar cualquier posible espacio que Williams hubiera omitido revisar, si me daba la oportunidad. Supongo que el instinto de caza sigue siendo fuerte en nosotros, y aunque no me moví de la puerta, mis ojos y mi mente estaban ocupados en la búsqueda. No quedaba lugar por registrar en la

habitación.

—Fellowes, ayúdeme a mover esta alfombra —dijo Williams de pronto—. No dejaremos nada al azar.

Quitaron la alfombra y revisaron las tablas del suelo. Miraron cada centímetro de pared. Volvieron a registrar el armario, el piso del armario, y la parte superior. La cama era de una plaza, liviana y alta. Escudriñaron las tablas del suelo debajo de ella. Volvieron al hogar, como para ver si no podía ocultar un medio de escape. Movieron los muebles y miraron detrás.

Williams estaba blanco, y apretaba los dientes como reprimiendo la emoción.

—Es asombroso —me dijo y agregó, en voz muy baja—: No es posible. —Y yo me sentí inclinado a coincidir con su opinión.

Para entonces había llegado Stall. Norris y Fellowes dijeron después que había llegado antes de que Williams abriera la ventana por primera vez, pero yo no lo había visto. Aparentemente, era el único de nosotros que ya estaba en pijama. Llevaba una espantosa bata de lana y parecía temblar, aunque no podría decirse que la noche era fría.

Enseguida Williams, cuya mente de abogado estaba mejor dotada para la situación, dijo:

—Hay que llamar a un médico. Y a la policía. No tiene sentido permanecer aquí. Será mejor registrar el jardín. Yo llamaré por teléfono.

Entonces Thurston se acercó a nosotros.

—¿Has llamado al médico, Sam? —preguntó. La voz sonaba baja y cansada.

—Iba a hacerlo —dijo Williams, y lo palmeó en el brazo.

Y entonces, aunque quizás el lector se sorprenda, lo primero que hicimos fue tomar otro whisky. Williams le sirvió uno al doctor Thurston, que se había dejado caer en un sillón en la sala, y a Fellowes y a Stall. Los dientes de Alec Norris castañeteaban contra el vaso al beber. Strickland no había dicho una palabra, pero bebió con fruición.

—Escuche, Townsend —dijo Williams—, vaya con Norris, Strickland y Fellowes y haga un registro exhaustivo de los jardines.

—Sí —dije, aunque no tenía muchas esperanzas de descubrir nada. Sin embargo, sentía que ya no podía soportar la atmósfera de aquella casa. Pensar en Thurston, franco y jovial, ahora desencajado y en Alec Norris, con el rostro blanco y todo tembloroso, era demasiado para mí. Al que más respetaba era a Williams, que en ningún momento perdió la cabeza y manejó la espantosa situación de manera admirable.

Fellowes y Stall estaban en el vestíbulo, y decidimos llevar al chófer con nosotros, por si se necesitaba a Stall.

—¿La criada y la cocinera? —pregunté yo—. ¿Ya lo saben?

Me di cuenta de que sería cruel permitir que Enid, la joven criada, entrara en esa habitación sin saber nada.

—Sí, señor. La criada estaba arriba mientras nosotros estábamos en la puerta del dormitorio, y yo la mandé a la cocina —dijo Fellowes.

—Muy bien, quédese con ella y con la cocinera —le dije a Stall—. Y no permita que ninguna de las dos salga de la cocina.

—Muy bien, señor —dijo el mayordomo.

Acabábamos de designar el recorrido cuando Williams me llamó desde el pequeño guardarropa junto al vestíbulo donde había ido a llamar a la policía.

—Creo que el teléfono está estropeado —dijo—, de lo contrario alguien cortó los cables. No me contestan. Mejor dígame a Fellowes que tome el coche y vaya a buscar al doctor Tate y al sargento de inmediato. Tan rápido como pueda.

—Perfecto.

—Probaré otra vez con esto —dijo, volviendo al guardarropa.

Así que Fellowes salió hacia el pueblo, y Strickland, Norris y yo salimos a los jardines. Habíamos decidido que Norris iría a los establos, y Strickland haría un circuito más amplio, con la remota esperanza de encontrar a alguien, o algo, entre los árboles, que pudiera ayudarnos. Comprenderá que teníamos poca confianza en esta búsqueda al aire libre. Pero el hecho de que la puerta de Mary Thurston estuviera cerrada, las ventanas fueran inaccesibles y la habitación se hallara vacía, nos parecía ya tan fantástico que no nos comportábamos, ni intentábamos hacerlo, con lógica.

Yo podía comprender apenas que se había cometido un crimen con medios que me parecían casi sobrenaturales. Estaba tan apenado y confundido a la vez, que cualquier cosa que me hubieran sugerido como posibilidad de atrapar al asesino me habría sido tan útil como esa alocada carrera en los jardines. Si Williams me hubiera dicho que registrara el garaje, o la iglesia del pueblo, o que tomara un tren a Londres, habría obedecido con la misma presteza. Tenía que hacer algo. Cuando recordaba a esa pobre, amable y estúpida mujer que siempre había sido tan gentil y carente de cualquier tipo de malicia, tendida como yo la había visto, me impacientaba por hacer algo que pudiera vengarla. De modo que no me detuve a calcular las posibilidades de éxito para Norris, Strickland y para mí en el jardín. Corrí a ciegas.

Me había apoderado de una potente linterna que encontré sobre la mesa del vestíbulo, y después de una recorrida general alrededor de la casa fui hasta el sendero de grava que corría más allá del amplio cantero debajo de la ventana de Mary Thurston. Me parecía que aquí podría encontrar algo, alguna... (la palabra ya me había venido a la mente) pista. Y no me vi desilusionado. Encontré dos objetos que, si bien no eran pistas, estaban al menos, pensé, relacionados con el crimen.

El primero estaba en la pista de tenis, a trece metros o más de la casa. Era una bombilla eléctrica rota. Apenas vi los fragmentos de vidrio brillando sobre el césped

me detuve a recogerlos. Pero antes de tocarlos, me contuve. Recordé súbitamente todo lo leído acerca de asesinatos y descubrimientos. ¡Huellas digitales! Y pensé con un estremecimiento que este asunto me había proyectado en un mundo nuevo y aterrador, en el cual la investigación y la búsqueda de huellas digitales ocupaban el lugar de los hechos más normales de mi vida anterior.

El otro objeto era aún más importante. Era el cuchillo con el que se cometió el asesinato. Cuándo lo vi en el suelo bajo la ventana, me sorprendí. Y sin embargo, como se demostró más tarde, tendría que haberme sorprendido no haberlo hallado allí. ¿Pues dónde más podría estar? No importa dónde estuviera escondido el asesino, su primera preocupación debió de ser deshacerse del arma. Y puesto que el arma podía ser identificada con facilidad, no le importaba que la encontrarán en seguida, siempre y cuando no la encontrarán en su persona. Había hecho lo obvio, lo más seguro: la arrojó por la ventana después de cometer el crimen.

Ahí estaba, entonces, y mi linterna iluminó una gota de sangre fresca. Pero una vez más tuve buen cuidado de no tocarlo. Lo dejé ahí tirado, y decidí volver a la casa a informar sobre mis hallazgos.

Al ponerme de pie vi a Strickland corriendo hacia mí.

—Nada por ningún lado —dijo. La voz sonaba un poco ronca, pero parecía tranquilo. Quizás su naturaleza era demasiado bovina para impresionarse con facilidad.

Le mostré el cuchillo y dejó escapar un silbido.

—Pobre Mary —dijo, mirándolo.

No me gustó la mezcla de pena convencional y familiaridad de su comentario.

—Usted la quería mucho, ¿no? —dijo, cortante.

—Sí —dijo Strickland, sin moverse ni quitar los ojos del cuchillo—. Présteme esa luz un minuto —agregó.

Sostuvo la linterna cerca del cuchillo, luego se incorporó.

—Es una de esas malditas cosas chinas del vestíbulo —dijo. Luego agregó, pensativo—: Las sospechas recaerán sobre los de la casa.

Yo no lo escuchaba con demasiada atención, porque se me había ocurrido otra cosa.

—¿No habría huellas —dije—, suponiendo que alguien bajó por esa ventana de algún modo?

Parecía una remota esperanza, pero también lo eran las demás posibilidades. Con mucho cuidado examinamos los parterres a lo largo de varios metros hacia la izquierda y la derecha de una línea desde la ventana de Mary Thurston hasta el suelo, y desde la pared hasta el borde del parterre. Pero el suelo estaba intacto. Despacio, Strickland y yo avanzamos juntos hacia la puerta del frente. Nos encontramos con Norris que venía en sentido opuesto.

—¿Ha visto algo? —le preguntamos.

—No —dijo muy rápido, y se dirigió delante de nosotros hacia la casa.

Al entrar, encontramos al doctor Thurston que bajaba. Se detuvo y nos miró fijamente.

—¿Dónde estaban ustedes tres? —preguntó tajante.

Le dije que habíamos ido a examinar los jardines, pero casi antes de que acabara de hablar él ya estaba caminando aturdido hacia el vestíbulo. Se dejó caer en una silla y se quedó absorto.

Williams, de pie junto al hogar, me llamó a un lado, y yo le dije lo que había hallado. Asintió.

—Es casi un alivio —dijo.

—¿Qué? ¿Qué se haya encontrado el cuchillo?

—Sí, en cierto sentido. Casi comenzaba a dudar que hubiera un cuchillo, que hubiera algo tan... prosaico.

Lo miré a la cara. Parecía sereno, pero sus palabras eran tan extrañas que volví a preguntarle qué quería decir.

—Mire, Townsend. Yo no soy en absoluto supersticioso. Creo en los hechos. Pero admitiré ante usted que la palabra más suave que puedo usar para describir este asunto es «extraño». No me refiero sólo a que hayamos encontrado a Mary muerta detrás de una puerta cerrada. He oído de casos similares antes, con explicaciones perfectamente normales. Pero caramba, cuando uno considera estola puerta estaba cerrada. Antes de que pasaran dos minutos del grito miré por la ventana; ya se sabía dónde estaban todos los de la casa. Y sin embargo estoy seguro de que no había salida de esa habitación. Registré centímetro por centímetro.

»¿Qué demonios podemos decir? Alguien lo hizo. Una mano sostuvo ese cuchillo. No pudo haber trucos de levitación. Le digo que me afecta como si en realidad hubiera visto algo imposible, como un árbol moviéndose o nieve en un día de verano. Me asusta.

«Asustar» era la última palabra que esperaba oír de labios de Sam Williams. Y sin embargo, al hablar de todo el asunto al día siguiente, dijo que recordaba con claridad haberla usado.

—¿De qué modo? —le pregunté, pues mi mente estaba embotada.

—Bien, ¿cómo pudo escapar ese animal? Esto no es asunto de trabajo detectivesco. No tengo la menor esperanza en lo que pueda hacer Scotland Yard. Es... no es humano, Townsend.

Creo que esas palabras de Williams, el abogado sensato y escéptico, me turbaron más que ninguna otra cosa. Y como estaba más que a medias de acuerdo con él, le contradije de plano.

—Diablos —dije—, debe de haber una explicación perfectamente simple.

—Querido amigo, ¿cómo puede haberla? A menos que el tipo tuviera alas.

La imagen que despertó esto, de una criatura oscura y asesina como un murciélago gigante alejándose aleteando de la casa, era demasiado fantástica.

—No, no —dije—. No lo vea como una pesadilla. Debe de haber algún modo de escapar de esa habitación.

—¿Miramos otra vez, entonces?

—No creo... —Pensar en lo que había allí me hacía sentir mal. Debo de tener una mente muy literal, pues era el cuerpo lo que encontraba más perturbador, mientras que para Williams, extrañamente, lo peor eran las dudas y fantasías.

—Vamos —dijo—. Será mejor que quedarse aquí pensando.

Volvimos a subir y llegamos a la puerta roja. Pero al abrirla los dos nos detuvimos sorprendidos. El cuerpo ya no estaba solo. Arrodillado junto a la cama, con la cara escondida entre las manos, estaba Rider, el párroco. Cuando notó nuestra presencia levantó los ojos. Y la expresión de su rostro fue inolvidable. Fue como la agonía en el rostro de un mártir y sus mejillas estaban muy pálidas y la mandíbula le colgaba como si hubiera perdido el poder de controlarla.

—¡Rider! ¿Cómo ha llegado aquí? —preguntó Sam Williams. Me pareció detectar un matiz de sospecha en su voz.

El párroco se puso de pie despacio. Se movía con rigidez, como si hubiera estado largo rato arrodillado.

—¿Cómo he llegado? —repitió, sin entender, en apariencia, el sentido de la pregunta—. Acabo de llegar.

—¿Dónde? ¿Cómo? —Me sorprendía la acritud en la voz del abogado. ¿Seguiría pensando en su hombre alado?

—No le comprendo —dijo Rider despacio, y me pareció que decía la verdad—. Vine por la puerta del frente.

—¿Quién lo hizo entrar?

—Stall, el mayordomo.

Williams dudó.

—¿Y subió directo aquí? —preguntó por fin.

—Sí. —Volvió a bajar la mirada hacia la cama—. ¡Pobre alma! ¡Pobre alma! —dijo—. Espero que sea perdonada. —Luego agregó en voz más baja pero que me pareció más fervorosa—. Espero que todos seamos perdonados.

Sam Williams lo miró con atención.

—Señor Rider, ¿se da cuenta de que éste ha sido un crimen extremadamente salvaje? ¿Y de que todavía no se ha encontrado al asesino? ¿Puede decirnos algo que nos ayude?

El párroco estaba muy afligido. Temblaba.

—Murió... en pecado —fue su respuesta, ante la cual Williams hizo un gesto de

impaciencia—. Pero... —dijo el señor Rider, mirándonos—, todos somos pecadores, ¿no es así? Todos nosotros. —Y salió corriendo de la habitación.

Williams y yo permanecemos oyendo sus pisadas que bajaban rápidamente las escaleras.

—¿Qué piensa?

—¿Qué puedo pensar? —respondí—. Está loco, por supuesto. Pero si tiene algo que ver con esto o no, lo ignoro.

Antes de poder empezar otra vez la búsqueda sin sentido propuesta por Williams oímos un automóvil detenerse en la puerta del frente. Fellowes había regresado, con el médico y el sargento Beef, el policía del pueblo.

No había mucho que hacer para el primero. Pronto se reunió abajo con nosotros, pero antes de decir nada fue hasta la figura encogida de Thurston y dijo:

—Escúcheme, doctor, voy a ordenarle que se vaya a acostar. Estamos haciendo todo lo posible por usted, y no nos ayudará que se quede aquí. Por favor.

Thurston se puso de pie, obediente como un niño pequeño.

—¡Stall! —El doctor Tate era amigo de la casa, y conocía los nombres de los sirvientes—. Suba con el señor y ocúpese de que tenga todo lo que necesite.

El doctor Thurston se volvió en la puerta y nos dio las buenas noches, y cuando recordé sus joviales saludos de despedida me sentí muy conmovido por la pobre sonrisa que nos dedicó.

—Debe de haber sido un golpe terrible —dijo el doctor Tate cuando nos quedamos solos—. ¿Hace unos treinta minutos, supongo? —Ahora eran las doce menos cuarto—. Es difícil decirlo con exactitud. Entre las once y once y media de todas formas. ¿Quién lo hizo?

Parecía no habersele ocurrido que estábamos envueltos en el misterio. Supongo que pensó que un acto de tal violencia en una casa conocida no podría haber sido cometido sin ser descubierto al instante. Cuando le explicamos todo, nos miró incrédulo.

—Pero... pero... —comenzó a decir.

Williams lo interrumpió.

—Lo sé —dijo tajante—, es increíble. Pero, como ve, ha sucedido.

El sargento de la policía se nos unió. Apenas levantamos la mirada cuando entró. Era un hombre robusto de cara roja, de unos cuarenta y ocho a cincuenta años, con un desordenado bigote pelirrojo y aspecto de benevolencia al parecer provocado por la cerveza.

—Ya he examinado el cuerpo —anunció con voz pesada, semejante quizás a la que usaba al prestar testimonio en los tribunales— y he llegado a mis conclusiones —agregó.

—¿Qué ha hecho? —le espetó Williams.

—He dicho que ya he examinado el cuerpo, señor, las manchas de sangre y el instrumento. Y he llegado a mis conclusiones.

Fue un alivio casi cómico.

—¿Quiere decir que cree saber quién lo hizo? —pregunté.

—No he dicho tanto, señor —admitió el sargento Beef—, pero he hecho lo necesario por esta noche.

—Mejor póngase en contacto con Scotland Yard lo antes posible —le dije, sintiéndome algo irritado por la imperturbable vanidad de aquel hombre.

—Quizás no sea necesario —respondió pesadamente.

El doctor Tate, que conocía a la perfección a sus convecinos, dijo cortante:

—No sea ridículo, Beef. Evidentemente éste no es un caso para usted. Y dudo mucho —agregó, dirigiéndose a nosotros— que ni Scotland Yard pueda resolverlo. Pero no debe haber demora en llamarlos. Ninguna demora. Yo al menos no podría quedarme quieto y ver cómo se desperdicia tiempo que podría resultar valioso para descubrir al asesino. Mejor llame desde aquí.

El sargento no se movió. Entornó sus rosados párpados.

—Sé cuál es mi deber, señor —replicó.

Entonces el doctor Tate se enojó.

—Supongo que pasó toda la noche en el Red Lion —dijo—. Muy bien, se lo digo ahora, si este asunto no es investigado como corresponde sin demora iré a hablar con sus superiores de inmediato.

—Debe hacer lo que considere apropiado —dijo el policía—, pero mientras tanto debo pedir que ninguno de estos caballeros salga de la casa. Les diré lo mismo a los sirvientes. Volveré por la mañana para... —dijo, golpeando sobre una gran libreta—, para hacer algunas preguntas.

—Eso, tengo entendido, es lo usual.

—Muy bien, entonces, caballeros, ¿puedo suponer que todos estarán aquí mañana? Quizás sea mejor que anote sus nombres.

Y lenta y penosamente comenzó a escribir nuestros nombres completos y direcciones particulares en su gran libreta. Fueron diez minutos exasperantes. Pero por fin terminó, y fue a la cocina, al parecer a recoger los nombres del personal.

Luego oímos cómo se cerraba la puerta de la entrada y supimos que el ojo de la ley ya no estaba sobre nosotros. Sin embargo, ninguno se movió. Williams se volvió hacia el doctor Tate.

—¿Qué sabe de Rider? —le preguntó.

—¿Rider? Es muy trabajador. Pero a veces me pregunto si está en su sano juicio. Eso sí, tiene una obsesión. La pureza. Hace las cosas más desequilibradas cuando se trata de la pureza.

Súbitamente recordé la extraña pregunta que me hiciera antes de la cena, y relaté

el incidente.

—Típico de él —exclamó Tate—. Probablemente sospechaba algo absurdo, o algo sin importancia.

—Lo que no entiendo —dijo Williams— es cómo llegó junto a Mary Thurston menos de media hora después de cometido el asesinato. Era mucho antes de las once cuando salió para ir a su casa, y la parroquia queda cruzando el huerto.

—¿Alguien pudo haberle avisado? —sugirió Strickland.

—Imposible. El teléfono no funciona. Han cortado los cables, al parecer.

—Entonces en ningún momento se fue a su casa —dije. Williams tocó el timbre.

—Le preguntaremos a Stall —dijo—. Rider nos dijo que él le abrió la puerta.

Stall entró en la habitación. Sentí de inmediato, al mirarlo, que estaba en guardia. Nos recorrió con la mirada, uno por uno, como preguntándose de dónde vendría el ataque.

—Stall —dijo Williams—, ¿usted acompañó al señor Rider hasta la puerta?

—¿En qué ocasión, señor? La primera vez que salió de la casa, antes de que la señora Thurston se retirara, sí, yo lo acompañé.

—Ajá. ¿Cuándo regresó?

—Unos diez o quince minutos después... de encontrarla, señor.

—¿Por quién preguntó?

—Por el doctor Thurston, señor.

—¿Usted lo hizo pasar al vestíbulo?

—No, señor. Justo en ese momento la criada se puso histérica, señor. Muy histérica. Y volví corriendo a la cocina. El señor Rider fue solo al vestíbulo. No volví a verlo, señor.

—¿No dijo nada aparte de preguntar por el doctor Thurston?

—No, señor. Nada. Pero parecía agitado, señor.

—Ya veo. Usted va a su iglesia, ¿no, Stall?

—Sí, señor. Canto en el coro. Bajo, señor.

—Gracias, Stall. Mejor vaya a acostarse ahora.

Cuando la puerta se cerró intercambiamos miradas, como si cada uno quisiera ver lo que pensaban los demás.

—Extraordinario, lo de Rider —dije después de un momento. Pero nadie respondió. Era extraordinario. Muy extraordinario.

Recostado en el sillón, comencé a considerar a cada uno de los hombres de la casa por separado, como un posible asesino. No fue una tarea muy agradable, pues no le deseaba mal a ninguno, ni ninguno me desagradaba en realidad. Pero a medida que cada uno de ellos se presentaba ante mis dudas, me encontré una y otra vez con un muro. ¿Cómo había escapado? Yo mismo había descorrido los dos cerrojos. El que lo hubiera hecho, si aún existían las leyes naturales, había salido de la habitación en el

breve tiempo que nos tomó subir corriendo las escaleras y romper la puerta, pero ¿cómo? ¿Cómo? Sentí que la duda me volvería loco. No había salida de esa habitación.

Al fin decidimos retirarnos. Pero cuando nos poníamos de pie, esperando que alguien diera el primer paso, el joven Strickland le dijo algo no muy diplomático a Alec Norris.

—Bien —dijo—, parece que su teoría sobre el asesinato ya se ha desmoronado.

Yo me había olvidado por completo de la conversación mantenida durante el cóctel. Evocarla me estremeció. Pero el efecto del comentario sobre Norris fue inesperado. Respondió con voz alta, chillona, histérica.

—Sí —dijo—, ¡parece que me equivoqué! —Y comenzó a reír con una carcajada que se inició baja pero comenzó a aumentar hasta que Williams, parado a su lado, lo abofeteó.

Norris se detuvo de inmediato.

—Perdón —dijo.

—Perdóneme usted —dijo Williams—. Pero es el único remedio para la histeria. No podía permitir que despertara a todos. Son más de las doce.

Muy temprano a la mañana siguiente comenzaron a llegar esos incansables y brillantes investigadores privados que parecen estar siempre a mano cuando se comete un asesinato. Yo estaba algo al tanto de sus hábitos, y de inmediato adiviné qué había sucedido para traerlos aquí. Uno quizás estaba pasando una temporada en la región, el otro era amigo del doctor Tate y el tercero, probablemente, ya había sido invitado a visitar a los Thurston. De todos modos, no pasó mucho tiempo antes de que la casa pareciera llenarse de animación con ellos, que ya estaban caminando a cuatro patas, acercando las lupas a la pintura y haciéndoles a los sirvientes las preguntas más inesperadas.

El primero en entrar en escena fue lord Simon Plimsoll. Bajó del primero de tres Rolls-Royce. En el segundo viajaba su criado, de nombre Butterfield, según me enteré después, y en el tercero una cantidad de aparatos fotográficos. Casualmente yo estaba en la puerta del frente en ese momento, y le oí hablar a su empleado. Al principio me sorprendió su lenguaje, pues me recordó un diálogo oído en un cabaret entre dos cómicos, que se llamaban Western, creo, y me tomó unos minutos creer que éste era su lenguaje habitual.

Me dio un cigarro de excelente calidad, y me invitó a «largar el rollo». A lo cual accedí con largueza. Le conté en detalle el increíble misterio que nos ocupaba, y el problema insoluble de cómo había escapado el asesino. Cuando terminé, suspiró.

—Otro caso de puertas cerradas —dijo con evidente tedio—. Esperaba que fuera algo nuevo.

Pero entró en el vestíbulo y miró a su alrededor.

—¿Dice que pasó en el cuarto que hay sobre éste? No hay huellas afuera, ¿no?

—No —dije, satisfecho de haber demostrado suspicacia profesional y haberlas buscado la noche anterior. Entonces lo llevé a la escena de mi búsqueda. Miró sin darles importancia los fragmentos de la bombilla eléctrica y se detuvo en el lugar donde había encontrado el cuchillo, retrocediendo para mirar hacia arriba, a la ventana. Luego se puso en cuclillas para examinar el parterre, pero sin arrugar la raya de sus pantalones de corte perfecto. Al fin volvió a retroceder y se quedó inmóvil, mirando la ventana.

Mientras lo hacía, examiné a este joven. Oí hablar de él por primera vez unos diez años atrás, y me sorprendió descubrir que no parecía haber envejecido. Pero quizás entre otros secretos había descubierto el de la eterna juventud. Su mentón era, como otras cosas en él, excesivo. Pero me gustaba, porque desde su llegada a la casa la atmósfera algo macabra de la noche anterior se había disipado. Su naturaleza jovial y curiosa parecía desalentar cualquier resabio morboso del horror de la muerte de Mary Thurston, y también parecía inducir a todos, deudos o culpables, hacia un agradable y

ansioso estado de curiosidad general.

En cuanto a mí, desde el momento en que conocí a lord Simon dejé de recordar el espantoso momento cuando atisbamos por primera vez el interior de ese dormitorio cerrado, olvidé incluso un más que mecánico deber de duelo. Me absorbí por completo en el fascinante problema al que nos enfrentábamos. Y he sabido que ésta es la experiencia de la mayoría de las personas íntimamente relacionadas con un asesinato investigado por un detective privado o criminologista de primera clase.

—Bien, ¿cuál de las ventanas dijo? —me preguntó lord Simon cuando terminó de tararear una canción.

Le expliqué lo mejor posible.

—¿Dice que fue una noche ventosa? —preguntó como en sueños cuando terminé.

—Sí, bastante.

—¿Se oía el viento cuando estaban en el vestíbulo?

—Sí. Los árboles alrededor de la casa...

—Perfecto. ¿Y cuando estaba en la puerta de la habitación mientras Williams la registraba?

—Ahora que lo pienso, sí.

—Bien. Vamos arriba.

Caminamos hacia la puerta del frente y lord Simon se detuvo para hablar con su sirviente.

—Butterfield —dijo, como disculpándose.

—Sí, milord —dijo Butterfield, cortés, por supuesto.

—Tome algunas fotografías. Y llame a la Duquesa Viuda y a la Ex Reina y dígalas que no podré almorzar con ellas.

—Muy bien, milord.

—Ah, Butterfield...

—¿Sí, milord?

—¿Tiene el coñac Napoleón en el coche?

—Sí, milord.

—Excelente.

Volvimos a entrar en la casa y empezamos a subir las escaleras. Yo estaba decidido a permanecer con lord Simon mientras él investigara. Sus modales despreocupados, que evidentemente ocultaban una gran astucia, me interesaban en grado sumo. Me preguntaba qué descubrimientos haría en el dormitorio fatal, qué encontraría que nosotros no hubiéramos visto antes. Pero cuando llegamos a la puerta, se detuvo un instante.

—Ésta es la habitación —dije.

—¿Qué habitación?

—La habitación donde sucedió.

—¿Ah, sí? Subamos un poco más, ¿eh?

Consideré que los criminalistas son, si se puede decir algo de ellos, imprevisibles, y lo guie hacia el piso superior. Entramos primero al desván, que llenó de entusiasmo a lord Simon.

—Me encantan los viejos desvanes —dijo—. ¿A usted no? Nunca se sabe lo que se va a encontrar cuando uno empieza a revolver.

Su mirada recorrió el cuarto. No había mucho que ver: viejos baúles, una hilera de botas algo enmohecidas y una alfombra de piel de leopardo comida por las polillas.

—Fascinante —dijo y fue hacia la ventana. Se demoró contemplando el alféizar de piedra más tiempo del que me pareció natural, mirando con languidez desde la ventana hacia las vigas del techo.

—Y ahora vamos a hacer algo muy del estilo de Scotland Yard —dijo despacio—. Sí, sin lugar a dudas muy de Scotland Yard. Pero necesario. Vamos a examinar el contenido de esos baúles.

—Bueno —atiné a decir—, no sé si al doctor Thurston le...

Pero lord Simon sonrió cautivador, y yo recordé que los criminalistas están exentos de esas triviales consideraciones.

—Vamos —dijo—, no sea malo.

Le ayudé a vaciar los baúles. Uno contenía sólo pedazos de telas, cintas, restos de viejos vestidos que la pobre Mary Thurston había guardado probablemente «por si algún día se necesitan». No me gustaba esto, pues me recordaba a la muerta vívidamente, con toda su estupidez y bondad.

—Esto es como ser un desagradable vista de aduana, ¿no? —dijo lord Simon, sacando desdeñoso una enagua en desuso.

Asentí. Pronto terminamos con ese baúl, y después de volver a guardar las cosas, nos concentramos en el siguiente que tenía un fuerte olor a alcanfor. Contenía un mausoleo intacto: los trajes que el doctor Thurston ya no usaba, viejas chaquetas y un esmoquin de corte antiguo. Revisamos los otros baúles con la misma minuciosidad, pero no hallamos nada de interés para lord Simon.

—¡Qué desilusión! —dijo—. Probemos en la cámara de las manzanas.

Cuando entramos la cámara de las manzanas me pareció aún más carente de posibilidades que el desván, pero a lord Simon pareció gustarle el lugar.

—Aroma a manzanas maduras —señaló, aspirando con su marcada nariz.

La fruta estaba diseminada sobre el suelo, cada manzana separada de la siguiente para evitar que se extendiera cualquier infección. Pero habían dejado un pasillo de más o menos un metro de ancho, desde la puerta a la ventana, lord Simon se quedó mirando las hileras rojas y amarillas, luego se agachó y recogió una Cox's Orange Pippin.

—Recién magullada —dijo, y dio un ávido mordisco del lado sano.

Luego se le volvieron a encender los ojos, y comenzó una febril actividad. Se quitó el sobretodo gris pálido y lo colgó con cuidado detrás de la puerta. Luego la hermosa chaqueta, y quedó en mangas de camisa luchando con un par de gemelos Asprey.

Se me ocurrió algo desagradable.

—Supongo que no irá a mover todas esas manzanas, ¿no? —le pregunté.

—Más bien no —respondió—. Una zambullida, nada más. —Y caminó sorteando la fruta hacia el tanque del agua que resollaba en un rincón.

Sin aliento observé a lord Simon. ¿Encontraría otro cadáver? Sabía que tenía propensión a ese tipo de cosas. Pero sin duda no metería el brazo a ciegas en el agua si pensaba eso. No, vi en su expresión que había encontrado lo que esperaba. Y comenzó a sacarlo: una sogá muy gruesa.

La dejó en el suelo entre las manzanas, con toda la ternura que le dispensaría un niño. Había un gran nudo en un extremo y una argolla de hierro en el otro. Tendría unos cuatro metros y medio.

—Prueba A —dijo—. Sin lugar a dudas Prueba A. ¿La había visto antes?

—Me parece que es del gimnasio.

—¿Del gimnasio? No me dijo que hubiera un gimnasio.

—No pensé que tuviera ninguna relación.

—No, no. Claro que no. Sí, esta cuerda ha estado en un gimnasio. Al menos, ha sido para trepar.

—Pero...

—Nunca pude trepar por una cuerda en Eton. ¿Usted podía allí donde estudió?

—Sí —dije algo brusco.

—Bien, bajemos. Creo que es hora de...

—¿De ver el cuerpo? —sugerí.

—Exacto —dijo lord Simon. Pero antes de salir de la habitación examinó con mucho cuidado el marco de piedra de la ventana, lo mismo que había hecho en el desván.

Bajamos la angosta escalera y yo golpeé la puerta de la habitación donde había ocurrido la tragedia. La voz del sargento Beef nos dijo que entráramos. Mi conocimiento de estas situaciones me alcanzaba para decirme qué tipo de bienvenida podía esperar entre estos dos, y no fui desilusionado.

—Buenos días, Beef —dijo lord Simon con alegría.

El sargento parecía estar sufriendo las consecuencias de su visita al Red Lion la noche anterior.

—No pensé que se fuera a molestar en un caso tan insignificante como éste —dijo despacio—. Es como coser y cantar.

—¿Le parece? —preguntó lord Simon.

—Sí. Claro que sí. Es...

—¿Qué hace aquí, sargento?

—Vine a examinar estas manchas de sangre otra vez —dijo Beef malhumorado.

Lord Simon se dirigió a mí.

—A los policías les encanta la sangre —dijo—. Sorprendente, ¿no?

Al sargento no le hizo gracia la broma. En seguida reinó el silencio en la habitación, mientras Beef y yo mirábamos trabajar a lord Simon. Revisó con sus eficientes manos todos los objetos del dormitorio, golpeó en todas las paredes una o dos veces, y examinó el hogar.

—No hay modo de escapar —dijo.

El sargento Beef se rio.

—No me diga que esperaba encontrar uno —dijo.

—No, sargento —dijo lord Simon con serenidad—. Por extraño que parezca, no lo esperaba.

Luego fue al ropero, y después de hurgar, con lo que me pareció poca delicadeza, entre varios trajes de Mary Thurston, sacó dos sombrillas.

—¿Sale al aire libre y tiene miedo de quemarse? —le preguntó el sargento Beef, con pesada ironía.

—No, simplemente me interesan —dijo lord Simon, escudriñándolas con minuciosidad.

Al fin las dejó, y empezó un estúpido juego con las largas cortinas. Corría una un poquito, y luego la descorría con brusquedad, y así dos o tres veces.

—Bonitas cortinas —dijo, soltándolas.

Entonces volvió al tocador y, para mi sorpresa, se encaramó en él y acercó la nariz a un punto cerca del espejo. En seguida empezó a estornudar violentamente.

—Qué desagradable —dijo—. Me alegra que no lo haya notado, sargento. Es muy desagradable. ¿Quién toma rapé en esta casa?

—Sé de Stall —dije—. Lo vi una vez en la escalera, creyó que nadie lo veía.

—Ah —dijo lord Simon con voz apagada—. Bien, voy a almorzar algo.

Apenas eran las doce, así que me di cuenta de que su propósito al dejarnos era otro. Pero lo acompañé hasta abajo y hasta la puerta del vestíbulo.

Justo antes de que la abriera, se detuvo y miró la ventanita junto a ésta, que daba a la parte delantera de la casa.

—¿Sabe por casualidad si se cierran estas cortinas durante la noche? —me preguntó.

No supe decirle, pero Stall, que pasaba en ese momento, sí podía explicarlo.

—Lamento decir que por lo general se olvidan de correrlas, milord. Es responsabilidad de la criada, pero no lo hace.

- ¿Las cerró anoche?
—Creo que no, milord.
—Gracias —dijo lord Simon, y salió.

6

A medida que los tres Rolls-Royce desaparecían en el camino, noté la presencia de un extraño hombrecito que estaba a cuatro patas junto al parterre donde encontré el cuchillo la noche anterior. Su cuerpo era frágil y estaba rematado por una gran cabeza en forma de huevo, una cabeza tan grande que me sorprendía encontrarle nariz y boca, pues esperaba, en cambio, que la blanca superficie se quebrara y dejara salir un pollito. Lo reconocí de inmediato y me acerqué.

—¿Monsieur Amer Picon, supongo?

—Sí, *mon ami*. El gran Amer Picon —amplió, levantando por un momento la vista de sus actividades.

—Mi nombre es Townsend —le dije—. ¿Puedo ayudarle?

Había tenido la oportunidad de ver trabajar a un gran criminalista, y me agradaba la perspectiva de ver a otro.

—Pero por supuesto que puede ayudarme —exclamó—. *Enchanté*. Acabo de llegar.

—Entonces no sabe... —comencé, ansioso por contarle lo que ya sabíamos.

Pero me interrumpió.

—Sé todo lo que usted sabe, *mon vieux*, y quizás algo más. *Oh, tiens, voilà!* —dijo para terminar, no con mucha relación.

—Pero, discúlpeme, *m'sieur*, eso es imposible si acaba de llegar. Estuve con lord Simon Plimsoll esta mañana, y él ha hecho algunos importantes descubrimientos.

—¿Plimsoll? ¿Ese *amateur des livres*? —se burló, con mejor francés del que le había supuesto hasta ese momento—. ¿Y qué descubrió? ¿La sogá, supongo?

—¿Cómo supo eso?

—¿Cómo lo supe? ¿Pero no soy Picon? ¿Amer Picon? *Tiens!* Ésos no son problemas. Hay bastantes problemas, pero éstos de los que usted habla no son problemas. ¿Y dónde estaba la sogá? ¿En el tanque del agua, supongo?

—Bueno, sí, allí estaba. ¿Alguien se lo dijo?

Se puso de pie indignado.

—¿Decirme? —exclamó—. ¿Es necesario que alguien me lo diga? ¿Dónde más podría estar, quisiera saber?

No podía responderle, de modo que guardé silencio. Al parecer, Picon sentía su brusquedad.

—*M'sieur*, debe disculpar a *Papa Picon*. Está preocupado. Sí, incluso él. *Allons*. Vayamos al garaje.

—¿Al garaje? —repetí.

—Naturalmente. ¿Dónde si no?

Y comenzó a avanzar a grandes zancadas sobre sus piernas cortas. El garaje

estaba en el extremo de la casa opuesto al de la habitación de Mary Thurston, y en el extremo más apartado de un patio. El hombrecito cruzó éste con resolución, y no vaciló hasta llegar al espacio frente a la puerta del garaje. Allí encontramos a Fellowes, con botas de goma, lavando con una gran manguera el Austin de los Thurston. Se volvió para darnos los buenos días, pero no interrumpió su trabajo. Monsieur Picon le observó un momento, luego dijo:

—*Mon ami*, ¿por qué lava una y otra vez lo immaculado?

Fellowes pareció algo confundido. Yo no tenía noticia de que alguna vez hubiera mostrado mal humor, y me sorprendió su actitud hacia mi excéntrico compañero.

—¿Es que quiere parecer ocupado, eh? ¿No le gustan los, cómo se llaman... interrogatorios? No tema. El tiempo de las preguntas no ha llegado aún. Por ahora sólo miro un poco.

El chófer esbozó una forzada sonrisa.

—Bien, es cierto, no me gusta ser interrogado —dijo—. ¿A quién le gusta?

Pero Picon no prestó mucha atención a su respuesta. El chófer tenía las mangas de la camisa arremangadas casi hasta el hombro, revelando un musculoso par de brazos. Y en un antebrazo tenía tatuadas varias imágenes que llamaron la atención de Picon. Se acercó a Fellowes y le tomó la muñeca con sus pequeñas manos.

—Perdone —dijo, y comenzó a examinar el tatuaje.

Yo por mi parte no veía nada de extraordinario en éste, parecían las imágenes convencionales. Había dos corazones enlazados y atravesados por una flecha. Otro era la bandera. Y había un diseño irregular de estrellas.

—¿Pasa algo malo? —preguntó Fellowes, de muy buen humor, mientras esperaba paciente a que Picon terminara.

—*Voyons, voyons...* —dijo el hombrecito, y dejamos que Fellowes finalizara su trabajo.

De regreso a la casa recordé un detalle que hasta el momento había escapado a mi memoria.

—Monsieur Picon —dije—, dice que ya sabe todo lo que yo podría decirle. Está en un error. Acabo de recordar un detalle que no he mencionado a nadie.

—¿Sí, *mon ami*? ¿Y cuál es ese detalle tan importante?

—Bien, claro que quizás no tenga nada que ver con el crimen. Pero pienso que debe ser conocido, ahora. Anoche, después de vestirme para la cena, alguien salió de la habitación de la señora Thurston. Un hombre.

—¿Sí?

—¿Le parece que puede ser importante? Porque a menos que pueda ayudar en la investigación, no deseo mencionar su nombre.

—Cualquier cosa puede servir de ayuda.

—Muy bien. Se lo diré. Era David Strickland. Cuando me vio trató de volver a la

habitación, pero era demasiado tarde.

—¿Ah, sí? *Voilà!* ¿Strickland, el joven de la habitación junto a la de madame Thurston? El joven de las apuestas, ¿no?

Asentí.

—Entonces vamos a hacer una pequeña visita a la habitación del señor Strickland. *Allons.*

—Usted puede, *m'sieur*. Usted es un investigador. Pero yo no iré a hurgar en la habitación de otra persona.

Y así me encontré otra vez parado donde había estado durante aquellos terribles momentos de la noche anterior, mientras el pequeño detective entraba en la habitación de Strickland. Me preguntaba a mí mismo dónde estaría su ocupante. Al pasar por el vestíbulo habíamos oído voces, y supuse que Williams, Norris y Strickland se habían reunido allí. El doctor Thurston no había bajado aún, y nos enteramos por Strickland de que se quedaría en su dormitorio a menos que se le necesitara con urgencia. Me alegraba. Me parecía que la grotesca caza del tesoro que tenía lugar en la casa no le traería mucho consuelo a un viudo acongojado.

Stall nos contó que su patrón había pensado en todos, y había dado instrucciones de que pidiéramos todo lo que quisiéramos, y se excusaba por vernos retenidos aquí contra nuestra voluntad. Era típico de él no olvidar los buenos modales ni siquiera en un momento de dolor como aquél.

Pronto me impacienté. No me gustaba estar parado frente a los paneles rotos de esa puerta. Quería bajar con los demás. Pero pasó mucho tiempo antes de que el diminuto detective volviera a aparecer, y cuando lo hizo no emergió del todo de la puerta, sino que, sosteniéndola abierta con el pie, me llamó.

Me sorprendió ver lo que tenía en la mano: un collar de diamantes.

—*Vite!* —susurró—. ¡Mire! Conoce esto, ¿no?

—Sí —dije—. Era de la señora Thurston.

—Bien. Espere —susurró, y volvió a desaparecer en la habitación.

Cuando regresó estaba más apaciguado.

—¿Eso qué quiere decir? —le pregunté.

—Quiere decir que un collar de diamantes perteneciente a la muerta estaba en la maleta del señor David Strickland.

—¿Eso prueba que él es el asesino, entonces? —pregunté rápidamente.

—No tan deprisa, *mon ami* —replicó, quitando una pelusa de la solapa de mi chaqueta—. Puede probar exactamente lo contrario. Dije puede. Y ahora vamos a la habitación del chófer.

Los lugares que eligen para visitar estos notables investigadores han dejado ya de provocar en mí la emoción de la sorpresa. Así que una vez más, aunque yo estaba cansado y tenía hambre, subimos la última escalera, y le indiqué a Picon la puerta de

la habitación de Fellowes.

Siempre había admirado a este hombrecito, y fue emocionante observar su exaltado entusiasmo. Pero me asombraba el interés ya demostrado en Fellowes. No podía creer que un chófer de tan franco aspecto tuviera nada que ocultar más allá de uno o dos romances en el pueblo. Pero respetaba demasiado a Picon y su genio como para hacer ningún comentario al respecto.

Dejó la puerta abierta, y le vi saltar de un lugar a otro entre los muebles sencillos y bien dispuestos. Todo en la habitación estaba escrupulosamente limpio, y la ropa del hombre estaba doblada y guardada. Picon parecía no encontrar nada de interés hasta que vio, sobre la mesita de noche, un ejemplar del «Daily Telegraph». Al principio lo miró por arriba, pero entonces algo en la primera página le llamó la atención y comenzó a revisar el diario con mucho cuidado.

Al fin, al llegar a las últimas páginas, comenzó a gritar «*Tiens!*» y «*Voilà!*» y a proferir otros sonidos tan poco británicos.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Se acercó a mí.

—¿Ve? —dijo exaltado, y me indicó una marca hecha a lápiz en una de las columnas de los anuncios.

Me incliné para examinarlas, y vi que estaban encabezadas por el título «Locales con licencia, Hoteles y Restaurantes. Venta». Sabía bien que no debía expresar ningún tipo de sorpresa, pero esto no me decía nada.

—¡Ahí está! —exclamó Picon—. El pequeño eslabón que faltaba. *En avant!* Pieza por pieza. Oh, este asunto no es nada común.

—Me alegra que piense así —dije, pues me había desilusionado mucho la aburrida acotación de lord Simon acerca de «esos casos de puertas cerradas».

—No, no. De ninguna manera. ¿Cómo es esa expresión tan inglesa? La trama se complica, ¿eh? Este diario es de hace tres semanas.

Y volvió bailoteando a dejarlo en su lugar. Al bajar osé preguntarle si tenía alguna teoría.

—No lo que usted llamaría una teoría —respondió—. Todo está muy oscuro. Pero vea, ¿qué es eso? ¡Un poco de luz! Poco a poco se vuelve más intensa. Y entonces *Papa* Picon lo ve todo. ¡Todo! —agregó, y yo esperaba que estuviera en lo cierto.

Al fin llegamos al dormitorio de Mary Thurston y encontramos al sargento Beef hundido en un sillón junto a la ventana.

—¡Ah, el buen Boeuf!^[1] —exclamó Picon, con una gálica ligereza que no terminaba de gustarme en presencia de un muerto—. ¿En guardia, eh? ¿Está permitido echar un vistazo?

—Puede mirar —dijo el sargento—. Pero no debe tocar nada, señor.

—Bien. ¿Y qué aguarda tan pacientemente, sargento?

—¿Yo? Espero que llegue la orden de arresto. Ya entregué el informe.

Picon no pudo evitar una sonrisa.

—¿Espera la orden, eh? Muy bien. ¿Ya sabe, entonces, quién es el culpable?

—Claro que lo sé. Es tan obvio como su nariz.

Picon se volvió hacia mí.

—¿Cómo es esa expresión tan inglesa? Quiere guerra, ¿eh?

Ahora le tocó al sargento sonreír.

—Usted lo ha dicho —respondió.

Picon dedicó bastante tiempo al examen del contenido de la habitación. Y mientras lo hacía pensé que el examen no se debía a que esperara encontrar algo aquí, sino porque él era minucioso por naturaleza, y no se quedaría con una teoría sin asegurarse de que nada podía contradecirla.

—Y ahora, señor Townsend, ¿me haría un favor? ¿Podría ir al vestíbulo, encender la radio, y volver aquí?

Le obedecí no de muy buen grado, preguntándome qué pensarían Thurston y los demás al oír música en la casa. Se lo expliqué rápidamente a Williams, Norris y Strickland, que estaban en el vestíbulo, e hice lo que Picon había pedido.

—Gracias —dijo cuando regresé—. Y ahora la luz se hace más intensa.

Creyendo que comprendía lo que me estaba diciendo, dije:

—No debe dudar de que hayamos oído gritar a la señora Thurston, Monsieur Picon.

—¿Oyó eso? —preguntó despacio.

—Claro que sí.

Entonces dijo algo extraordinario.

—No esté tan seguro, *m'sieur*. El oído humano es un órgano curioso. A veces oye lo que no puede oír. Y a veces no oye lo que debe oír.

Después de esto, que interpreté como deliberada mistificación, él también se fue deprisa al pueblo, probablemente en busca de su almuerzo.

Sonó el gong llamando para almorzar y cuando llegué al comedor no me sorprendió ver que se nos había unido un pequeño budín humano, que fue presentado como monseñor Smith. Tras depositar unos paquetes y colgar una sombrilla verde en el respaldo de su silla, nos dedicó una sonrisa y rechazó la sopa.

Parecía haber un muy generalizado, y comprensible, deseo de evitar el tópico que ocupaba casi todos nuestros pensamientos privados. Pero quizás fuera un retorno subconsciente a sus rebuscadas ideas de la noche anterior lo que llevó a Sam Williams a hablar del vuelo, de los adelantos del vuelo, en planeo y de la fabricación de aviones diminutos.

—He oído incluso que un norteamericano se ha elevado del suelo y se movió por el aire con alas —dijo—, y sin correr la suerte de Ícaro.

El pequeño clérigo miraba por la ventana a través de los gruesos cristales de sus anteojos.

—Pero hay tantos tipos de alas —murmuró—. Están las alas de los aviones y de los pájaros. Están las alas de los ángeles y —bajó la voz—... están las alas del demonio. —Luego mordisqueó un pedacito de pan que había estado desmigajando.

Nos quedamos en silencio. Mi conocimiento de todo lo que se había hecho público de este hombre notable me llevó a buscar algo en sus palabras que pudiera tener alguna conexión con nuestro problema.

—Pero hay vuelo sin alas —continuó—, más terrible que el vuelo con alas. Los dirigibles no tenían alas que los elevaran. Un cuchillo arrojado con pericia que atraviesa el aire como un cometa ebrio tampoco tiene alas.

Esto resultó demasiado directo para Alec Norris, que comenzó a hablar deprisa de automóviles. Y como éstos tenían escaso lugar en la vida de monseñor Smith, ya que su tarea la desarrollaba a pie y en lugares donde los automóviles no eran muy bien recibidos, volvió a quedar en silencio.

En seguida la conversación fue interrumpida. El joven Strickland emitió una súbita exclamación y se volvió a Stall.

—¡Mire! —dijo.

Había caído una araña del techo, o de las flores, y se desplazaba por la mesa. El mayordomo se acercó, la agarró y la llevó con los dedos hasta la ventana. El pequeño sacerdote de cara redonda, sentado a mi lado, lo miraba distraído. De pronto saltó en su silla.

—¡Oh, no! —exclamó—. ¡No! —Y su voz sonó dolida, apenada, y asombrada al mismo tiempo.

Corrió hacia la ventana, la abrió, agarró la araña y la dejó caer sobre el parterre.

—¿Qué pasa? —preguntó Norris—. ¿Stall no la mató?

Monseñor Smith hizo una pausa antes de responder. Stall había salido de la habitación y cerrado la puerta.

—Ojalá lo hubiera hecho —se lamentó monseñor Smith—. ¡Ojalá lo hubiera hecho!

Intercambiamos miradas. ¿Qué quería decir? No podíamos pensar que odiara a las arañas, ni a ninguna otra cosa. Era demasiado dulce y benévolo para odiar. Además, si fue odio hacia el insecto lo que le hizo atravesar la habitación corriendo, ¿por qué no lo había aplastado? ¿Por qué lo había dejado con tanto cuidado en el jardín?

—¿Es amante de la naturaleza, monseñor Smith? ¿Ha hecho un estudio especial sobre los arácnidos?

—Si se refiere a las arañas —dijo—, sólo sé dos cosas sobre ellas. Y es lo que sabe todo el mundo. Que matan moscas y que se cuelgan de hilos.

El resto de la comida fue algo difícil pues, por ingenuo e inocente que pareciera este hombre, tenía como yo ignoraba, el don de decir las cosas más inquietantes.

Comencé a preguntarme a qué lugar insólito pediría ser guiado después del almuerzo, y aun así me sorprendió cuando se me acercó y me preguntó si podía mostrarle la iglesia del pueblo.

Objeté, por supuesto.

—¿Le parece —le pregunté— que podemos permitirnos el lujo de perder el tiempo examinando un viejo edificio mientras tenemos este problema por resolver? Presenta todavía tantas dificultades...

—¿Y qué mejor que llevar nuestras dificultades a la iglesia? —preguntó con suavidad mientras salíamos.

En el cementerio nos encontramos con el párroco. Me saludó con su sonrisa rápida y nerviosa y le presenté a monseñor Smith. Los dos parecían tener mucho de qué hablar y accedí a esperar mientras el párroco le mostraba a mi nuevo conocido las bellezas del viejo edificio.

Debía de haber estado unos diez minutos sentado en el muro bajo la pálida luz del sol cuando monseñor Smith salió de prisa del edificio, obviamente bajo una gran tensión. Tenía la ropa algo embarrada, según me di cuenta cuando se adelantó, y las gruesas botas avanzaban con rapidez.

—La llamó «lavabo» —exclamó—, no debemos perder un segundo. ¿No se da cuenta de que la llamó «lavabo»?

Yo me estaba acostumbrando tanto a esta especie de críptica emoción que no expresé asombro, sino que caminé junto al hombrecito sin aliento hasta la casa de los Thurston.

—Un «lavabo» —murmuró—. Ésas fueron sus palabras.

De pronto monseñor Smith se detuvo en la mitad del sendero.

—¡Pero! —dijo en voz bastante alta, volviendo sus gafas hacia mí—. ¡Pero, por

supuesto! Debemos ir al gimnasio —dijo.

—¿Al gimnasio?

—Sí. De inmediato. ¿Dice que hallaron una sogas?

—Sí. La sogas.

—Una de las sogas —respondió distraído.

—¿Entonces son dos? —pregunté, sintiéndome Alicia.

—Eso me temo. Si hubiera una sola, sería mejor. Sería mucho mejor. Pero me temo que hay dos. Y sin embargo... ¿quién podría asegurarlo? Una sogas puede convertirse en lazo corredizo.

El gimnasio había sido construido por el antecesor de los Thurston, entusiasta de la cultura física. Era un edificio blanco junto al garaje. Como era de estilo absolutamente moderno, y no intentaba imitar los ladrillos rojos de la casa, había sido ubicado discretamente, fuera de la vista incluso de las ventanas del dormitorio.

En la actualidad, ni los Thurston ni sus amigos lo usaban. Ninguno de nosotros era aficionado a la gimnasia. Pero paseando por ese lado una mañana en una visita anterior, oí movimiento en el interior y al mirar me encontré con Fellowes, el chófer, en una posición sobre las barras paralelas que habría resultado imposible para quien no fuera contorsionista. Le pregunté si se usaba el gimnasio y me dijo que el doctor Thurston había dado su permiso para que el grupo de *boy-scouts* local se reuniera allí una o dos veces por semana. A Fellowes esto no le hacía ninguna gracia, porque los chicos hacían mucho ruido y más de una vez se habían adentrado correteando por los jardines.

Cuando entramos ahora estaba en profundo silencio y tenía ese tenebroso vacío de las escuelas y las iglesias cuando no hay nadie en ellas. Se extrañaba la multitud que debía ocupar un lugar así.

El pequeño monseñor Smith miraba el techo como un ocioso pastorcito que mirara las nubes. Y yo miré también para ver qué atraía su atención. En la viga central había dos ganchos reforzados de los utilizados para fijar los aparatos de gimnasia, pero de ellos no colgaba ninguna cuerda.

—Tiene mucha razón —dije—, ahora lo recuerdo. Había dos sogas. Fellowes me comentó que el que hizo construir esto las hizo colocar para que él y sus amigos pudieran disputar carreras. Y no están.

Contra la pared había una escalera.

—Extraño lugar para guardar una escalera —dije. Pero monseñor Smith no respondió. Me di cuenta más tarde de que con una mirada había comprendido que la escalera la había traído el hombre que se llevó las cuerdas y la había utilizado para descolgarlas.

Fue él quien guio el camino hacia la casa y las escaleras del segundo piso, escaleras que yo comenzaba a conocer demasiado bien. Entró apresuradamente en la

cámara de las manzanas y sin molestarse en arremangarse metió la mano en el depósito de agua. Un momento después yacía sobre el piso junto a la primera, y muy similar a ésta, una segunda sogá, chorreando agua.

Entonces monseñor Smith se sentó pesadamente en un banco de madera y se quedó callado por largo rato. Afuera se ponía el sol, pero en la cámara de las manzanas la luz era suficiente para permitirme observar sus rasgos redondeados, con una expresión de un gran y terrible asombro. Cayó el sol.

Y por fin habló monseñor Smith.

—¿Ha pensado alguna vez en las cosas espantosas inventadas por el hombre para matar a su prójimo? ¿Y cómo se han utilizado inventos de por sí malignos como la pólvora y el gas? Pero ni la pólvora ni el gas, ni las pistolas o los venenos son tan terribles como el instrumento elegido por este asesino.

—Yo creía que era un instrumento común y corriente —aventuré—. Era un cuchillo.

—Usted sólo habla del arma. Yo pensaba en algo más.

—¿Quiere decir que tuvo un cómplice?

—Quiero decir que tuvo siete.

—¡Siete! —exclamé casi en un grito, pues esta oscura sugerencia me sorprendió.

—Siete demonios —dijo, y se balanceó hacia adelante y hacia atrás con tristeza.

—Pero monseñor Smith —dije—, ¿cuál es la diferencia entre el arma y el instrumento? ¿Está haciendo un juego de palabras?

—Sería un juego muy peligroso. Preferiría divertir a unos niños con una bomba que ellos creyeran que era una pelota antes que confundir a los hombres con una palabra que ellos interpreten como una advertencia. El instrumento puede ofrecer el arma como la guillotina dejaba caer la cuchilla.

—Pero entonces, si lo comprende todo...

—¡Es que no es así! —exclamó monseñor Smith—. Sé cuál fue el arma, y creo saber cuál fue el instrumento. Pero aún tengo que asegurarme sobre el asesino.

La cámara estaba ya casi a oscuras, y me parecía que era la hora del té. Me puse de pie para ver si con ello lograba sacarlo de sus cavilaciones. Para mi alivio, monseñor Smith me imitó.

—Tiene razón —dijo—, hay algo maligno en esta habitación.

Parecía haber perdido todo su apuro, y bajó las escaleras de manera bastante prosaica. Al entrar en la sala para reunimos con los demás le oí hablar solo en voz baja, y me volví para oír lo que decía.

—El rey Bruce, el rey Bruce —susurraba misteriosamente.

En un hondo sillón más allá del círculo alrededor de la mesa del té estaba sentado lord Simon, con un cigarro entre sus largos dedos y un libro en la mano.

—Lindo ejemplar, éste —observó—. Es el Platón aldino. No conocía la edición de 1513 en pergamino. La hicieron Aldo y Musurus, y se la dedicaron a León X. Se sintió tan halagado que renovó los privilegios otorgados a Aldo por Alejandro VI y Julio II. Su amigo debe de ser coleccionista.

—Eso creo.

—Yo también tengo algunas cositas —dijo lord Simon.

Me pareció muy modesto al recordar algunos de los libros que formaban su colección.

—Así me han dicho. Mientras tanto, tengo algunas noticias que comunicarle.

Continuó pasando las hojas de su libro mientras yo le contaba el descubrimiento de Picon de los tatuajes en el brazo de Fellowes.

—Interesante —admitió—, pero no demasiado útil. Queremos averiguar quién cometió el crimen, no quién lo pensó.

Algo desilusionado, probé con la historia de las joyas en el dormitorio de Strickland y el diario marcado sobre la mesa de Fellowes. Pero ante ambas cosas asintió y dijo:

—Muy probable. Muy probable.

Sin embargo al hablarle de la segunda soga hallada por monseñor Smith se puso de pie de un salto.

—¿Otra soga? —dijo—. Qué extraño. Eso elimina todo lo demás. A menos... —hizo una pausa—. Escuche, Townsend, ¿podría ayudarme? Quiero llevar una de esas sogas al gimnasio.

Aunque esto implicara volver a subir al segundo piso, no podía negarme. Poco después habíamos arrastrado la soga por el jardín y lord Simon, utilizando la escalera, la había colgado en su lugar original. Bajó y, parado junto a la puerta, la miró fijamente.

—Está bien —dijo, mientras salíamos del gimnasio—. Muy bien. Debería haberme dado cuenta. —Y aspiró profundamente su cigarro.

Los bizcochos estaban fríos cuando regresamos, pero no iba yo a pensar que la comida era importante mientras había una investigación entre manos. He oído hablar de quienes, después de un asesinato, no han comido durante días enteros.

Thurston seguía sin presentarse, pero bajaría para el interrogatorio esa noche. Gracias a Dios se había mantenido al margen todo el día. Mi conocimiento de estas situaciones, recogido de algunos estudios sobre el tema, me decía que todos nos comportábamos según los mejores precedentes, pero no podía evitar sentir que un

hombre que acaba de perder a su esposa podría no verlo de esa manera. Yo había aprendido que lo apropiado y convencional tras un asesinato es que todos los de la casa se sumen a los investigadores en este entretenido juego del escondite que parecía absorbernos por completo. No era extraordinario que tres absolutos desconocidos interrogaran a los sirvientes, ni que se tratara a la policía con sonriente condescendencia, ni que el cadáver fuera manipulado por cualquiera que sintiera curiosidad por saber cómo se había convertido en cadáver. Pero cuando pensaba en el hombre para el cual la tragedia sería algo más que un problema apasionante para investigadores de gran talento, me preguntaba cómo surgieron estas extrañas costumbres.

Nuestros tres distinguidos visitantes se mantenían muy apartados, o al menos a cierta distancia entre sí. Lord Simon, tras mostrar su satisfacción ante el descubrimiento de la sogá, había vuelto a su Platón aldino. Monseñor Smith hablaba de arte medieval con Alec Norris y monsieur Picon, tras ordenar las tazas que habían sido colocadas desordenadamente sobre la mesa, se había sentado junto al fuego.

Había llegado el momento, pensé, de hacer un balance. Los tres grandes investigadores, sin contar al sargento de policía, habían comenzado a formar sus teorías, y, puesto que yo tenía tantas pruebas como ellos, no veía por qué no podría hacer lo mismo.

Por más que difirieran en los detalles de su investigación, a los tres les había interesado la sogá, mejor dicho, las sogas, encontradas. Pero yo no alcanzaba a imaginar cómo habían sido usadas. Nuestra gran prontitud en echar la puerta abajo las descartaba. Si el asesino había escapado utilizando una cuerda, el orden de los acontecimientos sería el siguiente: matar a Mary Thurston, cruzar hasta la ventana, trepar al alféizar, cerrar la ventana, trepar por la sogá y subirla, todo en el tiempo que nos tomó correr escaleras arriba y romper la puerta, pues sin duda alguna una sogá contra la ventana habría sido muy visible, e incluso habría golpeado ruidosamente contra los cristales. Pero aunque no hubiera sido así, no podía creer que alguien pudiera haber retirado la cuerda antes de que Sam Williams llegara a la ventana y mirara hacia afuera.

Y además, aun suponiendo que podría haber sucedido así, ¿quién en la casa podría haberlo hecho? He explicado que antes incluso de que comenzáramos a romper la puerta, Norris estaba con nosotros, y Stall, Strickland y Fellowes habían aparecido los tres en seguida, demasiado rápido para que ninguno de ellos pudiera haber trepado por una sogá, entrado por las ventanas de arriba y bajado a reunirse con nosotros. Esto dejaba fuera sólo al párroco, la cocinera y la criada como posibles usuarios de la sogá. No había peligro en excluir a las dos mujeres de semejante proeza. Y en cuanto al párroco, teníamos la palabra de Stall de que le había abierto la puerta poco después del crimen. Pero más definitivo que eso era el hecho de que si

había asesinado a Mary Thurston y escapado por la soga, habría tenido que subir, y entrar por la ventana superior mientras nosotros subíamos las escaleras, o bien haber retrasado su huida. En el primer caso habría sido visto u oído entrar en la cámara de las manzanas por Stall o Fellowes, que en ese momento estaban en ese piso, o la soga seguiría colgada, con él aferrado, cuando Williams abrió la ventana.

No, en términos generales, yo me inclinaba a desechar toda la teoría de la soga. No le quito méritos a la agilidad humana, pero no aceptaré la rapidez de movimientos que habría sido necesaria en este caso.

Quedaban otras alternativas, o posibilidades, más sutiles, que lograron explicar otros casos de asesinatos tras una puerta cerrada, y para éstas todos eran más o menos sospechosos. En mis consideraciones hasta este punto había ignorado toda cuestión psicológica, y no me había dejado influir por mi conocimiento del carácter de las personas involucradas. En lo más profundo de mi corazón, por ejemplo, no podía sospechar de Fellowes o del párroco, pero los incluí en la lista de sospechosos siempre que los hechos hicieran posible la culpabilidad de alguno de los dos. Y por eso ahora, al considerar los enigmas de tiempo, más extraordinarios que los de lugar, no excluí a nadie.

No veía, por ejemplo, cómo Williams o Thurston podían ser culpables, puesto que yo había estado continuamente con ellos desde el momento en que Mary Thurston salió de la habitación hasta el momento del grito, y no los había perdido de vista después hasta que encontramos el cuerpo. Y aquí se me presentó una ingeniosa teoría, aunque fue de inmediato contradicha por los hechos irrefutables. Pues de no haber visto yo esa terrible figura sobre la cama en el momento de romper el panel y de no haber habido luz en el dormitorio, podría no ser tan inconcebible, por rebuscado que parezca, que Thurston mismo entrara en la habitación antes que nosotros y la asesinara en nuestra presencia sin que sospecháramos. Podría haber dispuesto que algo en la habitación provocara el espanto de su mujer y la indujera a gritar, de tal manera que él dispusiera de una coartada. Me sentí muy orgulloso de haber ideado esta teoría y la consideré seriamente como argumento de una novela. Pero no encajaba en este caso. La luz en la habitación no era fuerte, pero sí suficiente como para revelarme aquella espantosa imagen sobre la cama apenas rompí el panel superior de la puerta, y para que Williams y yo viéramos todos los movimientos de Thurston al entrar en el dormitorio. Se acercó a su esposa, le puso la mano en el corazón y nos dijo que estaba muerta.

A pesar de considerar mi ingeniosa teoría, me avergonzaba un poco inculpar a Thurston, hasta que me di cuenta de que el verdadero investigador debe considerar a todos como sospechosos. Williams mismo, por ejemplo. ¿Había algún modo posible de involucrarlo? ¿Había algún truco de tiempo o lugar como los que se me había enseñado a buscar en mis estudios de investigación criminal que conectara al doctor

Tate o incluso al sargento de Policía con el asesinato? ¿O a la criada? ¿O a la cocinera? Sabía muy bien que no debía dejar de lado a nadie aunque su inocencia fuera obvia. Del estudio de los métodos de esos tres nombres brillantes que se sentaban junto a mí aprendí que al final señalarían a la única persona de la cual yo no había sospechado. Por ello seguí el sencillo plan de sospechar de todos. Estaba decidido a no dejarme sorprender.

Pero lo enloquecedor era que, por más que sospechara, no podía encontrar ninguna razón para relacionar a nadie de la casa con el asesinato de Mary Thurston, y al final mis sospechas no eran más que pequeños intentos humillantes por creer que aquéllos que no me gustaban, como Norris y Stall, eran culpables, y aquéllos con los que simpatizaba, como Williams y Fellowes, no lo eran. Lo cual, tuve que reconocerlo, no era precisamente, un método basado en la deducción.

Y sin embargo... alguien lo había hecho. No se trataba de un suicidio. Una mujer no grita tres veces antes de cortarse la garganta con un tajo producido, según el médico, por un hombre fuerte. Y había que descubrir a esa persona. Esto también era seguro. Nunca oí de ningún caso en el que estuviera envuelto alguno de estos tres investigadores que terminara con un misterio no resuelto, menos todavía un caso en el que trabajaban los tres. Y si las pistas halladas les habían revelado tanto como para que lord Simon Plimsoll hojeara un libro con calma, para que monsieur Picon descansara observando el fuego y para que monseñor Smith hablara de arte medieval, yo podría entonces aprender algo de ellos.

Las sogas, los tatuajes, los avisos, el rapé, el hecho de que el párroco hubiera llamado «lavabo» a algo, las joyas en la habitación de Strickland... ¿por qué, me pregunté a mí mismo, significaban tanto estas cosas para los grandes cerebros que tenía cerca, y tan poco para mí? Porque, me respondí, estos hombres eran investigadores, mientras que yo era un mero observador. Pero deseaba, y lo deseaba de todo corazón, tener una teoría, como ellos.

No importa. En pocos momentos comenzaría el interrogatorio y, sin duda, eso lo aclararía todo.

Cuando retiraron el servicio del té, Strickland y Norris, con mucho tacto, salieron de la habitación, pues se había acordado que sólo Thurston, Williams y yo estaríamos presentes durante el interrogatorio. Serían alrededor de las cinco cuando hicieron pasar al sargento Beef. Nos hizo una inclinación de cabeza con la expresión de quien cree tener que estar a la defensiva. Sin duda se sentía algo fuera de lugar. Con esa cara roja y el bigote sediento parecía obvio que se sentiría mucho más a gusto en el bar local. Sin embargo, no se adelantó, sino que, eligiendo la silla más recta que pudo hallar, sacó su enorme libreta y esperó.

Entonces entró Thurston. No le había visto desde la noche anterior y le observé preocupado mientras Sam Williams le presentaba a los tres investigadores. Tenía la tez amarillenta y parecía muy desmejorado, pero esbozó una débil sonrisa al estrecharles la mano.

—No quiero estar presente mientras ustedes, caballeros, investigan esto... —dijo despacio—, de modo que he creído más conveniente bajar primero y darles toda la información necesaria. Y si quieren volver a verme por cualquier cosa cuando hayan hecho más averiguaciones, haré lo posible por ayudarles. Agradezco sus esfuerzos por aclarar esto.

—Todos lo sentimos mucho —dijo lord Simon, y su voz sonó muy sincera. Simpatiqué con él por hacer ese comentario.

Thurston hizo una inclinación de cabeza.

—Les diré todo lo que pueda —dijo—, y hay una larga historia familiar que deben saber. He hablado de esto con el señor Williams, quien además de ser mi abogado es un viejo amigo; y estuvimos de acuerdo en que deben saberlo.

El silencio fue interrumpido por un movimiento del sargento Beef. Con muy poco tacto, en mi opinión, en este momento abrió su libreta y se preparó pomposamente para escribir en ella.

—Mi esposa estuvo casada antes —dijo Thurston, y yo me sobresalté—. Les contaré la historia tal y como yo la conozco. Ella era la única hija de un pastor de Gloucestershire. —Le tembló la voz, pero continuó—. No conocí a sus padres, pero tengo entendido que eran muy trabajadores, severos, dedicados por entero a su hija. Fue criada de un modo que aun en aquellos días de antes de la guerra habría sido considerado puritano. Pero fue muy feliz, aunque tal cosa le parezca extraña a la generación actual. Trabajaba, como su madre, en la parroquia, y allí aprendió, quizás, el altruismo que era suyo por naturaleza. ¿Quién podría imaginársela, en cualquier lugar, si no feliz y altruista?

Hubo un silencio tenso pero compasivo tras el cual el doctor Thurston continuó.

—Uno de los visitantes de la parroquia era un rico terrateniente local, un hombre

mucho mayor que ella, que había hecho una fortuna en Birmingham y acababa de retirarse a una mansión en Gloucestershire. Había perdido a su esposa unos años antes y después de ver a Mary varias veces solicitó, a la manera de antes, el permiso del padre de Mary para pedirle a ella la mano. El pastor consintió, pero su esposa puso una objeción antes de mencionarle el asunto a Mary, pues este hombre, en los últimos años de su edad madura, parecía en todo sentido un buen partido, excepto por el hecho de que tenía un hijo.

—¡Dios mío! —murmuró lord Simon Plimsoll.

—Mary no había visto a este hijo, y según tengo entendido no lo vio nunca. El muchacho ya se había hecho mala fama, al menos eso es lo que decía el primer esposo de Mary. No vivía con su padre en Gloucestershire, y parece que estaba en el extranjero, aunque no sé si era un mozalbete enrolado como grumete en un barco o un hombre crecido que vivía en las colonias. Sólo su existencia turbaba a los padres de Mary, y quizás por esa razón ella oyó hablar tanto de él.

»Supongamos que vuelve, y causa problemas entre Mary y el marido. Supongamos que se enamora de Mary. Deben recordar que los padres de Mary eran gente sencilla cuyas nociones sobre este particular habían sido aprendidas en las novelas sentimentales de la época.

»De todos modos, estos inconvenientes, tras ser estudiados, fueron finalmente desechados. Éste es un ejemplo del egoísmo y la brutalidad inconsciente de este tipo de arreglos de aquellos tiempos pues, si no me equivoco, se convino, entre los padres de Mary y el esposo, que el hijo se mantendría fuera del camino. Le dieron una pensión, creo, y Mary me dijo una vez que según las últimas noticias que tenían de él se le suponía en América. Pero ni siquiera estaba segura de que no pudiera encontrarse en Australia.

Thurston hablaba con parsimonia y reflexivamente. Parecía haberse armado de coraje para este recital, y se le veía decidido a concluirlo. Pero era fácil ver que sufría.

—Estuvieron casados diez años —continuó—, y creo que fueron bastante felices juntos. Mary nunca se dio cuenta de los defectos de su primer esposo. Y del segundo tampoco. No era mujer de encontrar los defectos en ningún ser humano.

»Durante los primeros años de matrimonio, Mary perdió a sus padres, y una de las pocas cosas en realidad consideradas que hizo su esposo por ella fue dejar el distrito de su primer hogar y mudarse a un kilómetro y medio. Yo los conocí cuando le atendí a él de gripe, poco después de su mudanza. Luego vino la guerra, y el hijastro de Mary volvió para alistarse y obtuvo algunas distinciones. Pero ni siquiera cuando estaba con permiso se le invitaba a la casa de su padre. A veces el marido de Mary iba a la ciudad a verlo, y hablaba mejor de él en ese período. Pero ella nunca llegó a conocerlo.

»Después de la guerra, el hijo, como tantos hijos que combatieron, volvió a ser un problema. Algunos años con una pensión privada, en el extranjero, seguidos por tres o cuatro años de guerra no constituyen la capacitación ideal de un ciudadano. No era un mal muchacho, pero era difícil. Tenía los vicios comunes, algo acentuados, y no creo que quisiera mucho a su padre. Se le ofrecieron, sin éxito, una serie de trabajos, y se le envió a varios lugares. Pero siempre se las arreglaba para aparecer en Londres otra vez. No sería un caso muy extraordinario, supongo.

»Después de haberlo enviado a Canadá con algún fin desconocido, el anciano hizo su testamento, y dadas las circunstancias supongo que fue bastante justo, aunque no demasiado generoso con su hijo. La pequeña pensión del joven continuaría, y el resto de la fortuna proveería un ingreso para Mary mientras viviera y, de morir ella antes que el hijo, volvería a él. En verdad, no creo que Mary fuera mucho mayor que su hijastro, pero su esposo nunca la vio como una mujer joven, pues desde su egocéntrico punto de vista era su esposa, y debía ser considerada más o menos como de su edad. Por lo tanto, a su entender, no sería un arreglo tan injusto como puede parecerles a ustedes. Expresaba el deseo, en el testamento, de que si alguna vez su hijo heredaba el dinero, hubiera para entonces aprendido a valorarlo.

Hizo otra pausa.

—Comprenderán que no es muy agradable para mí hablar de todo esto. Pero quiero hacerles las cosas lo más fáciles posibles. Y tenga algo que ver con este asunto o no, si tuvieran que averiguarlo por su cuenta perderían tiempo. Ya casi termino. Yo atendí al primer esposo de mi mujer en su última enfermedad. Ella y yo nos unimos mucho en esa época. Y los que la conocieron no se sorprendieron de que nos hubiéramos casado antes de que pasara un año de que enviudara.

Williams murmuró algo y el doctor Thurston se movió incómodo en la silla.

—Y ahora debo tocar algo aún más íntimo —dijo—. Mi esposa tenía una entrada de casi dos mil libras anuales. Mis ingresos, sin contar lo que ganaba con mi profesión, pues entonces ejercía, eran considerablemente menores. No hablaré de las complicaciones que surgen cuando un hombre pobre se casa con una mujer rica. Pero hay puntos que debo aclarar. En primer lugar, yo era uno de los beneficiarios en el testamento de mi tío, mediante el cual esperaba heredar en breve una suma de dinero algo mayor que la fortuna de mi esposa. Esta suma llegó a mis manos hace unos seis meses. Se demoró por algunos detalles legales. En segundo lugar, es preferible que sepan cómo estaban organizadas nuestras finanzas. Mi esposa retenía todos sus ingresos, pero por deseo propio pagaba todos los gastos de esta casa. Mis gastos personales eran escasos, y mi pequeña renta más que suficiente. Sin embargo, desde que heredé la suma que mencioné antes, no le he permitido a mi esposa usar su dinero si no era para sus propios gastos. El resto de los detalles, como por ejemplo su propio testamento, pueden preguntárselos al señor Williams.

Los investigadores le miraban ahora. Monsieur Picon habló.

—¿Y el hijastro? —preguntó.

—No volvió a aparecer. En un tiempo mi esposa solía preocuparse mucho por él. Sentía que le había quitado lo que le pertenecía. Llegó hasta el extremo de poner avisos en los diarios para encontrarlo, pero sin éxito. Se imaginarán cuánto le preocuparía algo así. Era una mujer muy generosa.

Lord Simon Plimsoll tomó la palabra, incómodo.

—¿Le importaría si le hago una o dos preguntas, doctor?

—De ninguna manera.

—¿Cuál es el nombre del primer esposo de la señora Thurston?

—Burroughs.

—¿Y el lugar donde ella se crio?

—Watercombe, cerca de Cheltenham.

—¿Y nadie tiene idea de lo que le sucedió a este joven?

—Yo no, al menos.

—Entonces, *hélas*, ¿podría estar muerto? —interrumpió monsieur Picon.

—Es posible —dijo el doctor Thurston.

—O, por otro lado, podría estar en esta casa —dijo lord Simon.

El doctor Thurston esbozó una sonrisa.

—No me parece muy probable. Conozco a todos los que están aquí.

—Sí, doctor. Pero suponga, no es más que una suposición, suponga que este joven hubiera vuelto a aparecer. ¿Cuánto hace, por ejemplo, que conoce a Townsend?

—Y me miró sin pudor.

—Unos tres años.

—¿Y a Strickland?

—Un poco más.

—¿Recuerda cómo conoció a Strickland?

—Mi esposa lo conoció. En la ciudad, creo. Ella tenía muchos amigos. Le invitó a venir aquí y simpaticé con él. Siempre ha sido así. Es irresponsable, pero muy buena persona.

—¿Y a Norris, doctor?

—Bien, él también llegó por medio de mi esposa. Pero a él sí sé dónde le conoció. Fue en casa de los Bagley, a unos diez kilómetros de aquí. Tienen pretensiones de ser intelectuales, y siempre tienen a gente como Norris en la casa.

—¿Y el chófer? ¿Cómo obtuvo el empleo?

—Mi esposa contrataba a todos los sirvientes. Era mucho más práctica que yo en esas cosas —hizo una pausa—. Pero lord Simon, si supone que el hijastro de mi esposa pudo estar en esta casa, haciéndose pasar por uno de nuestros amigos o empleados, debo decirle que la idea me parece demasiado rebuscada. Ese hombre

desapareció hace años.

—No me haga caso —dijo lord Simon sonriendo—. Nací curioso.

Amer Picon se había estado agitando en la silla sin descanso y habló ahora con impaciencia.

—*Monsieur le docteur* —dijo—, debe perdonar a Picon. Puede parecer lo que usted llamaría impertinente, pero hay una pregunta difícil de formular. Y sin embargo es necesaria. ¿Permite? Mil gracias. Es esto: ¿Recuerda si alguna vez su malograda esposa pareció ocultarle algo? Oh, no me refiero a, ¿cómo se dice?, un secreto culpable. Cualquiera cosita, que pudo haber ocultado como cuando uno esconde un regalo de Navidad antes de la Navidad, ¿puede ser?

El doctor Thurston tomó esto con serenidad. Parecía agradecer la delicadeza con que Picon se lo había preguntado. Permaneció en silencio casi un minuto y luego habló.

—Sólo una vez. Sí, recuerdo un incidente así, pero fue hace mucho tiempo, poco después de nuestra boda. Su mención de los regalos de Navidad me ha hecho recordarlo, porque fue antes de Navidad, y ésa fue la explicación que le di en aquel momento. Creí que era un secretito inocente de los que le gustaban a ella, algo relacionado con un regalo para mí. Pero cuando llegó la Navidad, no tenía nada que ver con su regalo. De todos modos nunca le di la menor importancia.

Picon apenas pudo controlar su impaciencia.

—¿Sí, sí, *monsieur le docteur*? —inquirió.

—Una tarde entré en su habitación y la encontré sentada a un escritorio que siempre usaba cuando escribía cartas. No me oyó entrar y se sorprendió mucho al verme y rompió rápidamente el sobre que escribía. No puedo darles una idea de la inocencia de su actitud. Una persona falsa no se habría ruborizado como ella ni habría quedado tan confundida.

—¿Eso es todo? —preguntó *monsieur Picon* ansioso—. ¿No leyó lo que había escrito?

El doctor Thurston le miró melancólico.

—Si le digo que leí el nombre de un hombre —dijo—, no debe dejarse llevar por su imaginación. Debe creerme cuando le digo que mi esposa era incapaz de intrigas. Sólo pensar en eso resulta absurdo para quienquiera que la conociese. Pero fue el nombre de un hombre lo que leí en aquel pedazo de papel, y lo recuerdo. Era Sidney Sewell.

—¿Sólo un nombre? ¿No vio nada más?

—Eso fue todo. Pero no debe darle la más mínima importancia. Pregúntele a Williams. Él conocía a mi esposa. No sé qué importancia podría tener este asunto, pero no quería decir que mi esposa tuviera un amante.

Hubo un comprensivo murmullo de asentimiento, y Williams dijo algo sobre que

nunca se había dudado tal cosa.

Thurston se puso de pie lentamente.

—Y ahora, caballeros, ¿hay algo que deseen preguntarme? —Parecía tan agotado y desdichado que aunque hubiera mil preguntas más después de su lúcido relato dudo que alguien las hubiera formulado en ese momento.

—Muy bien, si no hay nada más, les deseo buenas noches —dijo—. Le he dicho a Stall que los atendiera en todo lo que necesiten —añadió, y con obvio alivio salió de la habitación.

Lord Simon se volvió a Williams.

—¿No hay dudas sobre ese testamento? —preguntó—. ¿Hereda el hijastro?

Williams asintió.

—Sí —dijo—. Se me ha informado que así era. Yo no fui el abogado del viejo. Pero así era su testamento.

—Las cosas están muy feas para el hijastro, sea quien fuere —observé.

Pero monseñor Smith me dirigió un amable guiño.

—No debe decir eso —aconsejó—. El hecho de que esté en pergamino no significa que sea una profecía. Usted es como tantos pensadores modernos: Encuentra un testamento nuevo y quiere convertirlo en el Viejo Testamento.

—Lo que es más importante —dijo monsieur Picon, volviéndose a Williams— es el testamento de la señora. ¿Qué puede decirnos de eso?

Algo inesperadamente, Williams sonrió.

—La señora Thurston —dijo— era en algunos aspectos una persona muy ingenua. El señor Townsend confirmará lo que digo: su gran orgullo era su casa. Dedicaba toda su vida a hacerla confortable. Y tuvo una idea por medio de la cual esperaba conseguir un excelente servicio. Me hizo redactar un testamento en el que le dejaba sus objetos personales a su esposo, pero todo el dinero que poseyera al morir se dividiría en partes iguales entre los empleados que estuvieran con ella en el momento de su muerte. Esto fue, por supuesto, después de que su esposo heredara su propia fortuna.

—Pero —dije yo—, si sólo tenía un interés vitalicio...

—Exactamente. Ésa era la idea. En ningún momento tuvo mucho dinero. Recibía su pensión cada tres meses y la gastaba o la regalaba. De modo que lo que recibirían los sirvientes sería la suma que tuviera en el banco en el momento de morir. Lo cual sería más o menos la cantidad que usualmente se deja a los sirvientes. Pero ellos no debían saberlo. Para ellos la señora Thurston era rica. Y el plan pareció funcionar, pues desde entonces no cambió de personal.

—En otras palabras, fue un truco —dijo monseñor Smith.

—Yo no usaría esas palabras —replicó Williams.

—Y los trucos funcionan en ambos sentidos —reflexionó el clérigo—. Si uno

trata de burlarse de alguien en el día de los Inocentes, la broma puede volverse contra uno mismo.

—No le veo la gracia —dijo Williams.

—Yo tampoco —dijo monseñor Smith—. No le veo ninguna gracia.

Cuando el doctor Thurston nos dejó, la atmósfera de tensión perceptible en su presencia se disipó de inmediato, y todos parecieron retornar con alivio a la emoción de la cacería. He notado a menudo que, en estas ocasiones, el duelo es una caiga; lo que importa es la investigación. Por ello el interrogatorio se inició con placer.

La primera persona en ser interrogada fue el empleado enviado por la compañía de teléfonos para reparar el cable. Lo había encontrado cortado en el tramo de la parte de afuera de la ventana del pequeño guardarropa en la planta baja. Parecía un joven inteligente, ansioso por agregar su cuota de sugerencias.

—Había un par de tijeras, como las que se usan para podar rosales, en el alféizar de la ventana —dijo—. Me parece más que probable que lo hubieran cortado con ellas. Lo único que tenían que hacer —explicó entusiasmado— era abrir la ventana, inclinarse, y ¡tac!, el teléfono ya no funcionaba.

—¿Han sido examinadas esas tijeras tan importantes? —preguntó monsieur Picon—. ¿Quizás el buen Boeuf ha encontrado huellas?

El sargento se aclaró la garganta y parecía algo incómodo.

—No me pareció que valiera la pena —admitió—, sabiendo como sé quién lo hizo.

Picon emitió un galicismo gutural, pero lord Simon interrumpió.

—Butterfield se ha ocupado de eso. No hay huellas.

Pero no era tan fácil vencer al empleado telefónico.

—Les digo otra cosa —dijo, inclinándose hacia adelante—, había un par de guantes viejos de jardinería al lado de las tijeras. El que cortó el cable se los debe de haber colocado —dijo, haciendo el gesto apropiado—, los cortó y se los quitó.

—*Voilà!* —dijo Picon irónico.

—Sería más útil si nos dijera cuándo descubrió la central que la línea estaba fuera de servicio.

—Sí. Fue a primera hora de esta mañana. No hubo ninguna llamada desde esta casa anoche, y no apareció nadie a hacer la denuncia hasta las diez de la mañana de hoy.

—¿Sabe quién fue?

—Sí. El chófer.

Monsieur Picon levantó la vista.

—¿Y cuándo fue la última vez que se constató que el teléfono funcionaba?

—Tengo entendido que hubo una llamada ayer alrededor de las seis. Ésa fue la última.

—Muchísimas gracias —dijo Sam Williams despidiendo al joven con una amistosa inclinación de cabeza.

—Misterioso —comentó lord Simon—. Muy misterioso.

—No veo por qué —dije, sin poder evitarlo—. Me parece que el muchacho tenía razón. Las tijeras, los guantes, todo a mano.

—No me refería a eso —replicó lord Simon—. Pero ¿por qué se tomó ese trabajo? ¿Qué propósito tenía demorar la comunicación con la gente de afuera? Había muchas personas en la casa.

El sargento volvió a carraspear y preparó una andanada de su peor sarcasmo.

—Quizás no se le ocurrió a Su Señoría que, siendo un asesino, podía temerle a la policía.

Lord Simon sonrió con frialdad.

—Debo admitir que no se me había ocurrido —respondió, encendiendo otro cigarro.

El sargento Beef masculló.

—Y sin embargo, se ha dado el caso... —fue todo lo que dijo.

—Se olvida de algo —murmuró monseñor Smith—, y es que hay al menos una cosa en común entre el hombre que decide ser un asesino y el hombre que decide ser monje. Es que los dos dejan a sus compañeros, y para siempre. Y nada que haga ninguno de los dos para provocar esa soledad debe maravillarnos. También tienen esto en común: los dos hallan al fin una celda. De modo que mientras un hombre corta con una amistad, este otro corta un cable telefónico. Y eso es todo.

Se hizo el silencio por unos instantes, y yo miré a mi alrededor. La sala se veía tan alegre y normal como el día anterior a la misma hora, cuando estábamos sentados allí hablando con frivolidad de literatura policíaca, en lugar de la realidad del crimen. Pero las personas tan diferentes reunidas hoy aquí le daban una atmósfera de irrealidad, casi macabra. Lord Simon, dejando ver un centímetro de las finas medias de seda en sus tobillos estirados, bien pudo haber sido uno de los invitados de los Thurston, pero el pequeño clérigo, acurrucado en un silloncito de madera, no encajaba para nada en esta escena convencionalmente lujosa, y el sargento Beef, garabateando afanoso en su libreta, agregaba un toque casi sórdido. El pequeño monsieur Picon, muy erguido cerca del fuego, agachándose para barrer la ceniza de la reja cada vez que caía allí, se parecía tanto a un pájaro que daba la sensación de haberse posado aquí un momento antes de salir volando hacia otra reunión, aunque su aspecto excesivamente extranjero le hacía exótico en ese ambiente tan inglés.

Todos dábamos muestras de una atención que no existió el día anterior, y todas las preguntas flotaban en el aire como un cohete que esperara estallar. Así, el interrogatorio de los que siguieron fue de una tensión casi insoportable. Es más, a medida que pasaba el tiempo comencé a sentir que cada pregunta no era sólo el relámpago de un cohete, sino una flecha de un relámpago salvaje liberado por cada uno de los investigadores. Luego la pausa insufrible. Luego el estruendoso trueno de

una respuesta.

Parecían bastante inofensivos, esos tres, el joven lánguido, el sacerdote benévolo y el extranjero vivaz. Pero veían cosas que nosotros no éramos capaces de suponer, hacían preguntas que no comprendíamos, llevaban el temor a lo desconocido en sus rostros y sus palabras.

Así debe imaginársenos, sentados en esa habitación. Williams y yo sobre ascuas, el sargento Beef impassible y algo enfurruñado sobre su libreta, y los tres investigadores, acostumbrados a este tipo de cosas, tranquilos, pero profundamente interesados.

Se había puesto una silla en el medio de la habitación, y cada uno de los que íbamos a interrogar la ocupaban mientras estaban con nosotros. Había sido colocada en una posición tal que la luz cayera directamente, pero de manera disimulada, sobre el interrogado.

Después del empleado de teléfonos el siguiente en entrar fue un cajero del banco donde Mary Thurston tenía su cuenta. Sam Williams se había ocupado de hacerlo venir pues él, con su mente lógica y legal, habiendo visto que él mismo no podía dar mucha información a los investigadores, había pasado el día haciendo todo lo posible por ayudar. Llamó a todos aquéllos cuya declaración pudiera resultar interesante. No pude evitar sentir cuánto más práctico había sido esto que mis esfuerzos por descubrir al asesino.

Antes de que nadie le dirigiera la palabra al señor Kingsly, el cajero, él nos habló. Era un hombre apagado de unos cuarenta años, vestido con un traje gris, vistoso sin ser de lujo. Vi a lord Simon reprimir un estremecimiento cuando vio el granate que llevaba en la corbata.

—Bien, caballeros —dijo el señor Kingsly con voz formal pero decidida—. Tengo el permiso del gerente y del doctor Thurston para proporcionarles toda la información que esté en mis manos. ¿Qué desean saber?

—¿Cuánto tenía la señora Thurston en el banco? —preguntó el sargento Beef algo brusco. Al parecer, sentía que era de su incumbencia hacer alguna pregunta.

El señor Kingsly tosió.

—En su cuenta se habían producido numerosos reintegros.

Esto produjo un asombrado silencio, hasta que lord Simon dijo:

—Bien, bien. ¿Había retirado mucho dinero en los últimos tiempos?

—Antes de ayer, el jueves, la señora Thurston retiró hasta el límite permitido. Retiró en efectivo la suma de doscientas libras.

—¿En billetes pequeños? —preguntó monsieur Picon con entusiasmo.

—En billetes de una libra —dijo Kingsly.

—¿Doscientos billetes de una libra? Parece extraño, ¿no creen? —agregó Picon.

—Quizás sí para muchos de nuestros clientes. En los últimos tiempos la señora

Thurston había adoptado la costumbre de retirar grandes sumas en billetes pequeños.

—Eso me parecía —dijo Beef—. Chantaje, seguro.

Monsieur Picon parecía acongojado.

—El buen Boeuf es algo directo —le explicó al señor Kingsly—. ¿Pero no sería posible?

—No me corresponde cuestionar el uso que nuestros clientes le dan a su dinero —respondió el cajero con pedantería.

—¿Dice que hacía lo mismo con bastante regularidad? —preguntó lord Simon.

—En cinco ocasiones. Las sumas variaron de cincuenta a doscientas libras.

—¿Cuándo fue la primera vez?

—Hace unos tres meses.

—¿Y siempre iba en persona a retirar esas sumas?

—Siempre.

—¿Por lo demás no había nada extraordinario en su cuenta? ¿Nada que nos pueda mencionar?

—Nada en absoluto. Todo era normal.

—¿Estaba usted en el banco cuando la señora Thurston fue a retirar esas doscientas libras? —Sí.

—¿Fue usted mismo quien se las entregó?

—Así es. Es decir, primero habló con el gerente. Él me dio instrucciones para que recibiera su cheque por ese importe. Luego me enteré de que ella quería una suma mayor, pero que no pudimos complacerla.

—Y ahora, esto es muy importante: ¿a qué hora salió del banco la señora Thurston?

—No pudo ser mucho antes de las tres.

—¿Seguro?

—Por completo.

—Otro detalle, señor Kingsly —dijo lord Simon—. ¿Recuerda si alguna vez apareció en sus libros el nombre Sidney Sewell?

El cajero hizo un casi imperceptible gesto de desdén.

—Eso, por supuesto, no podría decirlo. Pero si es importante puedo averiguar mañana si aparece ese nombre.

—Gracias. Le estaré muy agradecido.

—¿Algún otro punto sobre el que pueda esclarecerlos? —El uso de la palabra «esclarecerlos» me pareció típico. Llevaba consigo toda la vanidad de los hombres que habían pasado toda su vida manejando asuntos de dinero. Quizás estuviera convencido de que la respuesta a nuestro problema se hallaría en los libros del banco.

Lord Simon miró a su alrededor inquisitivo.

—No, creo que es todo, gracias —dijo, y el señor Kingsly se retiró.

El sargento Beef se lamía el bigote.

—Así que la chantajeaban, ¿no?

—Ésa es una suposición muy aventurada —dijo Williams volviéndose hacia él con brusquedad—. Pudo tener otras razones para retirar el dinero de esa forma.

—¿Qué otras razones? —preguntó Beef agresivo—. Sólo los que llevan apuestas clandestinas y los que están siendo chantajeados necesitan dinero en billetes pequeños.

—Conocí bien a Mary Thurston —dijo Williams—, y estoy seguro de que no había nada en su vida que la hiciera víctima de un chantaje. Era una buena mujer.

—Si la estaban chantajeando —dije yo—, ¿por qué no daba señales de ello? Siempre estaba tan alegre, se podría decir libre de preocupaciones...

—Un príncipe muy valiente también soportó el chantaje —dijo monseñor Smith—, y lo soportó con gracia.

Lord Simon respondió a esto con algo de impaciencia. Yo sabía que en sus métodos era muy práctico, y que no le hacían mucha gracia estos comentarios.

—De todos modos —dijo—, probablemente sabremos pronto si la señora Thurston era chantajeadada o no, y en caso afirmativo, por quién y por qué. Así que supongo que podemos olvidarnos de este asunto por el momento. Me preocupa mucho más saber algo del hijastro, y la identidad de Sidney Sewell.

El sargento Beef suspiró.

—No entiendo por qué insiste en eso —dijo—. No tuvo nada que ver con el crimen, sea quien fuera.

Lord Simon le ignoró.

—A propósito, Beef —dijo—, ¿ha venido gente nueva al distrito en los últimos tiempos? ¿Alguien a quien le haya parecido conveniente vigilar?

El sargento Beef dudó.

—No sé si debo decirlo. Pero supongo que puedo confiar en ustedes, caballeros. Bueno, hay un individuo que me dijeron que vigilara. Miles, se llama. Trabaja en el hotel. Tengo entendido que la señora Thurston le consiguió el puesto.

Lord Simon se incorporó en su asiento.

—Caramba, tendría que haberlo mencionado antes, Beef. ¿Cuántos años puede tener?

—Alrededor de treinta.

Lord Simon prosiguió con sus preguntas.

—¿Qué hace en el hotel?

—Portero y limpiabotas.

—¿Y por qué le han ordenado que lo vigilara?

—Bueno, tiene algunos antecedentes. Un par de condenas, creo. Raterías. Pero ninguna condena fue por más de un año. —Miró desafiante a lord Simon—. Ahora

conviértalo en un asesino.

—Esto arroja mucha luz —dijo—. Mucha luz.

Las gafas de monseñor Smith relampaguearon.

—Las luces rojas también arrojan mucha luz —dijo, suspirando y mirando al techo.

Aquí estábamos entonces con un nuevo sospechoso, pero su aparición no parecía haber producido mucho efecto en los tres investigadores. Esto, reflexioné, no desmentía los antecedentes, pues en estos casos los investigadores nunca, bajo ninguna circunstancia, son tomados por sorpresa. Monseñor Smith había sonreído con benevolencia al responderle a lord Simon, mientras Picon, que había permanecido en silencio por un buen rato, ahora comenzaba a arreglar los atizadores con esmero. Sólo lord Simon, siempre concienzudo y esmerado, parecía haber tomado nota del hecho de que un tal Miles, competente ratero, trabajaba en el distrito.

Antes de hacer pasar a otra persona, levantó el auricular y le preguntó al gerente del hotel cuál era la noche libre de su portero. El gerente pareció no sorprenderse ante esa súbita curiosidad de un extraño, pues oímos a lord Simon agradecerle con cortesía y le observamos colgar el auricular. Se volvió hacia nosotros despacio.

—Anoche, viernes, claro —dijo.

—Natural —exclamó monsieur Picon, mientras monseñor Smith asentía abstraído.

—Pero volvió a las diez y media —dijo lord Simon.

—¿Están listos para interrogar a la siguiente persona? —preguntó Sam Williams.

Nadie objetó, y el abogado tocó la campana, y entró la cocinera. Yo nunca la había visto, aunque siempre me había sentido bien predispuesto hacia ella, y no me decepcioné al ver que no era la mujer gorda y sonriente que uno imagina probando alegremente salsas en una cocina luminosa, sino una persona enjuta, canosa, con gafas, de apariencia no muy diferente de la de su antecesor, el señor Kingsly. El rostro, sin embargo, me pareció no tan severo como supuse al principio sino competente. Después de observarla, uno diría que era muy buena en su trabajo pero, como casi todos los artistas, se sentía perdida en un medio extraño.

Lord Simon pareció percibirlo, pues le sonrió tranquilizador.

—Oh, señora Storey —dijo, y me pareció típico de él que se hubiera preocupado por averiguar su nombre—, lamento tener que hacerla venir aquí. Estoy seguro de que todos los que están en la casa sufrirán con su abandono de la cocina en este momento. Su fama ha llegado a nosotros.

—No hay cena esta noche —dijo la señora Storey, contenta de permanecer en temas conocidos el máximo tiempo posible—, el doctor dijo que no terminarían a tiempo. He preparado una cena fría para cuando deseen comer algo.

—Ya veo. Bien, ¿no le importa si le hago alguna de mis preguntas tontas, no? Mis preguntas me han hecho famoso.

—Bueno, no sé qué puedo decirle yo.

—Es extraño. A todos les pasa lo mismo. Pero por ejemplo puede decirme cuánto

hace que trabaja en la casa.

—Más que cualquier otro del personal. Ya hace más de cuatro años.

—¿Le gusta trabajar aquí?

—De lo contrario no me habría quedado. Nunca le di importancia a esa tontería del testamento. Siempre les decía que eran unos tontos por creerlo. Era una estupidez de la señora. Pobrecita, se creía tan inteligente en esas cosas... ¡Y mire cómo ha terminado!

—¿Piensa entonces que su muerte ha tenido que ver con ese testamento?

—Yo no he dicho eso. No sé nada. Yo estaba abajo cuando pasó, y sólo oí los gritos.

—¿Los otros sirvientes se tomaban lo del testamento muy en serio?

—Bueno, sí y no. Siempre hablábamos de eso, claro. Era gracioso, cuando uno lo piensa, que nosotros supiéramos que recibiríamos todo ese dinero si le pasaba algo a ella. Pero ninguno de nosotros le deseaba ningún daño, si está pensando en eso. Ninguno de nosotros lo hizo.

—¿Entonces también habla por los otros?

—Nadie puede vivir de la mañana hasta la noche con la gente sin saber lo que les pasa por la cabeza —respondió la señora Storey—. No puedo negar que no le tengo mucho afecto a ninguno de ellos y hay cosas que no me gustan, pero sé muy bien que no ha sido nadie del personal quien lo ha hecho. Y si pretende hacerme creer que he dicho lo contrario, está usted equivocado. Eso es todo.

—Estamos tratando de llegar a la verdad —dijo lord Simon.

—Me alegro —replicó la señora Storey, casi sin dejarle terminar la frase.

—¿Tenía Stall su aprobación?

—No voy a hablar de los otros sirvientes, señor. Lo he decidido. Le daré toda la información que pueda, pero más allá de eso, mi opinión es asunto mío.

—Muy bien. ¿Podría decirnos, entonces, a qué hora se retiró anoche Stall?

—Enseguida después de llevar el whisky a la sala. No pudo ser después de las diez y media. Se quejó de dolor de cabeza y Enid, la criada, dijo que ella se quedaría levantada por si necesitaban algo, y él se fue a la cama.

—¿Está segura de que se acostó?

—¿Cómo podría estar segura? Se llevó el despertador, como siempre, y salió de la cocina.

—¿Dijo buenas noches?

—A Enid. Él y yo no nos hablábamos.

—¿Por qué?

—Oh, nada importante. Tenía que ver con el *soufflé*.

—Ajá. Entonces usted y Enid se quedaron juntas en la cocina. ¿Y el chófer, Fellowes?

—También estaba allí. A mí nunca me pareció bien, y se lo dije a la señora Thurston mil veces, pero así era. Fellowes viene a cenar todas las noches a las nueve más o menos, y se queda en mi cocina fumando hasta cualquier hora.

—Pero caramba, ¿adónde más iba a ir, señora Storey?

—Eso no es asunto mío. Puede ir al pueblo. Pero a mí no me gustaba.

—Bueno, allí estaban los tres. ¿Quién salió primero de la cocina?

—Enid, cuando oyó a la señora Thurston retirarse a su dormitorio.

—Ah, ¿se oía desde la cocina?

—No con la puerta cerrada, pero Enid la dejó abierta anoche.

—¿Le pareció que quería escuchar algo?

—Ella y el chófer, sí. Yo me levanté y cerré la puerta, por la corriente. Pero ella la abrió en seguida.

—¿Qué explicación le da usted a eso?

—No era nada inusual. Enid siempre subía cuando la señora Thurston se iba a su dormitorio. Quería mucho a su patrona, eso hay que admitirlo, y la seguía para ver si necesitaba algo.

—Sabemos que eso fue a las once. ¿Cuánto tiempo se quedó Fellowes con usted?

—No más de un minuto, porque recuerdo que miró el reloj e hizo un comentario.

—¿Sobre el reloj?

—No. Sobre la hora. «Caramba», dijo, «son más de las once». Y se levantó y se fue arriba.

—¿Usted miró el reloj?

—No estoy segura. Pero sé que no habían pasado muchos segundos después de que Enid saliera.

—De todas formas, ¿no volvió a ver a ninguno de los dos hasta después de los gritos?

—No.

—¿A quién vio primero?

—A Enid. Vino corriendo para decirme que estaban echando abajo la puerta de la señora.

—Eso sería unos dos minutos después del grito.

—Sí.

—¿Qué había hecho usted en el ínterin?

—¿Yo? Me quedé inmóvil por un minuto. Bueno, sola en esa vieja cocina, que es bastante tétrica en los mejores momentos, y encima oír esos alaridos. Yo no soy asustadiza, pero, por favor... Cuando pude recobrar me oí a los señores correr hacia arriba y apenas abrí la puerta vi a Enid bajar corriendo con los ojos fuera de órbita.

—¿Y entonces?

—Bueno, entonces, un poco después, bajó el señor Stall parecía un fantasma con

su bata. Y después apareció Fellowes corriendo y dijo que le mandaban a buscar al médico y a la policía. Le oí poner en marcha el coche y partir. Durante unos diez minutos Enid se quedó allí sentada, en silencio. Luego de pronto le dio un ataque de histeria, y el señor Stall salió corriendo de la cocina diciendo que iba a traer coñac. Volvió en seguida, calmamos un poco a Enid y luego él se volvió a ir; a ver cómo andaban las cosas, según dijo.

—Bien. Lo ha explicado con mucha claridad. ¿No vio a nadie más esa noche? ¿A ninguno de los invitados?

—No.

—Siento haber sido tan curioso. Pero no tengo más preguntas que hacerle.

De pronto monsieur Picon se volvió desde el fuego.

—Un momento por favor, *mam'selle* —dijo—. Le diré a Papa Picon una o dos cositas, ¿no?

La señora Storey pareció dudar por un momento si éste era el tipo de acercamiento usado por ancianos caballeros en los ferrocarriles, o si era una verdadera solicitud de información, de modo que mantuvo un silencio no comprometido.

—El joven, el chófer, ¿le llamó la atención hacia el reloj quizás?

—No exactamente. Sólo dijo que eran las once pasadas y que debía irse.

—¿No dijo por qué ni a adónde?

—No. Pero tenía una trampa para ratas.

—Ah, sí. La trampa para las ratitas, *n'est-ce pas?* ¿Y adónde la llevaba?

—A la cámara de las manzanas, supongo. La señora Thurston siempre se quejaba de que las oía por encima de su cabeza.

—¿Siempre se quejaba a Fellowes?

—Sí.

—¿Y le decía que pusiera la trampa?

—Eso supongo.

—Y ahora la chica. ¿Le dijo quizás dónde estaba cuando se oyeron los gritos?

—Sí. Estaba en el dormitorio del doctor Thurston, abriendo la cama.

—¿Y el chófer? ¿No volvió a verlo esa noche?

—Creo que no.

—Gracias. Gracias también, *mam'selle*, por adelantado, por la cena fría —agregó con su cortesía característica.

—¿Es todo? —preguntó la señora Storey.

Instintivamente nos volvimos hacia monseñor Smith, pero parecía dormido.

—Monseñor Smith... —lo llamó Sam Williams.

—Ay, sí. Dios mío. Me estaba quedando dormido. Iba a preguntarle algo de un timbre. El timbre de la puerta de la calle. ¿Lo oyó anoche, señora Storey?

—¿Cuándo?

—Cuando la muchacha se puso histérica.

—No podría decirlo. Pero no sería extraño, aunque hubiera sonado una docena de veces. Ella tenía convulsiones así que no pude oír ningún timbre.

Monseñor Smith retomó su posición soñolienta y la señora Storey se retiró.

—Creo firmemente en la cocina de esa señora —dijo lord Simon—. La discreción y la precisión parecen ser sus fuertes.

—No es amiga de la fantasía, esta mademoiselle Storey —admitió Picon—. Me pregunto si quizás no tendrá razones para despreciar lo romántico, algún romance en especial. *Voyons*. El tiempo nos lo dirá.

No pude resistirme a interrogar a monseñor Smith.

—¿Usted pensaba en...? —le pregunté.

—Pensaba en campanillas.

—¿Campanología?

—No, timbres eléctricos. Campanas de boda, quizás. O incluso... —bajó la voz —, incluso campanas sofocadas.

En tanto yo, en ese momento, estaba preocupado por muchas nuevas dudas. ¿Por qué a la señora Storey no le gustaba nadie del resto del personal? ¿Qué no le gustaba? ¿Por qué Fellowes le había llamado la atención hacia la hora cuando salió de la cocina? ¿Y era una coincidencia que en el momento de los gritos Enid, Fellowes, Stall, Strickland y Norris estuvieran todos, supuestamente, arriba, mientras la señora Storey estaba sola en la cocina sin nadie que estableciera su coartada, y Miles, esa persona nueva y casi siniestra, disfrutaba, en alguna parte del distrito, de su «noche libre»?

Stall entró con deferencia y pareció incómodo cuando se le dijo que podía sentarse. Apenas lo había hecho cuando el sargento Beef lo abordó con deplorable rudeza.

—Dígame una cosa —gritó—, ¿ha estado chantajeando a la señora Thurston?

Stall se movió en su asiento. Supongo que hasta Beef tendría que haber esperado la única respuesta posible a tal pregunta.

—Claro que no —fue todo lo que, sabiamente, dijo Stall.

—Y sin embargo parece que sí —continuó el irreprimible Beef—. Parece que sí. Ella ha estado retirando grandes sumas en billetes pequeños, y no sé quién más podía ser si no usted. ¿Por qué no lo admite ahora?

Estos métodos rudos servían, sin duda alguna, para que Stall se sintiera más seguro. Recobró la compostura y encaró al sargento.

—No creo que deba responder a esa pregunta —dijo—. Es ridícula.

—No, no lo es —siguió Beef y noté que los tres investigadores, cuyo delicado ingenio era ofendido por todo esto, se estaban impacientando—. No, no lo es. Usted es un hipócrita, Stall. Canta en el coro, en lugar de ir a la taberna. Estoy más que seguro de que ha estado chantajeando a alguien. Desembuche ahora, ¿qué hizo con las doscientas libras que le sacó a la señora Thurston?

—Cuando termine, Beef... —suspiró lord Simon.

—Está bien, trate usted. Ya van a ver que tengo razón.

Hubo un evidente alivio cuando el sargento volvió a su libreta y lord Simon, reclinándose en la silla, comenzó un interrogatorio más sutil.

—Supongo que estaba enterado del testamento de la señora Thurston, Stall.

—Oh, sí, milord.

—¿Y qué pensaba de él?

—Que era muy gratificante, milord, que la señora Thurston hubiera pensado en nosotros de esa forma. Pero no era asunto para tomarlo en serio.

—¿Y los otros sirvientes?

—Pensaban más o menos como yo, milord. Si me permite, los empleados domésticos son hoy en día mucho más educados que antes, y no es fácil engatusarlos con algo tan inocente.

—Ya veo. Sin embargo, inocente o no, allí estaba, ¿no?

Stall se encogió de hombros.

—Apenas me molesté en considerarlo.

—Ya veo. ¿Eran amigos usted y Fellowes? Quiero decir, compinches, viejos compinches, si me permite el lenguaje vulgar.

—Su señoría puede darse el lujo de hablar como guste. No, no éramos amigos. No puede pedírseme que, en mi posición, fraternizara con un joven de su tipo.

—¿Qué tipo?

—El chófer ha sido marinero, milord, si no algo peor. Es un joven muy rudo, cuya historia no ha sido muy honorable, creo.

—¿Mientras que la suya...?

—Mis referencias datan de muchos años, milord, y creo que son intachables.

—Le debe de haber tomado todos esos años cultivar sus modales, Stall. Es lo más perfecto en su tipo que he visto jamás.

—Gracias, milord.

—¿Había alguna otra cosa que no le gustara en Fellowes?

—No me parecía bien su familiaridad con la criada.

En este momento advertí que monsieur Picon hacía furiosos diseños con fósforos. Estaba, evidentemente, muy excitado por el nuevo giro del interrogatorio.

—¿Era muy notorio?

—Creo que llegaban al colmo de considerarse comprometidos en matrimonio.

—¿Estaba muy mal eso? Después de todo, Stall, todos somos jóvenes una vez. La primavera en el aire, y todo eso.

—Impropio, sin embargo, en miembros del mismo personal, milord.

—¿Lo sabía la señora Thurston?

—Claro que no.

—¿Le habría molestado, le parece, si lo hubiera sabido?

En este punto hubo una notoria pausa, y observando a Stall le vi mirar con verdadera hostilidad a su interrogador. La última pregunta me había parecido tan común y corriente que no pude comprender el porqué de esa mirada.

—No podría decirlo, milord —replicó al fin.

—¿Puede decirnos algo más sobre el personal que pueda sernos útil?

—Creo que no, milord —dijo Stall después de una pausa.

—¿No hubo nada que usted hubiera notado que podría, por ejemplo, haber disgustado al doctor Thurston?

Otra vez la incómoda pausa, y una rápida mirada oblicua a lord Simon.

—No, milord.

—Es una verdadera lástima, Stall, que cuando aprendió esa encantadora manera de hablar no aprendiera al mismo tiempo la costumbre de decir la verdad.

—Milord...

—Sabe a lo que me refiero, ¿no?

En ese momento respeté a lord Simon. Era fría y despiadadamente tranquilo. Uno sentía toda la reserva de experiencia e introspección detrás de sus modales vanidosos. Observaba al detestable mayordomo con una mirada fría e indiferente, y vi gotas de transpiración en la estrecha frente de Stall. Varias veces el mayordomo intentó evitar sus ojos, y hablar, pero parecía que el joven era demasiado fuerte para el viejo.

—Tengo una vaga idea —admitió en voz baja.

—¿Sabía que entre la señora Thurston y el chófer había algo que, digamos, no debería haber existido?

—¡Plimsoll! —interrumpió Williams.

—Perdón. El asesinato saldrá a la luz —afirmó lord Simon—. No importa qué era, Stall, ¿usted sabe que había algo?

—Tenía mis sospechas.

—¿Y le pagaban para que las mantuviera en silencio?

Al fin el hombre se recobró. Sus modales de mayordomo de película lo abandonaron y se volvió enojado hacia lord Simon.

—¡No es cierto! —dijo—. ¡No era eso!

—¿Qué tal si nos dice la verdad, entonces?

—Yo le había presentado a la señora Thurston mi renuncia —dijo despacio—. Me iba al final de la quincena.

—¿Por qué?

—Porque... por lo que usted acaba de decir. Lo de ella y el chófer. No podía quedarme en una casa donde sucedía eso. Soy un hombre respetable.

—¿Y?

—Si me iba perdía mi parte en el testamento. O lo que habría recibido si ella se iba antes. Entonces la señora Thurston, por su propio deseo, decidió compensarme.

—¿Por su parte en un testamento que no se tomaba en serio?

—Bueno, ya que tenía que irme sin que hubiera culpa de mi parte, la señora Thurston no quería que yo perdiera.

—¿Entonces le pagó grandes sumas en billetes de una libra?

—Me dio la recompensa que consideró conveniente.

—Creo que se puede considerar muy afortunado si le caen menos de cinco años de trabajos forzados, Stall. Aunque ahí terminen todos sus problemas, muchacho.

Por extraño que parezca, fue en este punto donde el aplomo de Stall volvió a aparecer.

—¿Por aceptar un obsequio de una señora al dejar su servicio? No me parece probable.

—Por chantaje —dijo lord Simon conciso—. Su testigo, Picon.

El hombrecito se puso de pie de un salto, casi incapaz de contenerse.

—Ha dicho que entre el chófer y la criada había lo que usted diría un romance, ¿no?

—Si quiere expresarlo de esa forma —dijo Stall despectivo.

—¿Se querían esos dos?

—Oh, sí.

—¿Y entre el chófer y madame, también un pequeño *rapport*, *n'est-ce pas*?

—No sé qué había. Había algo.

—Y la criada, viendo que su amado se entendía con la señora, ¿no estaba celosa?

—Ella sabía arrimarse al sol que más calienta. —Era asombroso ver cómo habían desaparecido los magníficos modales de Stall después de haber sido descubierto. Ahora era desafiante, natural, y algo rudo.

—¿El sol? Perdóneme, pero ¿qué tiene que ver el sol?

—Quiero decir que sabía lo que le convenía. No quería que él perdiera el empleo justo en ese momento.

—Bien. Entonces lo dejaba flirtear, como dicen ustedes, con madame.

—No digo que le gustara. Pero tenía que soportarlo.

—Usted es muy cínico, monsieur Stall.

—He visto demasiadas cosas. ¡Ella y sus ratas! ¿Qué quería si no era hablar con él?

—Ah. Eso es *interessant*. ¿Así que la trampa para la ratita era un engaño, entonces? ¿Un arreglo? ¿Un *rendez-vous*?

—Parece que sí.

—*Voilà!* Ahora avanzamos. Así que anoche cuando madame le dijo al chófer que pusiera la trampa, se trataba de una cita.

—No me sorprendería.

—¿Y la chica lo sabía?

—Eso no lo sé.

—Y, con respecto a ese pequeño obsequio que madame con tanta amabilidad y por propia voluntad le hizo, ¿cuándo lo recibió?

Una vez más pareció que a Stall le habían puesto el dedo en la llaga. No respondió.

—¿Sí? —le animó monsieur Picon con amabilidad.

—Trato de hacer memoria.

—Pero amigo mío, uno no recibe doscientas libras todos los días. ¿Es tan corriente que ya lo ha olvidado?

—¿Quién dijo que eran doscientas libras?

—¿No era ésa entonces la suma?

—No sé —dijo Stall con malhumor—. Era un fajo de billetes. Todavía no lo he contado.

—*Voilà!* ¡Un hombre en verdad desinteresado! Vamos, amigo, ¿cuándo lo recibió?

Esta vez respondió de inmediato.

—El jueves por la tarde.

—¿A qué hora?

—Después del almuerzo.

—¿El jueves? ¿Anteayer?

—Así es.

Lord Simon exhaló un suspiro de desaliento, pero monsieur Picon dejó el tema.

—¿Qué hizo entonces después de dejar a la señora Storey tan abruptamente anoche?

—Me fui a acostar.

—¿Fue directo a acostarse?

—Sí.

—¿Estaba en la cama cuando oyó los gritos?

—Sí.

—¿Y vino derecho al piso de abajo?

—Sí.

—¿En el ínterin no oyó nada?

—No.

—Su habitación está junto a la del chófer, ¿no?

—Así es.

—¿Le oyó acostarse?

—No. Tenía dolor de cabeza y quería dormir.

—¿Duerme con la ventana abierta?

—No. Cerrada.

—Muy insalubre —dijo lord Simon.

Pero justo en ese momento recibí una gran sorpresa. Al parecer, lo mismo le sucedió a Stall, pues monsieur Picon le arrojó una pregunta muy extraña.

—¿De dónde vinieron los gritos? —le dijo, mirándolo fijo a los ojos.

—¿De dónde vinieron? ¿Qué quiere decir?

—*Précisément* lo que digo. Oyó los gritos desde su cuarto. ¿De dónde le pareció que venía el grito?

—No..., no lo pensé. Estaba medio dormido. Sólo oí tres gritos.

—¿Pero dónde? ¿Dónde?

—De la habitación de la señora Thurston, supongo.

—¡Supone! ¿Pero de qué valor me puede resultar a mí, a Amer Picon, lo que usted suponga? ¿Está seguro de que vinieron del dormitorio de la señora Thurston?

Stall estaba perplejo.

—Bueno, no lo pensé.

Con un impaciente sonido en lengua extranjera, Picon se alejó de él.

—Perdone mi intromisión —dijo monseñor Smith—, pero un hombre puede interrumpir, como un timbre. ¿Sonó algún timbre, Stall?

—¿Cuándo?

—Cuando la muchacha se puso histérica.

—Ah. Déjeme pensar. Sí. El timbre de la puerta del frente. Era el párroco.

Monseñor Smith se quedó en silencio, y después de un momento, Sam Williams le hizo una seña al mayordomo de que podía salir.

—Nuestro testigo más útil hasta el momento —comentó lord Simon.

—Por cierto, ha arrojado alguna luz sobre el tema —dijo Picon.

—Y el timbre que no sonó puede ser el toque de queda —monologó monseñor Smith.

Fue en este momento cuando hizo su aparición la cena fría prometida por la competente señora Storey. Stall la trajo en dos mesas rodantes y nos sirvió la comida con tanto sentido de la urbanidad como si no se le hubiera oído gritar indignado unos minutos antes. Sus modales eran una vez más impecables, y la palabra chantaje parecía no haber herido jamás sus oídos.

La comida también era excelente. Recuerdo que comí tres empanadas de langosta con tanto gusto como si la propia Mary Thurston estuviera allí para insistirme que comiera más. Y con ellas tomé una bebida que me gusta mucho, aunque los gourmets digan que no habría ni que pensar en eso cuando uno come: un whisky sin hielo en vaso grande, lleno hasta el borde con soda.

Lord Simon se estremecía al verme.

—Pero, muchacho —dijo, sin lograr contenerse—, eso es mortal, ¿sabe? Absolutamente mortal.

—Nunca me ha hecho daño —dije sonriente. Me había dado cuenta de que esperaba de mí que actuara como una especie de tonto; para captar la última sutileza del trabajo de un investigador había que serlo.

—¿Y supongo que ahora se fumará un cigarro? —dijo sin aliento, como si le doliera.

—Ésa es mi intención.

—Dios se apiade de su estómago, entonces. ¿Qué piensa del caso hasta ahora?

Mis conclusiones, debo admitirlo, eran en ese momento un poco confusas. Y cuando traté de expresarlas bajo la amable mirada de lord Simon, no parecieron de mucha utilidad. Sobre algo no me cabía duda: que Stall sabía más de lo que había admitido. De lo contrario, ¿por qué mintió sobre la hora en que recibió el dinero? El jueves, dijo, pero había todavía algunos gramos de rapé sobre su tocador cuando lo revisamos. El tocador tenía tapa de vidrio. En una casa tan limpia como ésta, era imposible que pudiera escapar al plumero de Enid el viernes por la mañana. ¿Pero por qué había mentido Stall? Seguramente no pudo haber cometido el crimen, pues estuvo fuera de esa puerta cerrada casi junto con nosotros. Pero claro, lo mismo era cierto para todos los demás.

En este punto vi una débil sonrisa dibujarse sobre los aristocráticos labios.

—¿Todos? —dijo lord Simon.

—Bueno, todos excepto el párroco y el nuevo sospechoso, Miles. En líneas generales, creo que probablemente haya sido uno de estos dos, aunque no veo cómo pudo ser el párroco, ni dónde estaba cuando entramos en la habitación. Y por más que Miles fuera un asaltante experto, ¿cómo pudo entrar o salir por esa ventana? Y por si algún medio usó una de las sogas para entrar por la ventana de arriba, ¿cómo no lo

vio alguien, y cómo salió del hotel después de las diez y media? Además, ¿qué motivo tenía?

—Confuso, ¿no? —dijo lord Simon.

Seguí aventurándome. Pensé en la cocinera. Era una mujer decidida, evidentemente con fuertes prejuicios. Y no tenía coartada para el momento del asesinato. O Norris. ¿Qué tal Norris? Nadie le había prestado demasiada atención. Estuvo en el lugar del crimen en seguida. Pero eso podría hablar en favor de él. Después de todo, no pudo haber atravesado la puerta, y no tuvo tiempo de venir por otro lado. ¿Y Strickland? Dormía en la habitación de al lado. Eso era sospechoso, sin duda. Pero había salido del cuarto muy deprisa. Y no había un saliente por el que pudiera haber escapado. Quedaba Fellowes. Un tipo violento y, según parecía, un donjuán. Un romance con Enid y algo parecido con Mary Thurston.

—De hecho —dijo lord Simon—, ¿sospecha de todos?

—Bueno, eso parece. Aunque no veo cómo ninguno de ellos pudo hacerlo.

—¿Y el hijastro?

—Ah, sí —repliqué con inocencia—. Me olvidaba de eso. Bueno, aquí otra vez se abren varias posibilidades. Primero pensé que era Strickland. Pero ahora no estoy tan seguro. ¿Por qué no puede ser Norris? ¿O Fellowes? ¿O Miles?

—O usted —dijo lord Simon con serenidad.

—Bueno, sucede que no soy yo —respondí, sin darle mucha importancia al comentario—, pero entiendo lo que quiere decir.

—Al menos, lo encuentra todo muy misterioso, ¿no es así? —añadió lord Simon.

—Claro que sí. ¿Usted no?

—Tengo mis momentos de lucidez —dijo lord Simon—, pero todavía me falta mucha información. A propósito, ¡Beef! —dijo, dirigiéndose a Beef al otro lado de la habitación.

La boca del sargento estaba llena de pastel de conejo, pero emitió un sonido que quería ser una respuesta.

—¿Revisó los antecedentes de nuestro próximo testigo, Fellowes, el chófer?

El sargento tragó con tanta violencia que la garganta pareció distenderse como la de un pollo.

—¿Antecedentes? —dijo—. ¿Qué antecedentes?

—Antecedentes criminales, claro —dijo lord Simon, que parecía disfrutar poniendo incómodo al sargento.

—No sabía que tuviera —dijo este último enfurruñado.

—¡Caramba! Menos mal que tengo a Butterfield. Averiguó que Fellowes cumplió una condena de dieciocho meses en la cárcel hace cuatro años, por robo. Violento, creo.

—No puedo saberlo todo —murmuró el sargento Beef—. Y además no tiene nada

que ver con el caso —agregó.

Lord Simon se encogió de hombros.

—Beef de la noche, hermoso Beef —murmuró.

Yo me acerqué a Picon. El hombrecito masticaba con alegría, casi exaltado. No recordaba haberlo visto disfrutar de una comida antes de ésta, y me parecía delicioso ver cómo los colores le subían a sus bovinas mejillas.

—No importa qué otra cosa sea mademoiselle Storey —dijo—, es una *vedette*.

Le expliqué que con ese término en nuestra lengua la acusaba de actuar en locales de *music-hall*, y él asintió agradecido.

—¿Ya le encontró la punta a este asunto? —pregunté.

—¿Encontrarle la punta? —Se rio—. ¡Linda frase! Pero no es Papa Picon el que le encontrará la punta. *Pas du tout!*

—Quiero decir, ¿ya lo entiende?

—Le diré. Veo más luz. ¿Pero qué es eso? Una mota. Un punto negro. No todo está nublado. Pero *allons, mon ami*. Todo a su tiempo. Yo, Amer Picon, lo he dicho. Y, entonces, usted dirá: «Ah, ¿cómo no me di cuenta?».

—Qué bien. Pero dígame, monsieur Picon, ¿qué quiso decir cuando le preguntó a Stall de dónde venían los gritos? Me pareció una pregunta muy extraña.

—Una idea, nada más. Sólo una idea. Muy pequeña. Muy chiquita. Pero, *voyons*. Ya veremos. A veces, hasta Amer Picon tiene una idea, ¿no? Muy infantil, muy simple, quizás. Pero una idea al fin y al cabo.

Y eso fue todo lo que pude sacarle. Monseñor Smith, por otra parte, estaba muy dispuesto a hablar, aunque no podría decir que me esclareció mucho. Ya que me encontraba arrojado en este papel del tonto preguntón y crédulo, ante quien los grandes investigadores podían elucubrar sus adivinanzas, resolví sacar el mejor partido de esto, y ver si él podría aumentar mi perplejidad o disiparla.

—Es muy sencillo hasta el punto al que hemos llegado pero, como todos los misterios, no ha avanzado mucho. ¿No le parece que eso es siempre lo más misterioso, el caso planteado a medias, el carácter formado a medias? El licántropo ha sido la criatura más aterradora de la mitología porque es mitad hombre. El centauro era un horror porque era mitad bestia. El problema con el pensamiento moderno es que no se pone todo el corazón en él, sino la mitad...

—Pero, monseñor Smith —le interrumpí, temiendo que continuara en esta tesitura toda la noche—, ¿quién cree usted que usó el arma? —Pensé que mi pregunta no podía ser más directa, y no podía dejar de obtener una respuesta igual de directa.

—Eso es muy fácil —fue la calma respuesta—. Pero lo que tratamos de descubrir es quién mató a la señora Thurston.

—Entonces... ¿entonces no cree que la hayan matado con ese cuchillito oriental?

—Lo siento, pero creo que fue así, sí.

—¿Entonces?

—Las doscientas libras son las que me intrigan.

—Pero no hay misterio en eso. Era lo máximo que le podían quitar a Mary Thurston en ese momento.

—Y si esa suma fue retirada y pagada, ¿por qué no habría de sonar la campanilla de la puerta del frente? Me gustaría que hubiera sonado. Una campanilla puede sonar cuando muere un hombre, pero también puede salvar su alma.

—¿Cómo sabe que no sonó? —le pregunté—. Después de todo, la cocinera no estaba segura. Dijo que la chica estaba en pleno ataque de histeria, y podría no haberlo notado. Por lo que sabemos, pudo haber sonado.

Parpadeó en mi dirección con solemne interés.

—Es cierto. Sí. Creo que tiene razón. La campanilla pudo sonar para avisar a los que estaban en la cocina que había alguien afuera. Por otro lado, ¿pudo sonar para avisarles que alguien no estaba afuera!

No me pareció que esta clase de especulación, por brillante que fuera, y lo sería, sin duda, pudiera ayudarme mucho para descubrir la identidad del asesino, y dejé a monseñor Smith con su vaso de vino tinto y un bizcochito de avena.

Más por compasión que por otra cosa me acerqué al viejo Beef. La investigación, hasta el momento, le había dado un estupendo apetito y una sed envidiable. No había desaprovechado ninguna de las dos cosas, pero aunque las provisiones de comida y bebida eran abundantes y variadas, supuse que se sentiría mucho más cómodo en su lugar de siempre en el bar.

—No me sorprendería si esto me sienta mal —dijo, refiriéndose a la tarta de frutas con crema que estaba terminando—. Mi cena por lo general es pan y queso.

—Es muy agradable —admití—. Bien, sargento, ¿qué piensa de la investigación?

—¿Qué pienso? Una pérdida de tiempo de mil demonios, eso es lo que es. Esta noche tenía una partida de dados —agregó con pesar.

—Pero tenemos que hallar al asesino —le recordé.

—¿No le dije que ya sé quién es? —dijo, poniéndose rojo de impaciencia—. Está más claro que el agua.

—¿Entonces por qué no lo arresta, o la arresta, sin más demora?

—¿Por qué no? Porque estos detectives privados se meten en lo que no les importa. ¡Metiendo la nariz en Scotland Yard! Cuando presenté mi informe me dijeron que debía esperar a ver qué decían ellos. Bien, estoy esperando. Pero me gustaría que se apuraran. Estoy harto de hijastros, de campanillas, y de dónde vinieron los gritos. Tratan de hacerlo complicado.

—Sin embargo, debo admitir, Beef, que a mí no me parece tan sencillo.

—No, señor. Pero usted no es policía, ¿no?

No respondí a tal demostración de estúpida vanidad.

Fellowes parecía haber dejado de ser el elegante y bien educado chófer que me había ido a buscar tantas veces a la estación del pueblo. Se sentó en la silla que se le ofreció, con la cabeza inclinada sobre el pecho, de modo que cuando sus ojos se levantaron para mirar a su interlocutor tenía una apariencia casi ceñuda. Parecía hosco y en guardia. Me decepcionó, pues de algún modo esperaba que probara su inocencia, y sentí que causaba una mala impresión en los investigadores.

Por primera vez me permití una especulación puramente psicológica o instintiva para trabajar. ¿Era éste el tipo de hombre capaz de asesinar a Mary Thurston? ¿Podía imaginármelo haciéndolo? ¿Estaba en su naturaleza hacer tal cosa?

Nunca lo había observado de cerca sin sombrero hasta ahora. No pude dejar de admitir que la frente cuadrada y recta, y la línea baja donde empezaba el pelo grueso, sugerían algo brutal en él. Y sin embargo sus modales tenían un aire de despreocupación y bondad de hombre de mar que parecía contradecir lo anterior. En términos generales, me pareció que si era culpable era una provocación extrema, si tal cosa era posible. En el caso de que hubiera cometido el asesinato, no hubiera sido por avaricia o mezquindad.

Lord Simon comenzó en tono ligero.

—¿Conoce a un tipo llamado Miles? —preguntó.

Fellowes levantó los ojos rápidamente.

—Sí —dijo, con curiosidad en la voz.

—¿Hace mucho que lo conoce?

—Algunos años.

—Estuvieron metidos juntos en un lío, ¿no?

—Dios santo. ¿Va a sacar eso a relucir? —se quejó Fellowes.

—No puedo evitarlo. ¿Cuándo vio a Miles por última vez?

—Esta mañana.

—¿Le vio ayer?

—Sí, por la tarde.

—¿Dónde?

Una larga pausa.

—En el pueblo. —Era evidente que Fellowes estaba decidido a dar la menor cantidad posible de información.

—¿Se habían citado?

—No.

—¿Dónde pasó la tarde de ayer?

—Fui a buscar al señor Townsend a las cinco y cinco.

—¿Y antes de eso?

—Tenía libre.

—¿Qué hizo?

—Estaba probando el motor del coche. Acaban de rectificarlo.

—¿Había alguien con usted?

—No —dijo Fellowes, categórico.

—Usted fue marino, ¿no Fellowes? Vida en la cresta del océano y todo eso.

—Estuve unos años en la marina mercante.

—Una vida muy dura, ¿no?

Sonrió.

—Supongo que sí, muy dura. —¿Alguna vez vio matar a alguien?

—Vi a un muchacho devorado por los cocodrilos una vez. Fue cruzando un río, en Oriente.

—Así que con esas espeluznantes experiencias y una temporadita encerrado puede decirse que es usted un hombre rudo.

—¿Es ése su método para echarme el fardo de esto? —preguntó Fellowes con agresividad.

—No es más que una de mis preguntas tontas —dijo lord Simon volviendo a cruzar las piernas—. Y ahora dígame algo más interesante. ¿Qué había entre usted y la señora Thurston?

Esta pregunta pareció hacer mucho más tensa la atmósfera. Y hasta el sargento Beef pareció interesado.

—Ah, eso —balbuceó Fellowes—. Nada, realmente.

—¿Nada en absoluto?

—Bueno...

—Vamos, muchacho. No me va a decir que es vergonzoso.

—No fue nada importante. Supongo que se encariñó conmigo.

—Sin ninguna reciprocidad de su parte, por supuesto.

—¿Qué quiere decir?

El sargento Beef vino, como un caballero, al rescate.

—Quiere decir si usted se entendía o no con la señora.

La respuesta de Fellowes fue extraña, y pareció el resultado de una vergüenza genuina.

—No más de lo que podía evitar.

—¿Le preocupaba?

—Un poco.

—¿Por qué?

—Bueno, el doctor Thurston era una buena persona. No me gustaba estar metido en algo así.

En este momento respeté a Fellowes. Me pareció ver en un segundo lo sucedido.

Mary Thurston, indulgente, estúpida, afectuosa, y su romántico *affaire* con el apuesto pirata. Nada serio, por supuesto. Pero a ella le gustaba que él estuviera cerca. Que le abriera la puerta del auto y le arreglara las mantas. Quizás le diera cosas, y esperara esas pequeñas atenciones que demuestran los jóvenes amantes. Casi como esas robustas millonarias inglesas y norteamericanas que uno ve en Mallorca con un joven al lado.

—¿No había otra cosa que le preocupara?

—Sólo cuando quería que dejara de hablar con ella.

—¿Como anoche?

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que se quejó de oír ratas en la cámara de las manzanas, y le dijo que pusiera una trampa.

—Así es, lo hizo.

—¿Y usted la puso?

—Sí.

—¿Habló con ella?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque... cuando llegué a su puerta, oí a alguien en el interior hablando con ella.

—¿Quién era?

—No sé. Un hombre.

—¿Oyó algo de lo que dijeron?

—No. No me quedé a escuchar. Subí y puse la trampa.

—¿Qué hora sería?

—Apenas pasadas las once.

—¿Cómo lo sabe?

—Miré el reloj de la cocina.

Si era el resultado de un ensayo, honestidad o una ingeniosa mentira, no lo sé, pero noté que Fellowes daba sus respuestas rápida y claramente. Casi nunca dudaba.

—¿Y después de poner la trampa?

—Fui a mi dormitorio.

—¿Se desvistió?

—No. Me saqué la chaqueta.

—¿Después?

—Después, en seguida, oí los gritos.

—¿Nada más? ¿Nada antes de eso?

—No.

—¿Le gusta cultivar su físico, no, Fellowes? ¿Hace gimnasia y esas cosas?

—Sí.

—¿Cuándo fue al gimnasio por última vez?

—Hace más de una semana.

—¿No sabía, entonces, que faltaban las sogas?

—No —la respuesta fue lenta y hosca.

—¿No hay otra cosa que sepa, nada que quiera contarnos?

—No.

—Pero, amigo mío... —Fue Amer Picon el que interrumpió ahora, incapaz de contenerse por más tiempo—. No nos ha dicho nada, nada interesante. Hay muchas preguntas que puede, como dicen ustedes, aclarar. Por ejemplo, ¿qué pensaba su jovencita, su *fiancée*, de las amables atenciones de madame Thurston para con usted?

—¿Qué jovencita?

—*Allons*, mi amigo, no tiene por qué simular ese aire de inocencia. La criada, Enid.

—¿Ella? No veo por qué hay que mezclarla en esto.

—Todos, *tout le monde*, los que viven en esta casa, están mezclados en esto. ¿Qué decía ella?

—No le gustaba mucho. —Volvió a hablar con voz hosca, sin emoción, sin adornar los hechos escuetos.

—¿Entonces sabía bien que había algo?

—Sabía que la señora Thurston solía hablar conmigo.

—¿Y estaba celosa, quizás?

—No. No celosa. Sabía que no había nada.

—Con la mente lo sabía, con el corazón dudaba. La mujer es así, *mon ami*. ¿Hace mucho, quizás, que conocía a esta joven? ¿Antes de venir a esta casa?

—Sí.

Esto me sorprendió, apenas supe por qué. Supongo que porque había supuesto que se habían conocido y enamorado en la casa de los Thurston. Pero admiré a Picon por pensar en otras posibilidades.

—¿Antes de conocer a Miles?

—No. Después.

—Bien. Un trío, por lo que veo.

Fellowes no respondió.

Monsieur Picon pareció irritarse y formuló la siguiente pregunta con firmeza.

—¿Trepas muy bien por una soga, *n'est-ce pas*?

Fellowes le miró directamente a la cara.

—Sí.

—Y ha pensado en poner una pequeña posada, según creo.

Esto asombró al chófer.

—¿Y eso que tiene que ver con usted? ¿No puedo tener proyectos sin que se inmiscuyan? ¿Y si así fuera?

—En ese caso, me gustaría saber de dónde viene el dinero para una empresa tan interesante.

—¿No se puede ahorrar un poco sin despertar sospechas?

—Quizás. Quizás. Y ahora dígame algo igual de *interessant*. ¿Quién entró primero al servicio del doctor y la señora Thurston, usted o Enid?

—Ella.

—¿Y le consiguió el trabajo?

—Le dijo a la señora Thurston que yo estaba sin trabajo. ¿Algo más que quiera saber?

—Por favor. Otra cosita. Muy pequeña, pero muy importante. Nos dijo que ayer por la tarde no anduvo cerca de la casa. Conducía el coche porque no se puede forzar durante algún tiempo después de las reparaciones. ¿Es así?

—Sí, lo estaba comprobando.

—Para probarlo, ¿tendría la amabilidad de decirme algo que pudiera, como se dice, establecer una coartada? ¿Algo que demuestre que estuvo lejos de aquí? Alguien con quien habló. Algo que notó.

Fellowes no levantó la mirada por unos segundos. Me pregunté si buscaba en su memoria la información requerida o si dudaba sobre la conveniencia de proporcionarla. El tono de monsieur Picon había sido suave, pero se hizo un silencio tan interesado en la habitación mientras el chófer vacilaba, que le hacía sentir a uno que detrás de la inocente pregunta podía ocultarse una importancia siniestra.

—Sí —dijo Fellowes al fin—. Puedo decirle algo. Noté que la bandera de la torre de la iglesia en Morton Scone estaba a media asta.

Picon saltó.

—Lo notó. Es muy interesante.

Luego el sargento Beef volvió a interrumpir.

—Está bien —dijo—. Tiene que ser verdad. El doctor de Morton Scone que vivió allí veinte años murió ayer por la mañana.

—¿Ah, sí? Eso es aún más interesante. Gracias.

Y el extraordinario hombrecito se sentó, habiendo finalizado su interrogatorio.

Fue innecesario apelar a monseñor Smith esta vez. Con franqueza, me decepcionaba el clérigo investigador. Parecía haber perdido todo interés en los procedimientos. Claro que me daba cuenta de que el caso no presentaba los fenómenos a los cuales él estaba acostumbrado. No había desconocidos altos con barba homérica y capas negras, ni apellidos desusados o alterativos, ni fantasmas que resultaban no ser fantasmas, ni cosas sobrenaturales, que se volvían más horripilantes cuando se probaba que eran naturales, ni artistas, ni norteamericanos. Sin embargo,

no me parecía que este crimen fuera tan poco interesante. No veía por qué tenía que demostrar tal aburrimiento. Pues ahora, desde el montón negro sobre el sillón, venía un sonido regular, claramente audible, y no muy amable. Monseñor Smith roncaba.

Si el chófer había sido poco comunicativo, la muchacha que había sido aludida como su prometida compensó las cosas. Parecía tener mucho que decir, tanto sobre la vida de ambos antes de entrar al servicio de los Thurston como sobre los sucesos del día anterior. Se necesitaron pocas preguntas para recibir de ella mucha información que los investigadores pudieron haber solicitado o no.

Era una muchacha bonita. Estaba molesto conmigo mismo, observándola ahora, al pensar lo poco observador que había sido en el pasado. Quizás pudiera culpar en cierta medida a mi educación, pero me temo que hasta ese momento no la había considerado como un ser humano. La había visto muchas veces, por supuesto, en las muchas ocasiones que visité la casa. Pero más allá de un alegre buenos días al pasar a su lado, le había prestado muy poca atención.

Con su espeso pelo castaño, y sus acuosos ojos castaños, podría haber tenido una cara insípida, de no ser por la casi traviesa inclinación de la nariz y la boca graciosa e inquieta. Parecía inteligente, llena de carácter, atractiva, pero también voluntariosa. Era una joven, no me cabía duda, que no se amilanaría ante un acto desesperado si era necesario. Por otro lado, sería capaz de lealtad, pensé. Una cara interesante y una criatura interesante.

La historia que contó en respuesta a las preguntas de lord Simon sobre el pasado fue inesperada. Había nacido en el Soho, hija de madre griega y padre inglés. El padre tenía un kiosco de diarios, y hacía trabajos para un corredor de apuestas, pero cuando ella tenía unos doce años llegó a la casa una vez diciendo que una banda de las apuestas de las carreras le buscaba para matarlo y tenía que desaparecer. Nunca supo si la historia era cierta o si se trataba de una excusa para dejar a su madre, a Enid y a su hermano, pero se fue de todos modos, y no habían vuelto a verlo.

La madre fue totalmente incapaz de hacer marchar el negocio, pues ni siquiera sabía escribir. Antes de dos meses les confiscaron las existencias por atrasos en el alquiler y los tres se mudaron a una habitación de alquiler.

En este punto el sargento Beef interrumpió a título oficial.

—¿Una habitación? —preguntó.

—Estaba dividida por una cortina —dijo, y continuó la historia.

Según su relato ella tenía dieciséis años y pronto consiguió trabajo como empleada doméstica con una pareja que tenía un pequeño negocio de tabaco y golosinas en Battersea. Dejó a su madre, y quizás previsiblemente por las circunstancias en las que fue criada, ahora tenía que admitir que no había vuelto a verla ni a saber nada de ella. Volvió una vez, más o menos un mes después, a su anterior hogar, para encontrarse con que la griega que debía dos meses de alquiler había desaparecido durante la noche.

—Lo único que me dieron los de la casa —dijo Enid— fue un trompazo cuando se enteraron de que yo no iba a pagarles el alquiler atrasado.

Pero, según sus palabras, se «mantuvo decente». Pronto se fue del negocio en Battersea, donde la «trataban como si fuera basura» y encontró trabajo con una joven pareja. Y a medida que pasaba el tiempo se fue cambiando de un lado a otro, intentando siempre «mejorar». Con esto significaba no sólo ganar más, sino encontrar trabajos con gente más educada de quienes pudiera aprender cómo comportarse.

Sus ambiciones parecían ser sólo sociales. «Mejor» para ella quería decir más cerca del refinamiento. Y a mí me dio la impresión, mientras ella hablaba, de que no había permitido que nada se interpusiera en su camino. Una nueva expresión le apareció en la cara y en la voz mientras hablaba, una dureza que me sorprendió. Esta mezcla de sangre inglesa y mediterránea, pensé, podía ser peligrosa. Pero intenté mantener la mente abierta.

Su encuentro con el hermano, cinco años después de la separación, fue melodramático. Se vieron y se reconocieron en un salón de baile. Y con su hermano, esa noche, estaba Fellowes.

El hermano parecía tener mucho dinero, pero no dio ninguna explicación. Dijo que trabajaba, «en electricidad», y no le dio la oportunidad de hacer más preguntas. Él también había dejado a la madre, o mejor dicho ella le había dejado a él cuando consiguió trabajo en la cocina de un restaurante griego.

Esa noche le escribió su dirección al hermano en un pedazo de papel, pero no tuvo noticias de él hasta unas semanas más tarde cuando Fellowes fue a verla. Le dijo entonces que su hermano estaba en la cárcel por robo. Ella se había dado cuenta enseguida, dijo, de que su prosperidad no respondía a ninguna actividad honrada, sino más bien que parecía ser un delincuente profesional. Mientras estuvo en prisión, ella vio mucho a Fellowes y nos dio a entender que pronto surgió «afecto» entre ellos. Él admitió haber ayudado a su hermano en varios «trabajos», pero no vaciló en prometerle que no volvería a llevar esa vida.

Sin embargo, cuando el hermano salió de la cárcel, él y Fellowes volvieron, como dijo Enid, «a las andadas» y como secuela de esa amistad los dos fueron arrestados y condenados a prisión. Pero esto no estaba, se apresuró Enid a explicar, en la naturaleza de Fellowes. Era el hermano quien lo había arrastrado.

—¿A pesar de la promesa que le había hecho a usted? —preguntó lord Simon.

—Bueno, no tenía trabajo —fue la defensa de Enid.

Cuando salió, sin embargo, un año antes que el hermano, quien era ya considerado un delincuente sin remedio, ella pudo ayudarlo. Trabajaba con los Thurston y, hablando con la señora Thurston y contándole toda la verdad, la convenció de que lo contratara como chófer. Durante casi tres años, nos aseguró, él había andado derecho, trabajando y ahorrando parte de su sueldo.

—¿Hasta que reapareció su hermano?

—Eso no cambió nada. Mi hermano no ha hecho nada malo desde que salió.

—Soy capaz de creer en un delincuente reformado —dijo Sam Williams—, pero dos es muy difícil.

—Bueno, pero es cierto —dijo Enid—. Mí hermano...

—Empleado como portero en el hotel...

—Sí. ¿Y por qué no? Tiene un trabajo decente. Veinticinco a la semana, y propinas, además de alojamiento y comida. Se lo consiguió la señora Thurston, y sabía todo sobre él. Pregúntele al sargento si no ha andado derecho.

—No hay quejas hasta ahora —admitió Beef.

—Entonces me pregunto por qué Fellowes no mencionó que Miles era su hermano.

—¿Acaso se lo preguntó? ¿Por qué iba a decirle lo que no le preguntaban? Es de pocas palabras.

En seguida terminó de contar la historia. Ella y Fellowes habían decidido casarse, y abrir un hotelito propio. Lo habían pensado siempre. Y los dos habían ahorrado dinero. Estaba el testamento de la señora Thurston, pero claro, ella no lo tenía en cuenta. La señora Thurston podía vivir otros treinta años. Y ella no iba a pasarse todo ese tiempo en el servicio doméstico.

En este punto las sospechas en mi mente se apartaron de las otras personas que podrían haber estado involucradas en el asesinato de Mary Thurston y se concentraron por un momento en este trío. Me pareció demasiada coincidencia que dos hombres y una mujer, los tres surgidos en mayor o menor medida de las clases bajas, estuvieran en la escena del crimen sin estar involucrados.

No veía, por supuesto, cómo podían haberlo hecho, pues no veía cómo nadie podía haberlo hecho, pero me dio la sensación de que uno o dos, o los tres, eran culpables. Y no niego que me apenaba. Me habría gustado pensar que la historia de la muchacha fuese cierta. Todos ellos habían luchado por la existencia. Pude percibir algunas señales de esa lucha: la agotadora lucha de la muchacha en el más sórdido servicio doméstico a una edad en que tendría que haber estado en la escuela. Los años de mala alimentación y exceso de trabajo. Y para los hombres, la soledad y la tensión de una vida en la cual habían entrado probablemente por desesperación y por necesidad.

Pero estaba esa dureza de Enid, ese salvajismo de Fellowes que parecía probar que eran capaces de cualquier acto violento, si la violencia les convenía. Y aunque todavía me resistía a pensar que alguno de ellos había usado el cuchillo, ya no sentía que fueran inocentes.

Súbitamente, me asqueé de todo el asunto. Esta despiadada caza del criminal me parecía grotesca. Lord Simon, bebiendo su coñac con delicadeza, consideraba todo

como si fuera una absorbente partida de ajedrez, «algo en qué ocuparse», y por un momento perdí la paciencia con él. Y el brillante Picon, cuya humanidad era más evidente, tampoco podía evitar disfrutar de sus propios esfuerzos, y esto me perturbaba. Por cierto, yo nunca había oído que monseñor Smith entregara a un hombre a la Ley, pero hasta eso era debido al hecho de que los delincuentes que él descubría tenían la costumbre de suicidarse antes de que él revelara la identidad.

Claro que, de alguna manera, yo quería que se vengara a la pobre Mary Thurston. Pero al ver a los investigadores con el apetito exacerbado por el interrogatorio al que iban a someter a esta hermosa muchacha, mi placer desapareció, y me vinieron ganas de dejarlos a solas con sus preguntas, y salir al aire fresco. Pero me ganó la curiosidad; y sirviéndome otro whisky con soda me recliné en mi silla para escuchar las preguntas que le harían a Enid, ahora que habían llegado al momento de averiguar sus movimientos de la noche anterior.

Para nuestra sorpresa, al sargento Beef le asaltó un súbito deseo de formular preguntas.

—¿Podría decirme —comenzó, pomposo— cuáles de las señoras y caballeros alojados en la casa tenían la chimenea de su habitación encendida anoche?

Pero Williams vino al rescate.

—Caramba, Beef —dijo—, estos señores tienen preguntas importantes que hacer, sería mejor perder el menor tiempo posible.

Uno o dos de nosotros se unió en rogarle a Beef que no detuviera el interrogatorio y así, después de murmurar algo como «tenía una buena idea», volvió a quedar en silencio.

—¿Vio a su hermano ayer? —preguntó lord Simon, volviendo incansable a su labor de interrogador.

—No. Para nada.

—Y sin embargo era su tarde libre.

—¿Ah, sí?

—¿Qué hizo usted ayer por la tarde?

Enid vaciló, y yo tuve la extraña certeza de que iba a mentir.

—Bueno —dijo al fin—, me había quedado hasta tarde la noche anterior, leyendo. Y no una novela policial —agregó con aspereza—. Por eso ayer por la tarde tenía sueño, y me fui a mi habitación a dormir una siesta.

—¿Cuándo vio a Fellowes por primera vez en el día de ayer?

—Antes de la cena. —Una vez más estuve seguro de que mentía.

—¿Tenía él algo en particular que decirle?

—No, nada especial, no.

—¿Nada sobre una trampa para ratas?

—Ah, eso no era nada especial. Cada vez que la señora Thurston quería hablar con él le decía algo sobre las ratas.

—Era un acuerdo, entonces. ¿Se lo mencionó Fellowes anoche?

—Sí. Me lo dijo.

—¿Le molestó?

—¿Si me molestó?

—Sí, Enid. Por increíble que le parezca, he dicho si le «molestó». Es muy torpe de mi parte, sin duda, pero me preguntaba si a la prometida de un hombre no le molestaría que él hubiera llamado a la habitación de su señora a las once de la noche para una «charla».

Enid se ruborizó, pero sólo dijo:

—Él sabe cuidarse solo. Nunca me preocupo por él.

—Una actitud muy sensata, no me cabe duda.

—Bueno, no había nada en eso. Usted sabe cómo era ella. Se sentía romántica con él, nada más. No me preocupaba.

—¿Sabe por casualidad cómo pasó la tarde del viernes la señora Thurston?

—Subió a dormir la siesta. No sé cuánto tiempo estuvo en su habitación.

—¿Era un hábito regular en ella?

—Bastante regular, sí.

—¿Durmió la siesta el jueves?

—Sí. Pero no tanto. Había pedido el coche para las dos y media.

—¿Y salió?

—Sí.

—¿Sabe adónde?

—¿Cómo iba a saberlo? El chófer la llevó.

—Ya veo. Muy bien, volvamos al día de ayer, viernes. ¿Subió a la habitación de la señora Thurston cuando se vistió para la cena?

—No, no soy su criada personal.

—¿Cuándo fue a la habitación por primera vez?

—Poco después de la cena. Fui a ordenar sus cosas. Las dejaba por cualquier lado cuando se vestía.

—¿Notó si las luces de la habitación estaban encendidas?

—Sólo encendía la lámpara de la mesa de luz. La del techo no.

—¿Eso sería, más o menos, a las diez?

—Sí. Creo que sí.

—¿Qué hizo cuando vio que faltaba una bombilla?

—Fui a pedirle una a Stall. Dijo que estaba ocupado y que la buscara yo.

—¿Lo hizo?

—No. ¿Por qué iba a hacerlo? A él le correspondía dármela. Él se ocupa de esas cosas. Entonces me dije a mí misma: muy bien, si la señora Thurston lo pregunta, lo digo y punto.

—¿Preguntó ella?

—¿Cuándo?

—Cuando fue a acostarse. La cocinera nos ha dicho que usted la siguió.

—Sí, pero no entré en la habitación.

—¿Por qué no?

Enid parecía solemne, y dudó.

—Cuando la señora Thurston llegó a su cuarto, yo no estaba lejos. La vi abrir la puerta y estirar la mano para encender la luz. Entonces la oí decir: «¿Qué haces aquí?». Y me quedé donde estaba.

—¿Qué tono de voz usó para esa pregunta tan interesante?

—Parecía un poco sorprendida.

—¿Sabía que usted estaba a sus espaldas?

—No creo que se diera cuenta. Supongo que, al encontrar a alguien en su cuarto se sorprendió demasiado como para notarlo.

—¿Oyó usted alguna respuesta?

—No.

—¿Entonces esperó para ver quién salía?

—¡Claro que no! —Por primera vez Enid estaba enojada—. No era asunto mío. Podría ser cualquiera de los caballeros. No sé.

—¿Sabe, sin embargo, que no era Fellowes?

—No era él, porque subió a su cuarto en ese momento, y pasó junto a mí en la escalera.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Empecé a hacer los dormitorios. Fui al del señor Townsend, y luego al del señor Williams.

—¿Y al del señor Norris?

—No. Le vi entrar en su cuarto cuando fui al del señor Williams. Volvía del baño. Estaba haciendo el cuarto del doctor Thurston cuando oí los gritos.

Lord Simon se reclinó en su silla, acariciándose la barbilla. Luego de pronto se inclinó hacia adelante.

—Escuche, Enid. Usted es lo más cercano que tenemos a un testigo del asesinato. Queremos la verdad. Ahora dígame, ¿quién estaba en la habitación de la señora Thurston cuando ella entró anoche?

Ella le miró a los ojos.

—Juro que no lo sé, milord.

—¿Y no sabe quién sacó la bombilla?

—No.

En este punto hubo una interrupción inesperada y algo violenta. Se abrió la puerta de par en par y un hombre bajo y oscuro de enjutas mejillas e intensos ojos castaños típicos de las razas mediterráneas, entró en la habitación. Tenía un bigote negro y la innegable apariencia de un *atorrante*, de un *apache* francés, una especie exótica de salvaje. Avanzó derecho hacia Enid y la voz, tan inglesa, me sorprendió.

—No le digas nada —le aconsejó—, hasta que tengas un abogado. ¿Te han estado haciendo preguntas? No deberías haber contestado. No pueden obligarte.

Enid no pareció agradecer la consideración.

—No tengo nada de qué avergonzarme —dijo.

—Eso no importa. Son capaces de involucrar a cualquiera. No les digas nada, hazme caso.

Lord Simon había estado estudiando al recién llegado con frialdad.

—¿El señor Miles, supongo? —dijo.

—Sí. —Admitió Miles.

—Me alegra tenerle aquí. Quizás pueda ayudarnos. Tengo entendido que se enteró de nuestra reunión por Butterfield.

Butterfield entró en ese mismo instante.

—Hablé con el individuo, según sus instrucciones, milord. Encuentro su coartada perfecta. Era, como es sabido, su tarde libre. La pasó, no en el hotel, sino en una posada llamada el León Rojo. Estuvo jugando a dardos con el sargento, milord.

—Dardos —repitió lord Simon asqueado.

—Verifiqué la información. A las diez se quedó charlando con un grupo de personas frente a la puerta de esa taberna, hasta las diez y media, hora en que dos de ellos le acompañaron al hotel. Parece que los perdedores de este juego le pagan, y pido perdón por mencionarlo, milord, la cerveza a los ganadores. Este individuo y el sargento de Policía en equipo habían triunfado en casi todas las partidas, y estaban, en consecuencia, en un estado hartamente censurable. Sin embargo, a Miles lo llevaron hasta el hotel, donde el ayudante de cocina, que comparte su cuarto, lo desvistió, y dice que estaba dormido en la cama antes de las once, y no volvió a moverse. El sargento, según parece, fue llamado aquí.

—Si hubiera sabido que le interesaban los movimientos de Miles se lo habría contado —rezongó el sargento Beef.

—Entiendo. Así que tiene una coartada, amigo Miles. Bien, bien, es algo muy útil. ¿Y qué puede decirnos?

—Nada. Mi hermana no tuvo nada que ver con esto, y Fellowes tampoco. Así que pueden dejar de interrogarlos.

—Debe admitir que resulta algo extraño, Miles, que ustedes tres, con antecedentes tan interesantes, estuvieran tan cerca cuando se cometió el crimen.

—No veo qué tiene que ver. No hay nada en mí contra desde que salí. Fellowes ha andado derecho durante tres años. Y mi hermana nunca estuvo metida en nada. No tengo muy buena opinión —agregó— de los detectives que sospechan de la gente porque estuvo alguna vez en la cárcel.

—Nadie ha hablado de sospechas, Miles. Es sólo que la coincidencia me pareció interesante. ¿Sabe qué?, no creo mucho en coincidencias. ¿Quién propuso ese juego de dardos?

—Yo.

—¿Se encontró con el sargento Beef en el León Rojo, supongo?

—No. Fui a su casa.

—¿Fue y lo sacó para jugar una partida?

—Sí. ¿Qué tiene de malo? Es un buen jugador. Y venían dos tipos de Morton Scone que son muy buenos.

—De modo que fue, de alguna manera, por el honor del pueblo, que el sargento aceptó. Gracias.

Picon hizo una sola pregunta.

—Estos caballeros de Morton Scone, ¿le contaron algo de lo que ustedes llaman los chismes del lugar? ¿Había alguna noticia de Morton Scone?

Miles estaba honestamente perplejo.

—No. No que recuerde. No tuvimos mucho tiempo de hablar. Jugábamos fuerte.

En la habitación se hizo un silencio sólo interrumpido por los ronquidos de monseñor Smith. Yo había estudiado a Miles. Era pequeño, hábil, furtivo, he aquí a un hombre que, al menos desde el punto de vista psicológico, podría ser considerado culpable. He oído hablar de lo traicioneros que son estos hombres de sangre mixta, y mirándolo no me era difícil de creer. Esa mano larga y algo amarilla, apoyada en el respaldo del asiento de su hermana, pudo haber usado el cuchillo de la forma en que lo usaron. Y la agilidad casi felina de este hombre pudo haber superado los obstáculos inexplicables. Pero su coartada, como dijo Butterfield, parecía irreprochable, de modo que mi mente dejó ir a otro sospechoso.

—De todos modos —dijo—, no voy a permitir que le hagan más preguntas a mi hermana. No mientras no tenga un abogado. No tendrían que haberle hecho ninguna. No es justo, en un caso serio como éste.

—Todo lo que queremos, *mon ami* —terció monsieur Picon—, es la verdad.

—Muy bien, pueden encontrarla sin interrogarla más. Vamos, Enid.

Ella se puso de pie sin decir una palabra, y fue escoltada por Miles fuera de la habitación con una desafiante mirada dirigida a nosotros.

—No tiene importancia —dijo monsieur Picon—. No podía decirnos nada más. Entonces, si le creemos a ella y a su amante, alguien esperaba en la *chambre* de madame Thurston cuando ella subió ayer.

—Y esa persona —me sentí obligado a decir— pudo ser una de cinco. Pudo haber sido Norris, Strickland, Stall o el párroco. Pero pudo ser también alguien de cuya presencia en la casa no tenemos noticia.

—O alguien de cuya existencia no tenemos noticia —agregó Sam Williams.

—Es decir, siempre suponiendo que Enid y Fellowes no lo han inventado —sugirió Picon—. Sólo tenemos la palabra de Enid y de su novio de que estaba allí.

—Sí, parece que no hemos avanzado mucho, ¿no? —dijo lord Simon sonriendo.

—¿Quién sabe? —replicó monsieur Picon—. Un poquito de luz por aquí, un poquito por allá, y de pronto, *voilà!*, sale el sol y es de día.

—Y lo será pronto —masculló el sargento Beef— si no se apuran.

—Bien, bien, mi amigo Boeuf. Pero recuerde el proverbio, vísteme despacio que tengo prisa, ¿no? Es el turno del joven Strickland.

Yo estaba aprendiendo algo acerca de los efectos del crimen sobre la gente de lo que nunca me había apercibido leyendo sobre asesinatos. Era el inesperado efecto de las sospechas, el interrogatorio y la presencia de los hábiles detectives sobre todos los involucrados. Estas cosas ya habían dado por tierra con los absurdos modales teatrales de Stall, el mayordomo; habían llevado a Fellowes, un hombre siempre alegre, a mascullar monosílabos con tono amenazador, y habían dejado ver a Enid como una muchacha de carácter capaz de contar una historia, al menos su propia historia, muy bien.

Pero no estaba aún preparado para los cambios en los otros invitados, y menos que nada en David Strickland. Siempre me había parecido uno de esos pocos ingleses a quienes el adjetivo «rudo» le sienta de maravilla. Hasta su aspecto (cuello de toro, mejillas bronceadas y recorridas por las venas rojas que son fruto del alcohol, ojos duros) sostenía que sería invulnerable a este tipo de cosas. Yo esperaba encontrarlo breve y algo áspero, quizás, pero capaz de responder a cualquier pregunta que se le formulara a entera satisfacción.

Y sin embargo cuando entró en la habitación yo, que le conocía bien, estuve seguro de que se sentía muy nervioso. Les hizo una incómoda inclinación de cabeza a los investigadores y encendió un cigarrillo de prisa. Tuviera o no conexión con el asesinato, ocultaba algo. De eso estaba seguro.

—Perdón por tenerle que hacer una cantidad de preguntas tontas —dijo lord Simon, quien no tardó en hacer la primera—. ¿Alguna vez se cambió de nombre?

—¿Si me cambié de nombre? —repitió Strickland.

¡Ay, si yo pudiera tener más intuición! ¿La pregunta le sorprendía de verdad o trataba de ganar tiempo?

—Sí.

—No, nunca me lo cambié. ¿Por qué?

—Curiosidad. ¿Hace mucho que conoce a los Thurston?

—Unos años.

—Viene a menudo, ¿no?

—Sí. ¿Qué quiere decir todo esto, Plimsoll?

—Curiosidad, muchacho. ¿Anda seco?

Strickland respondió con frialdad.

—No, gracias. ¿Por qué? ¿Quería prestarme dinero?

Lord Simon permaneció imperturbable.

—¿Entonces *April Boy* ganó?

Strickland se incorporó a medias en su asiento.

—Mis apuestas no son asunto suyo.

—Lo siento mucho, amigo. Supongo que las apuestas deben ser sagradas. Algo entre un hombre y su Dios... o su corredor. Pero Butterfield oyó decir a un caballero de su misma profesión que esta semana usted estaba en un aprieto, y si quiere apostar cien libras a un caballo seis a uno sin que nadie lo sepa, le sugiero que no use la extensión de un teléfono que tiene a alguien como Butterfield pegado a la central.

—Le diré a Thurston que me parece infame este husmear en una casa donde uno está invitado.

—Cosas mucho más infames que ésta han sucedido en las últimas veinticuatro horas. Ha habido, por ejemplo, un asesinato.

—No me parece que justifique que se escuchen mis conversaciones privadas por teléfono.

—Bueno, dejemos la discusión, ¿eh? Quizás pueda decirme qué tal están las cosas entre usted y sus corredores de apuestas.

—No le voy a decir nada.

—Entonces se lo diré yo. Esas cien que puso esta mañana fueron la última tentativa. Está endeudado hasta las cejas, no tenía medios para conseguir el dinero, y apostó esto sabiendo que si el caballo no ganaba no obtendría las cien libras. Conocía sólo a un corredor capaz de aceptar la apuesta. Muy bien, ganó. Le felicito.

Strickland estaba más sereno ahora, pero parecía más peligroso.

—Escuche, Plimsoll, usted está aquí, aunque sólo Dios sabe quién lo trajo, para descubrir quién asesinó a Mary Thurston, no para indagar detalles de mis apuestas.

—Pero suponga (ojo, es una suposición) que haya relación entre las dos cosas.

—¿Qué diablos quiere decir? ¿Qué relación?

—¿Qué estaba haciendo anoche antes de la cena en el dormitorio de Mary Thurston?

Strickland se volvió furioso hacia mí.

—Nunca me ha caído simpático, Townsend. Siempre pensé que era un demonio mezquino. Pero no pensé que se uniera a este juego cobarde.

Iba a explicarle que no tenía derecho a guardarme información como ésa cuando Plimsoll continuó.

—Bien —insistió—, ¿qué hacía allí?

—Tenía que hablar con Mary Thurston.

—¿Y ella no pudo prestarle el dinero?

Esperé que Strickland saltara otra vez, incluso dudé si no habría una pelea. Pero quizás estuviera algo amedrentado por el hecho de que los investigadores estuvieran al corriente de su visita al dormitorio de la muerta. De cualquier modo, me sorprendió oírle decir:

—No —con voz profunda pero clara.

—¿Entonces robó el collar de diamantes?

Tampoco esta vez dio señales de enojo.

—No. Ella me lo dio. Al menos me dijo que lo empeñara. Con él conseguiría lo que necesitaba. —Después de un momento de silencio, continuó—. El día anterior le había contado por teléfono que estaba hundido, y ella prometió ayudarme. Ahora me dijo que lo sentía muchísimo, pero que había sucedido algo inesperado, y no podía. No sé a qué se refería.

—Es extraño —dijo lord Simon pensativo—, cuando dice la verdad es mucho más convincente.

—Ésa es la verdad.

—¿Ah, sí? ¿Entonces sus problemas habían terminado?

—Así parecía.

—Hasta esta mañana, cuando vio que la policía se había hecho cargo del collar. Bien. ¿Supongo que en el ínterin no hubo nada que pudiera ser catalogado como «problemático»?

—En el ínterin Mary Thurston fue asesinada.

—Ah, sí. Debemos volver a eso. ¿Usted fue el primero en irse a la cama, no?

—Creo que sí.

—¿Extraño en usted, no?

—Quizás. Pero me había levantado temprano esa mañana. Estaba cansado como un perro.

—¿Siempre está cansado como un perro después de haberse levantado temprano?

—No. Pero lo estaba anoche.

—¿No tuvo ninguna otra razón para irse temprano a acostar?

—Estaba algo aburrido. Townsend y el párroco juntos en una sola habitación son demasiado.

No me di por aludido, por supuesto, diciendo para mis adentros que no me dejaría llevar a sospechar de Strickland por el mero hecho de que tratara de ser grosero conmigo.

—¿Y sin embargo, a pesar de estar tan cansado, no se acostó en seguida?

—Tenía muchas cartas que escribir.

—Deben de haber sido urgentes.

—Lo eran.

—¿Cuándo salió de su dormitorio?

Sin un segundo de vacilación Strickland dijo:

—Cuando oí los gritos.

—¿No antes?

—No.

—¿Oyó a Mary Thurston cuando fue a acostarse?

—No que recuerde.

—¿No oyó voces que venían del cuarto de ella?

—No. La radio estaba encendida justo debajo.

—¿No sospechó que hubiera alguien en el cuarto de ella esa noche?

—Naturalmente que no.

—¿Su ventana estaba abierta?

—No lo creo.

Lord Simon miró a Strickland a la cara por un momento, y luego con un gesto dio a entender que no tenía más preguntas.

—Monsieur Strickland —dijo Picon—, voy a hacerle una sola pregunta. Es acerca de esos terribles gritos. Tenga la bondad de pensar con cuidado antes de decirme lo que quiero saber. Es un asunto insignificante, pero muchas cosas dependen de él. ¿De dónde vinieron los gritos?

La ridícula pregunta me habría sorprendido más si no la hubiera oído ya cuando le fue formulada a Stall. Aunque me di cuenta de que era muy poco original de mi parte y aunque sabía que siempre se había demostrado que mis reparos ante esta pregunta eran totalmente equivocados, no pude evitar pensar que el hombrecito por fin había perdido un tornillo.

—¿De dónde vinieron? —repitió Strickland—. De la habitación de Mary Thurston, por supuesto.

—¿Está seguro?

—Pues nunca se me ocurrió dudarlo.

—*Précisement*. ¿Es por eso que está seguro?

—No. No, incluso cuando los oí por primera vez supe que venían del cuarto de Mary Thurston.

Monsieur Picon le miró, como si esperara una confirmación, pero al parecer decidió dejar las cosas así. Strickland fue hasta el botellón y se sirvió un trago.

—Para mí esto es de tercer grado —dijo con una sonrisa medio pusilánime—. Necesito un buen trago.

Alec Norris, que siguió, pudo decirnos muy poco. Su habitación estaba en el otro extremo del corredor, y no había oído nada, dijo, hasta que estallaron los gritos. No había visto a nadie después de ir a acostarse, excepto a Enid, que entraba en el cuarto de Williams cuando él volvía del baño.

—¿Se dio un baño?

—Sí; siempre me baño por la noche. Después trabajo, y me aclara la mente.

—¿Luego volvió a su habitación?

—Sí. Y me senté a escribir.

—¿Por lo general se viste después de bañarse por la noche?

—Siempre, si voy a trabajar.

Habló con precisión y calma. Toda huella de la histeria que exhibió al principio

había desaparecido. La cabeza tipo calavera estaba erguida, y los ojos buscaban los del interrogador.

—Usted fue el primero en llegar a la puerta de la señora Thurston. ¿Puede recordar el orden en que llegaron los otros?

—Creo que sí. Primero Thurston, corriendo escaleras arriba como un loco, seguido por Williams y Townsend. Luego Strickland de su cuarto, luego Fellowes, creo, desde arriba, y, medio minuto después, Stall, también desde arriba.

—¿Vio a Enid?

—Sí. Pero no durante algunos minutos. Creo que la vi después de que echaran la puerta abajo. Salió de la habitación de Thurston blanca como un papel. Fellowes le habló, y ella corrió escaleras abajo.

—Tiene una muy buena memoria, señor Norris.

—Tengo una memoria entrenada.

Inesperadamente, monseñor Smith se volvió hacia él.

—¿Tengo entendido, señor Norris, que anoche expresó su interés hacia el crimen desde lo que usted llamó el punto de vista psicológico?

—Algo por el estilo.

—Suponiendo que la frase tenga algún sentido, ¿encuentra que este crimen en particular es interesante desde el punto de vista psicológico?

Alec Norris le miró, y por un momento me pareció que una sombra le atravesaba el rostro.

—No comprendo este crimen —dijo al fin.

—Yo tampoco —dijo Sam Williams con tristeza.

Y ahora el párroco, pensé con placer. Pues de todos los que habían sido interrogados ninguno, desde el principio, me había parecido tan capaz de hacer o decir algo imprevisible como Rider. Me había parecido, en la noche del crimen, la única persona rodeada de verdadero misterio. Con su aspecto grotesco, su fama de excéntrico y fanático, aquella extraña pregunta que me hiciera el día anterior, y, lo más singular e inexplicable, el hecho de haberlo hallado arrodillado junto a la cama de Mary Thurston sólo veinte minutos después del asesinato.

Sin duda, pensé, después de tantas cosas en el aire, los investigadores le extraerían algo concreto a este hombre. Sin duda hasta yo vería ahora esa «luz» que guiaba a monsieur Picon.

El párroco sonrió nervioso pero cortés al entrar, y se sentó con rapidez. No dejó de entrelazar los largos dedos frente a su pecho. Yo estaba seguro de que él también tenía miedo de algo. Esperó ser interrogado como si de cualquiera de las inocentes preguntas pudiera sobrevenir el desastre. Y sin embargo, pensé, le era difícil concentrarse. Su mente nerviosa volaba, y los ojos pálidos miraban vacíos. Algo sí era cierto: este hombre sufría.

—Perdónenos por molestarlo, señor Rider —comenzó lord Simon—. Pero, esperamos que pueda ayudarnos.

—Haré todo lo posible.

—¿Hace mucho que conoce a los Thurston?

—Desde que viven aquí. Han concurrido a mi iglesia, y han tenido la bondad de invitarme a la casa con mayor frecuencia de la que podía aceptar. Sabe, no tenía medios para devolverles la hospitalidad. Mi casa... —Se encogió de hombros y dejó de hablar como si acabara de darse cuenta de que quizás estaba hablando de más.

—¿Había algo en la casa que, digamos, le molestara? ¿Algún proceder, digamos, que le preocupara?

—Creo que no.

—Sin embargo anoche le preguntó al señor Townsend si no había notado «nada malo».

El párroco palideció.

—El señor Townsend, a quien entonces consideraba un joven discreto y de buen juicio, pudo haber visto evidencias que se me han escapado.

No había dudas de la indignación de su mirada. Me di cuenta de que mi papel como asociado de los investigadores traía consigo una sanción. Por cierto, me había ganado al menos dos enemigos.

—¿Evidencias de qué? —preguntó lord Simon sin levantar la voz.

—Evidencias de... escándalo. Yo había oído rumores.

Por primera vez en mi breve conocimiento de lord Simon le vi mostrar señales de enojo.

—¿Y consideró su deber investigar y verificar esos rumores?

—Sí.

—¿Ir a una casa a la que se le había invitado e interrogar a otro invitado sobre ellos?

—Sí. —Luego, muy quedamente, casi con timidez, agregó—: ¿Nunca sintió que era su deber llevar a cabo esos interrogatorios?

Lord Simon no se molestó en contestar. ¿Por qué iba a hacerlo? Sus preguntas eran impulsadas por su determinación a encontrar la verdad sobre el crimen, las del párroco eran chismes de comadres, si no algo peor.

—¿Y con exactitud qué eran esos rumores?

—No me agrada revivirlos ahora. *De mortuis, sabe, de mortuis.*

—Señor Rider, no me parece que sea éste el momento para que usted saque a relucir sus escrúpulos para hablar mal de otra persona, aunque esa persona esté muerta. ¿Cuáles eran esos rumores?

—Se ha dicho en el pueblo, y así llegó a mis oídos, que existía una especie de... entendimiento, entre la señora Thurston y el chófer.

Para todos nosotros, creo, llegó la desilusión que debe de sentirse cuando un inminente escándalo resulta ser un halo de noticias viejas. Yo, al menos, esperaba que Rider revelara algo nuevo.

—¿Usted ha tenido alguna evidencia de eso?

—No en realidad.

Lord Simon hablaba y actuaba como si tuviera un olor desagradable en la nariz. Era obvio que le desagradaba el aspecto del párroco.

—¿Y lo que oyó no le impidió aceptar la invitación de los Thurston a cenar anoche?

—Creí mi deber...

—Ah, sí. Me olvidaba de su deber. ¿Sabía que era hábito de la señora Thurston retirarse a las once de la noche?

El párroco miró a lord Simon en silencio.

—No —dijo al fin.

—A pesar de haber cenado aquí, ¿muy a menudo?

—Sí, muchas veces, muchas veces.

—¿Nunca se quedó a charlar con el doctor Thurston después de que la señora Thurston se hubiera retirado?

—Algunas veces.

—¿Y nunca oyó comentar que las once era su hora de irse a acostar?

—Ahora que lo menciona, me parece recordar algo por el estilo.

—¿A qué hora salió de la casa?

—Serían las once menos veinte, creo.

—¿Sabía entonces, cuando se fue, que pronto la señora Thurston se iría a la cama?

—Me habría acordado, de haber pensado en eso.

—¿De qué estuvo hablando con ella? Los dos estuvieron sentados solos un rato.

—Ah, de asuntos de la parroquia. Me dijo, recuerdo, que Stall, el mayordomo, que canta en el coro, pronto la dejaría.

—¿Expresó pesar?

—Oh, sí. Estaba muy contenta con él.

—¿Y usted?

—Tenía una buena voz de bajo.

Lord Simon se reclinó en la silla. Yo aparté los ojos del rostro pálido y contraído del párroco para observar el de su interrogador. Quizás fuera porque se aproximaba ahora a las preguntas más serias que lord Simon abandonó todo rasgo de enojo o disgusto y volvió a ser el de siempre, lento al hablar y en apariencia decadente.

—Bien, señor Rider, usted parece afecto a investigar en secreto. Fija la vista en la mala conducta de la gente y esas cosas. Apreciará las dificultades de un colega, y hará lo que esté en sus manos para sacarlo del agujero, ¿no? La cosa es que puede ayudarnos muchísimo. Espero que haga lo posible por responder a mis tontas preguntas. Ahí voy. Cuando salió de la casa, ¿adónde fue, con exactitud?

Era, estoy seguro, esta mismísima pregunta la que el párroco temía. Tragó saliva como alguien con garganta inflamada.

—Yo... decidí irme a casa cruzando el huerto.

—Veamos, es donde termina la casa, ¿no? ¿No se ve desde ninguna ventana?

—Así es. Hay un camino que lo atraviesa y da justo al jardín de la parroquia.

—¿Y usted tomó ese camino?

—Sí.

—¿Y se fue a su casa?

Pensé que ninguna de las preguntas formuladas esa noche habían provocado un silencio tan expectante como aquél. El párroco trabó y destrabó los dedos y mantuvo los ojos bajos. Cuando respondió, apenas se le oyó.

—No —dijo.

—¿No? ¿Adónde fue, entonces?

—A ningún lado. Me quedé en el huerto.

—¿Recogiendo fruta?

—No. No. No debe interpretarme mal. Me quedé en el huerto con una tremenda aflicción. Caminé y caminé atormentado.

—¿Qué le sucedía? ¿Se había sentado sobre un hormiguero o algo así?

—Lord Simon, esto no es asunto de risa. Estaba muy angustiado. Cuando le dije que la señora Thurston y yo habíamos hablado de asuntos de la parroquia, le dije una verdad a medias. También hablamos del chófer. La señora Thurston admitió que le tenía cariño. Ciertamente, dijo que su cariño era el de una madre por su hijo. Pero yo sabía, sentía que no era así.

—*Honi soit...* —observó lord Simon—. De modo que eso le hizo caminar y caminar por el huerto durante, ¿cuánto tiempo?

—Estaba en el huerto cuando oí esos gritos desconsolados.

—¿Estaba allí? Debe de haber caminado una media hora, entonces.

—Eso supongo. Perdí la noción del tiempo. Y no pude decidir qué hacer. Pasaron algunos minutos, creo, antes de que reuniera coraje para volver a la casa. Pero al fin logré hacerlo. Fui a la puerta del frente y llamé al timbre. Me abrió Stall. Le pregunté qué había sido ese ruido y él me contestó: «La señora Thurston... en su cuarto. La han asesinado, señor». En seguida pregunté por el doctor Thurston, sintiendo que mi lugar estaba a su lado. Stall me dejó solo para hallarlo, pues él tenía que volver con la criada, que había tenido un ataque de histeria. Corrí al dormitorio y allí encontré el lastimoso y terrible cadáver de la pobre mujer. Hice lo que pude: me arrodillé a su lado. Así me encontraron.

Al terminar, el señor Rider hizo algo muy embarazoso. Escondió la cara entre las manos y se puso a llorar con violencia. El ruido se oía con claridad en esa habitación en silencio. Tampoco esta vez pude creerle (y confío en mis intuiciones) que llorara por Mary Thurston.

La voz de monseñor Smith lo interrumpió.

—¿Dónde trabajaba antes de venir aquí, señor Rider? —preguntó.

Obviamente, pensé, trata de aliviar al hombre haciéndole hablar de sí mismo de un modo menos comprometido. No podía haber otra explicación para una pregunta tan inconexa.

—Fui asistente del párroco en una parroquia de Londres.

—¿Y vino directamente a este trabajo?

—No. Tuve una... crisis nerviosa. El trabajo de Londres... Estuve enfermo un tiempo.

—¿Le importaría revelarnos la naturaleza de su enfermedad?

El párroco le miró boquiabierto.

—No fue nada serio. Sufría de ciertos delirios. En realidad —dijo, haciendo el anuncio con mucha solemnidad—, pensaba que era la Reina Victoria. Durante varios meses hablé exclusivamente en la primera persona del plural y tuve la desdichada costumbre de envolverme una chalina alrededor de la cabeza como si fuera la cofia de la viuda. Pero todo eso ha terminado, y me alegro. Me recuperé por completo hace siete años, y no he sufrido ninguna recaída desde entonces.

Por cierto que, si sólo esperábamos lo imprevisible, el señor Rider no nos desilusionaba. Sin embargo, fue necesario un hombre con la percepción e imaginación de monseñor Smith para descubrir que había sido algo más que un excéntrico, aunque ahora, al mirarlo, con las pálidas mejillas sucias de lágrimas y los ojos encendidos en una mirada ausente, me di cuenta de que tendría que haberlo visto mucho antes.

Monsieur Picon, quien se había mostrado perdido en los momentos de mayor histeria del párroco, volvió ahora a lo práctico.

—Estando en el huerto, *m'sieur* —dijo con amabilidad—, ¿no veía ninguna ventana de la casa?

—No.

—¿Para nada? ¿Durante todo el tiempo que estuvo allí?

—No.

—¿No recuerda si alguna ventana en el frente de la casa estaba iluminada?

—No.

Yo deseaba que Picon le dejara tranquilo. Estaba seguro de que el pobre hombre iba a volver a estallar en esos embarazosos sollozos.

—¿Dónde, *précisément*, estaba cuando oyó el grito?

No me equivocaba. En lugar de responder, el párroco una vez más se cubrió la cara.

—Déjeme, por favor —dijo—. He hecho daño. ¿Pero quién no? ¿Quién de ustedes está libre de culpa? Y el mal que he hecho no tiene nada que ver con ustedes. Nada. No puedo decir ninguna otra cosa para ayudarles a encontrar al asesino. Déjenme tranquilo.

Se puso de pie, tambaleándose y se dirigió a la puerta. Vi a los investigadores intercambiar miradas decepcionadas.

—Considero a ese hombre un fisgón de lo más desagradable —comentó Sam Williams, cuando la puerta se cerró detrás del señor Rider.

—Bueno, de todas maneras ya hemos escuchado a todas estas damas y caballeros, y, por lo que a mí respecta me convendría dormir un poco —dijo lord Simon.

Me sorprendió, y me decepcioné ante este anuncio. No dudé ni por un momento, mientras transcurría el interrogatorio, que los investigadores completarían sus teorías cuando éste terminara, y que veríamos el esperado arresto antes de irnos a la cama. Ellos al menos parecían saber adónde les llevaban sus preguntas, y aunque yo no tenía ninguna pista lo achaqué, con bastante convencionalismo, a mi propia inexperiencia y torpeza.

—Pero... ¿no sabe quién es el asesino? —le pregunté a lord Simon asombrado.

—En lugar de decirle lo que sé —me replicó—, déjeme recordarle algunas de las cosas que ignoro. Ignoro quién es el señor Sidney Sewell. Ignoro quién es el hijastro de la señora Thurston, o si los dos son una misma persona...

—Tampoco —interrumpí con sarcasmo— sabe si a su primer esposo le gustaban los huevos revueltos o duros, ni quién pudo haber sido su tatarabuela. Pero hablando en serio, Plimsoll, creo que si ha resuelto este caso debe contármelo.

Lord Simon me dirigió una mirada resignada.

—No se agite, muchacho. Estoy haciendo lo posible.

—¿Sabe cómo lo hicieron?

—Tengo algunos indicios.

—¿Y sabe quién lo hizo?

—Tengo mis sospechas, como dicen los policías.

—¿Entonces por qué no puede decírnoslo? —interrumpió Sam Williams—. Esta atmósfera de desconfianza es muy desagradable.

—Es un poco de la vieja vanidad profesional. Quiero completar mi caso, y todo eso. En serio, todavía no está completo. De ninguna manera. La sospecha no hace bien a nadie. Lo que todos queremos es la certeza. Déjenme el día de mañana y veré lo que puedo hacer. Sí, Butterfield.

El ayuda de lord Simon había entrado en la habitación y esperaba a que su patrón terminara de hablar.

—Creo tener lo que necesita, milord —dijo, y le entregó un pedazo de papel sucio.

Lord Simon lo miró, silbó y se lo dio a Picon. Fue pasando de mano en mano y cuando llegó a mí reconocí de inmediato la letra infantil de Mary Thurston. Decía:

Querido mío:

Siento mucho lo de ayer. Debo hablar contigo esta noche a la hora de siempre. No estés enojado conmigo. Haría todo lo que esté en mis manos para hacerte feliz. Sabes que te quiero. Que nada te detenga esta noche.

—¿De la *chambre* de Stall, por supuesto? —dijo Picon.

—Sí, señor.

Yo estaba contagiado por todos los razonamientos y conclusiones.

—Pero —dije—, si Mary Thurston ya se había citado con Fellowes mediante sus instrucciones acerca de la trampa para las ratas, ¿por qué iba a enviar esta nota?

La respuesta de lord Simon fue amable pero aplastante.

—En primer lugar, ¿cómo sabe que esta nota estaba dirigida a Fellowes? En segundo lugar, ¿qué le hace pensar que fue enviada anoche?

Miré el mugriento pedazo de papel.

—No. Supongo que es viejo.

Butterfield tosió.

—Lo he sometido a las pruebas usuales, milord —dijo—, y descubrí que la tinta tiene al menos un mes.

Seguía hablando cuando noté que lord Simon se había tirado la ceniza del cigarro sobre la chaqueta. Sin vacilar, Butterfield sacó un cepillo del bolsillo y la cepilló.

—Esto, *en tout cas* —dijo Picon, sosteniendo el papel a la luz—, fue el instrumento del chantaje.

—Eso parece —bostezó lord Simon—. Bueno, voy a dormir un poco. Mañana quizás tenga un largo camino por delante.

—¿Sí? ¿Para qué? —pregunté, cumpliendo mi papel como interrogador con presteza.

—Para encontrar a Sidney Sewell —respondió.

—¿Piensa que eso implica recorrer un largo camino? —pregunté, pues ya tenía mis teorías al respecto.

—Muy probable. Bueno, buenas noches a todos. —Se retiró, seguido a respetuosa distancia por Butterfield.

—Y yo también quizás tenga que ausentarme un poco —dijo monsieur Picon.

Me empezaba a gustar la cosa.

—¿Usted también? ¿Y adónde irá, monsieur Picon?

—¿Yo, *mon ami*? ¿Quién sabe? Quizás a Morton Scone, para ver si la bandera sigue, como dicen ustedes, a media asta.

Sonrió contento del chiste. Desde el vestíbulo oí a lord Simon ofrecerle llevarlo al pueblo, lo que aceptó.

—¿Ha pensado —murmuró monseñor Smith— qué extraño que Rider se creyera la Reina Victoria? Yo habría dicho Isabel para él. Pues cuando un hombre cree ser

una reina, es de esperar que elija a la reina que creía ser un hombre.

Ignoré el comentario y me volví hacia Williams.

—¿Qué piensa? —le pregunté por decir algo—. ¿Avanzamos?

—Yo no, por cierto. Y a veces me pregunto si los demás no estarán igual. ¡Si hubiera un solo hecho que tuviéramos por seguro! Si hubiera un testigo en cuya palabra pudiéramos confiar. Pero ¿qué pasa? Los sirvientes resultan ser exconvictos, Strickland está cargado de deudas, Rider ha estado loco, si no lo sigue estando, Stall es un chantajista, y en cuanto a Norris, un escritor neurótico, en el que no confiaría ni un segundo. ¿Qué va a pensar uno?

—Sólo podemos recurrir a lo que vimos con nuestros propios ojos.

—Sí, a Mary Thurston, asesinada en un cuarto cerrado con llave, del cual nadie pudo haber escapado por la ventana porque no tuvo tiempo, ni por ningún otro lado porque no había lugar.

—Y sin embargo el tiempo y el lugar son los instrumentos de los asesinos —dijo monseñor Smith—, es decir, si son asesinos inteligentes.

Una vez más ignoré su comentario.

—Carecemos de hechos para continuar. Si averiguáramos quién se llevó la bombilla, sería un paso adelante.

—¿Le parece? —trinó monseñor Smith—. Porque se haya cometido un crimen a la luz no veo por qué debe haber por fuerza luz sobre el crimen.

—¡Caramba! —dije, pues empezaba a exasperarme.

El sargento Beef manipulaba su inmensa libreta. Tosió imparcial.

—Ahora que se han ido esos señores aficionados —dijo al fin—, hay una o dos preguntas que me gustaría hacer.

Williams sonrió bondadoso.

—¿En serio, Beef? ¿Y a quién quiere hacérselas?

—A usted, señor. Y a este caballero. —Me señaló a mí.

—Adelante, entonces —dijo Williams—. Pero recuerde que son casi las doce de la noche.

—Sí, señor, pero no he sido yo el que los ha detenido aquí hasta esta hora, hablando de banderas a media asta, hijastros y sólo el cielo sabe qué más que no tiene nada que ver con el asesinato. He tenido que esperar para hacer mis preguntas. Primero —dijo, pasándole la lengua al lápiz—, primero, tengo entendido que anoche estuvieron hablando de asesinatos misteriosos antes de la cena. ¿Recuerda quién sacó la conversación?

—Yo no. ¿Usted, Townsend?

Aunque me pareció perder el tiempo, hice lo posible por recordar, pero sin éxito.

—No, no se me ocurre. ¿Por qué? ¿Es importante?

—Muy importante —dijo Beef solemne—. Muy importante.

—No se me ocurre cómo —repliqué, pues me parecía que Beef sólo hacía preguntas porque los otros las habían hecho, y para quedar bien ante nosotros.

—Bien, pero lo es. Y ahora otra cosa. ¿Cuánto tiempo les parece que duró el juego?

—¿Qué quiere decir, Beef? ¿Qué juego? —preguntó Williams.

—Ése entre la señora Thurston y Fellowes.

—Escúcheme, Beef —dijo Williams poniéndose en pie—. Lo mejor que puede hacer es olvidarse de eso. No nos gustaría que se hablara del tema en el bar del pueblo. Quizás no hubiera nada de cierto en todo el asunto. La señora Thurston era una señora de muy buen corazón y a veces muy indiscreta. Pero no había nada en ella que pudiera dar pie a los murmuradores.

—No tengo costumbre —dijo Beef con pesada dignidad— de hablar de ese tipo de cosas en el pueblo. Y sucede que es útil para mis investigaciones que lo sepa.

—No puedo decírselo, lo siento —dijo Williams cortante—. Ya he dicho que no sabía nada de ese rumor.

—Y sin embargo había algo —dijo Beef con más vehemencia—. ¿Cómo explica la carta, si no? Eso no tiene nada que ver con su buen corazón.

—¿La carta? Pudo haber sido cualquier cosa. Pudo haber sido escrita hace años. Pudo ser para su esposo.

—Bien, Stall pudo apretarle las clavijas con eso, igual. Era más importante de lo que parece.

Williams se volvió hacia mí.

—Considero desagradable la forma en que se desentierra todo tipo de cosas en estas circunstancias, y se ensucia todo. La culpa la tiene Plimsoll. Usted conoció a Mary Thurston, Townsend. No me deja mentir cuando digo que era una buena mujer y que todas estas patrañas no tenían nada que ver con ella.

—Por supuesto.

—Lo que me gustaría saber —dijo el sargento— es si el doctor tenía idea de lo que había en el aire.

Williams estaba furioso.

—Beef —dijo—, está utilizando su posición para tratar de revolver ofensas que no existen. Voy a quejarme al comisario de esto. Es injurioso que un hombre de su clase pueda venir aquí e intente infectar una tragedia con la suciedad que sólo existe en su mente. Le digo de una vez por todas que el que mató a Mary Thurston, no sé por qué motivo, no fue impulsado por nada deshonroso en la vida de ella. Los he conocido a ella y a su esposo durante muchos años y eran decentes, rectos y dedicados el uno al otro de una manera que usted no podría quizás nunca imaginarse. Ahora por favor no vuelva a decir nada más por el estilo.

—Sólo cumplo con mi deber, señor —dijo Beef. Y siguió un silencio bastante

incómodo. Al fin el sargento se volvió hacia mí.

—Hay una pregunta que quería hacerle, señor.

—¿Sí?

—Es sobre cuando usted fue a revisar los jardines. ¿Cuánto tiempo calcula que estuvo afuera?

—Diez minutos, más o menos, diría.

—¿Y los señores Norris y Strickland estaban con usted?

—Sí.

—Gracias, señor. Y buenas noches a todos. —Para nuestro alivio cerró la libreta y se fue.

Cuando monseñor Smith se fue también a la cama, encaré a Williams. Me había gustado mucho su defensa del buen nombre de Mary Thurston.

—Y bien, amigo —dije—, entre usted y yo, ¿tiene alguna sospecha?

Negó con la cabeza. Vi ahora, al estar junto a él, que parecía enfermo y cansado.

—Una o dos veces me ha parecido que usted, Thurston y yo somos los únicos que hemos mantenido la cordura. Todos parecían un poco histéricos esta noche, ¿no le parece?

—Ha sido bastante agotador. Me alegro de que nosotros no hayamos tenido que pasar por eso. Pero estos detectives parecen muy confiados.

—Claro, y van a capturar al asesino. Nunca fallan.

—No. Si es que hay un asesino.

—¿Qué diablos quiere decir?

—Bien, Townsend, ya se lo dije. No soy persona de creer en lo sobrenatural. Pero cuando termina la razón, ¿qué se hace? Con mis propios ojos vi a Mary Thurston asesinada acostada en la cama. Con mis propios ojos registré la habitación mientras usted se quedaba en la puerta. Estuve en la ventana noventa segundos después del último grito. Y no había nadie. Le digo, aunque se ría de mí, que no puedo creer que estemos tratando con un asesino humano. De lo contrario, tiene medios para moverse todavía desconocidos para la ciencia.

Si Williams hubiera dicho todo esto la noche anterior quizás se habría perturbado más. Pero ahora pensé en monseñor Smith. Y supe que lo que llamaba «místico» en su charla, él lo llamaría «una cuestión de hecho». Y yo sabía, de alguna manera, que la superstición no podía vivir en su presencia, y que cualquier cosa que él hiciera echaría por tierra los absurdos disparates de Williams.

—Vamos —dije—, tratemos de dormir un poco.

Pasé muy mala noche. Al recordar ahora todo aquel horripilante suceso creo que la peor parte fue este período, cuando nosotros tres, los que no éramos ni investigadores ni sospechosos, flotábamos en un desagradable estado de duda, sin saber de quién sospechar. A menos que uno sea malicioso por naturaleza es horrible pensar que las personas que rodean a uno son asesinos en potencia.

Me desperté antes del amanecer, y después de revolverme en la cama durante varias angustiosas horas, me vestí y bajé. Acababan de encender el fuego, que tenía ese melancólico carácter que le da el humo, desalentador aún poniéndose frente a él. Pero al mirar por las largas ventanas vi que era una mañana gloriosa, tibia y tranquila, como si el otoño hubiera vuelto arrepentido por un día. En seguida decidí ir caminando hasta el hotel y ver a lord Simon. Me parecía que él podría serenarme. Había admitido tener sospechas, y yo tenía razones para creer que sus sospechas eran tan buenas como las certezas de otras personas.

Stall estaba en el vestíbulo y me dio los buenos días como si éste fuera un fin de semana como cualquier otro, y yo un invitado común y corriente. Tenía la certeza de que Stall era por lo menos un chantajista, si no algo peor, así que en este caso no se trataba de una mera sospecha. Apenas le hice una inclinación de cabeza como respuesta y le dije que no me quedaría a desayunar.

Fue agradable caminar por la conocida calle del pueblo en el claro aire de la mañana y mi espíritu se animó un poco. Esa noche, de todos modos, alguno de los detectives pondría el punto final a nuestra desconfianza, y podríamos volver a nuestras vidas normales. Y entretanto era un día espléndido.

Miles limpiaba los broncees de la puerta del hotel. Le pregunté si lord Simon no se había levantado todavía.

—Sí, señor —respondió, sin el tono desafiante de la noche anterior—, hace un rato que se ha levantado. Su ayuda acaba de bajar a buscar el desayuno de Su Señoría. Lo encontrará en la salita al final de la escalera.

—Gracias, Miles —le dije. Otra vez esta incómoda duda sobre cómo debía comportarse uno. No tenía el menor deseo de codearme con un asesino, pero este individuo había sido muy amable.

Contra un fondo atrozmente incongruente estaba sentado lord Simon esperando su desayuno. La habitación se hallaba repleta de una horrible miscelánea de chucherías y adornos, baratijas y todo tipo de cachivaches, lo que estuvo de moda hacia fines del siglo. La cabeza de lord Simon presentaba una forma sobria contra una enorme caja con pájaros embalsamados, posados, en una grotesca parodia de naturalidad, sobre ramas cubiertas de líquen. Había festones de encaje sobre paño verde en la repisa de la chimenea, y la campana era de un diseño tan intrincado como

un edificio oriental. La pantalla de la chimenea, pintada con descomunales y chillones claveles, estaba a un lado, y había una alfombra negra de lana frente al fuego y un ramo de penachos en una jarra enlosada, en un rincón. La mesa estaba cubierta con un mantel verde con borlas; los muebles eran de caoba, había cortinas de muselina colgadas de grandes aros de bronce y escabeles en lugares insólitos.

—Adelante, si es capaz de soportarlo —dijo lord Simon, al verme vacilar—. ¿Ve lo que tiene uno que sufrir en aras de la verdad? ¿Había visto alguna vez algo igual? ¡No puede ser cierto! —dijo, mirando a su alrededor—. ¿Ha desayunado?

Le expliqué que no había podido esperar en casa de los Thurston, que estaba ansioso por verle lo antes posible.

—Bien. Desayunaremos juntos. —Y Butterfield, que entraba en ese momento con una bandeja, fue a buscar otro desayuno.

—He venido a verlo tan temprano porque esperaba que pudiera decirme algo. Sabe, es muy desagradable sospechar de todos los de la casa por turnos. Anoche apenas pude dormir.

Lord Simon asintió y me sirvió riñones con tocino.

—Lo sé. Es molesto. Uno está a punto de invitar a alguien a jugar al golf y recuerda que puede ser un asesino. O alguien sugiere dar un inocente paseo y uno se sorprende pensando si regresará de él.

—Exacto —dije—. Y ya que me comprende tan bien, espero que me lo aclare todo. ¿Quién mató a Mary Thurston?

Lord Simon puso cara de afligido, como habría hecho cualquier investigador famoso al ser enfrentado con una pregunta tan directa, y como en este momento volvía Butterfield con otra bandeja, se afanó en servir más desayuno.

—Una cosa del crimen —comentó— es que da buen apetito. —Y se concentró en los riñones.

—Pero... —volví a insistir.

—Le diré lo que hice —dijo lord Simon contento—. Encontré a Sidney Sewell.

—¿Lo encontró? ¿Dónde? ¿En la casa de los Thurston? ¿En otro lugar?

—En el sitio más obvio, un libro. Donde tenía que haber buscado desde el principio.

—¿La *Guía Telefónica de Londres*? ¿O el *Quién es quién*?

—No. No. En un atlas.

—¿En un atlas? ¿Quiere decir que... es un lugar?

—Así es. Es un pueblo a unos setenta kilómetros de aquí. Ahora voy para allá. ¿Quiere venir?

—Pero, no entiendo. Si no es una persona, sino el nombre de un pueblo, ¿qué sentido tiene ir?

—No hay que hacer demasiadas preguntas —me advirtió lord Simon, algo

socarrón—. Eso no se hace en los mejores círculos de detectives. Pero no me molesta decirle esto: creo que nuestra visita servirá para aclarar otro asunto que me está preocupando. El hijastro, un tipo muy esquivo. Querría hablar con él.

—¿Y usted piensa...?

—Es todo lo que pienso por el momento —dijo lord Simon, encendiendo el primer cigarro del día.

—Bueno, sí que me gustaría ir, si esto puede aclarar las cosas.

—Muy bien. Ahora... —dijo, volviéndose hacia una pila de papeles a su lado—, hay una subasta en Hodgson's hoy. Tendría que haber ido. Es muy molesto confundir los intereses.

Encontró el catálogo que buscaba y comenzó a estudiarlo con cuidado. Luego llamó a Butterfield.

—Escúcheme, Butterfield. Vaya inmediatamente a Londres, por favor. Podríamos conseguir uno o dos lotes. No es nada del otro mundo, pero usted no tiene mucho que hacer aquí. He escrito el precio máximo junto a los libros que me gustaría que comprara. Sírvase. Está el manuscrito original del *Parlement of Fowles* de Chaucer. Eso puede conseguirlo. Ah, y también hay una Biblia de Faust, una primera edición sin fecha, se supone de alrededor de 1450. Muy interesante la historia de ése, Townsend. Es el responsable de toda la parafernalia de leyendas del doctor Fausto. Pobre tipo, no era más que un librero irritable. Imprimía sus Biblias, las mandaba a París donde nadie había oído hablar de la imprenta, y las vendía como Biblias manuscritas a sesenta coronas cada una. Esto provocó una huelga entre los copistas de Biblias, que no podían copiarlas por menos de trescientas coronas, pobres diablos. Se creyó que el doctor Fausto estaba asociado con el diablo, porque podía producir todas las que quisiera vender a ese precio. Se supone que las letras rojas eran su sangre. Entonces le registraron sus habitaciones y se quedaron con las existencias que hallaron. Extraño, ¿no? Y todo porque las vendía como manuscritas. De todos modos, aquí haya un ejemplar, Butterfield, que me gustaría tener. *Biblia Sacra Latina Vulgata*. Veo que hay también una *Crónica de Inglaterra*, de Caxton, la edición de 1480. No estaría mal. Tienen un primer folio de Shakespeare, también. Mmm... ejemplar de trece por ocho y medio, tráigalo también. No es una subasta del otro mundo, comparada con otras a las que he ido. Sin embargo, creo que vale la pena que vaya, Butterfield.

Butterfield asintió con gravedad.

—Muy bien, milord —dijo—. Ah, aquí están las fotografías que me pidió, milord. Espero que sean de su agrado. La del señor Townsend está muy clara, creo.

—¿Mía? —pregunté incrédulo.

—Una formalidad, amigo —dijo lord Simon tranquilizándose.

Tomó los largos sobres que le tendía Butterfield y sacó una serie de retratos. Vi,

observando con ingenuidad, primero a Fellowes, luego a Miles, luego a Strickland, Norris y por fin una espantosa instantánea mía, muy vulgar.

—Caramba, Plimsoll —dije.

—No se preocupe, Townsend. Tuvimos que tomar fotos de todos los que encajaban dentro del límite de edad. Embarazoso, por supuesto. ¿Le fue muy difícil conseguirlas, Butterfield?

—Para nada, milord. Hallé un lugar donde tenía un buen ángulo y mientras esperé aparecieron todos, uno después de otro.

Lord Simon no insistió con sus preguntas.

Al rato empecé a contarle las extrañas preguntas que nos había hecho el sargento Beef a Williams y a mí la noche anterior, después de que él se fuera. Dije que no comprendía adónde quería llegar el sargento.

—Usted no conoce a la policía como yo —dijo lord Simon riéndose entre dientes.

—Pero parece muy seguro de saber quién es el culpable.

—Claro que lo sabe. No tiene más remedio. Los policías siempre están seguros, hasta que se prueba que están equivocados.

—¿De quién sospechará?

Lord Simon suspiró con algo de *ennui*.

—De Norris, diría yo.

—¿Por qué de Norris?

—Bueno, lo más que se puede obtener son destellos de la mente oficial. Pero diría que de Norris. ¿Sabe qué? Beef no sabe cómo salió el asesino de la habitación. Pero Norris estaba junto a la puerta cuando Thurston, Williams y usted llegaron. Él, según el razonamiento de Beef, estaba más cerca del crimen. Por lo tanto es culpable.

—¿En realidad piensan así?

—Mi querido muchacho, cuando uno los ha visto tanto como yo aprende que no piensan. Se limitan a suponer.

—¡Dios Santo! —dije, imaginándome a todos los asesinos de Inglaterra arrestados, juzgados y colgados por conjeturas.

—Claro que —admitió lord Simon— de vez en cuando aparece en el Cuerpo un destello de inteligencia. Pero en un caso como éste se necesita algo más que inteligencia. Para empezar, un mínimo de imaginación.

—Perfecto. Supongo que sin imaginación no habría descubierto la sogá en el depósito del agua.

—Es probable.

Yo casi me había olvidado de las sogas, y ahora que las recordaba me parecieron, a la luz del interrogatorio de la noche anterior, más misteriosas que nunca.

—Pero, Plimsoll —dije—, con respecto a esas sogas: ¿Cómo pudieron ser usadas? Juro que es imposible que alguien haya trepado desde la habitación de Mary

Thurston y haya recogido la soga al mismo tiempo. Desde el momento del último grito hasta que Williams abrió la ventana pasaron apenas dos minutos. No va a decirme que alguien pudo haber tenido tiempo de asesinar a Mary Thurston, atravesar la habitación, trepar a la soga, cerrar la ventana, subir hasta la ventana de arriba, entrar, y recoger la soga. No puede ser.

—Yo diría lo mismo. ¿Pero quién habló de subir por una soga? —preguntó lord Simon.

—Bien, porque si bajaba por ella —continué decidido— tuvo que tener un cómplice en el cuarto de arriba para recogerla. E incluso en ese caso dudo que las dos sogas juntas fueran lo bastante largas. Además, ¿y las huellas? Hay un parterre debajo de la ventana. ¿No me va a decir que tuvo tiempo de borrar sus huellas en la tierra? Y si fuera así, ¿quién lo hizo? Stall, Fellowes, Norris y Strickland llegaron todos a la puerta de la habitación demasiado rápido, no pudieron haber entrado por la puerta del frente. Sólo queda el párroco, o Miles, si su coartada no fuera tan buena como parece. Y de todos modos tendría que haber tenido un cómplice en la cámara de las manzanas.

Lord Simon sonrió.

—Se equivoca. Tiene que agarrar el otro extremo de la soga.

Conducía a una velocidad increíble, por supuesto. No iba a suponerse que nada menos que en la velocidad exhibiera una moderación tan poco característica. De modo que me recliné en el asiento del Rolls, y me enfrenté a la egoísta reflexión de que casi todos los demás coches eran más pequeños, livianos y frágiles que éste.

—Qué nombre tan extraño para un pueblo —observé—: Sidney Sewell.

—No mucho —respondió lord Simon—. Se lo parece porque la primera vez que lo oyó supuso que era el nombre de una persona. Cualquier lugar con dos nombres le parecería igual. Piense en Horton Kirby, por ejemplo, o Dunton Green. Chalfont St. Giles suena a villano de una novela victoriana, y no veo por qué habría de considerar que Compton Abdale (un pueblo en Gloucestershire) es más el nombre de un lugar que Compton Mackenzie. Depende de cómo lo oye uno por primera vez.

—¿Pero cómo se le ocurrió que Sidney Sewell podía ser un pueblo?

—No se me ocurrió, sino que lo busqué en todos los libros de referencia que encontré. Por casualidad había una guía telefónica vieja que conseguí en el correo y un Atlas de *Times* que encontré en el hotel.

Avanzamos en silencio por un estrecho puente a ochenta kilómetros por hora y diez minutos más tarde me alegré de ver, como una ráfaga, el cartel de Sidney Sewell en un poste. No era poco haber llegado hasta aquí sin caer en el desastre.

El pueblo era agradable y digno. La calle central estaba separada de las casas por amplias veredas de césped, que le daban al lugar un aspecto espacioso. La atravesábamos todavía a bastante velocidad cuando lord Simon aplicó los frenos con habilidad y nos detuvimos.

—¡Dios mío, mire eso! —me dijo.

Pero todo lo que vi fue la tranquila calle de pueblo frente a nosotros, con muy poco tránsito y casi ninguna persona a la vista. A nuestra derecha había una carnicería y desde la puerta el propietario nos miraba con indiferencia. A nuestra izquierda había una posada llamada el Halcón Negro, y un sedán azul estaba estacionado afuera. Al lado de la posada, más cerca de nosotros, había un garaje. Pero en ninguna parte en esta escena plácida y normal pude ver nada que pudiera haber provocado la exclamación de lord Simon. Reacio a admitir, sin embargo, que era menos perceptivo que él, esperé a que siguiera hablando.

—Este coche —dijo por fin—. ¿No lo reconoce? Es de los Thurston.

Volví a mirar el sedán azul. Era un modelo estándar de Austin. No veía cómo podría haberlo reconocido, y se lo dije.

Lord Simon pareció irritarse.

—¿Nunca ha oído hablar de números de matrícula? —preguntó—. Ése es el de Thurston.

Me di cuenta de que se esperaba que dijera algo para devolverle el buen humor a lord Simon, y del tono que debía usar.

—¿Entonces qué diablos está haciendo aquí? —pregunté.

—Bastante obvio, ¿no le parece? —dijo lord Simon, volviendo a sonreír con amabilidad.

Estaba, por supuesto, lejos de ser obvio para mí, pero era agradable volver con alegría a nuestros respectivos roles, y asentí.

Lord Simon, con un audaz viraje del gran automóvil, se metió en el garaje, y le dijo a un mecánico que quería dejarlo bajo techo durante más o menos media hora. Se fijó en que había un lugar en el extremo más alejado del edificio, fuera de la vista del camino, y salimos de allí.

Fuimos, sin embargo, sin pasar frente a las ventanas de la posada, hacia el patio de atrás, y llegamos a una puertita trasera. Llamó con suavidad y en seguida nos abrió una mujer.

—¿Sí? —dijo, no muy solícita.

—¿Podría decirnos por favor dónde están los señores que vinieron en aquel coche? El que está frente a su casa.

La mujer le observó con curiosidad.

—¿Y a usted qué le importa?

—No mucho. Pero soy muy curioso —dijo lord Simon sonriendo, y le dio un billete de diez chelines.

—Están en el bar privado —respondió ella enfurruñada.

—¿Cuántos son?

—Tres.

—¿Tres? Qué raro. ¿Hay otro bar?

—El pub.

—¿Se ve desde el de ellos?

—No. Hay mamparas de vidrio alrededor del mostrador, para que la gente no espíe.

—¿Pero el mismo mostrador sirve a los dos?

—Sí. ¿Quiere saber alguna otra cosa? ¿No tiene otra cosa mejor que hacer que andar haciendo preguntas?

—Sí. Algo mucho mejor. Tomaremos algo. Y lo tomaremos en el pub. Y no hablaremos allí, si a usted no le importa. Y usted no mencionará que estamos allí. Esto es para dos whiskies. A mi amigo le gusta el whisky, lo toma con langosta. Quédese el cambio. ¿Por dónde vamos?

La mujer nos guio a través de una cocina desordenada donde había ropa colgada a secar hasta una puerta y nos dejó solos con un gran gato. Nos sentamos en silencio y esperamos.

Las voces que llegaban desde el otro bar no eran altas, y no se entendía lo que decían. Pero se podía identificar a los personajes. Fellowes (le oí claramente decir «¡Salud, señor!»), Strickland, que pidió «¡Tres más!»), con su voz gruesa y baja y, para mi sorpresa, Alec Norris, cuya risa aguda sería reconocida en cualquier parte.

El aire olía a humedad, los anuncios en la pared estaban pasados de moda y eran deprimentes y las palabras de los que esperaban en el otro bar, imperceptibles. Me empezaba a poner muy impaciente cuando oí un movimiento, y la voz de Strickland se oyó más alta.

—Espere aquí entonces, Fellowes —dijo, y la voz se oyó desde el lado del salón—. No nos llevará más de un cuarto de hora.

Se oyó un ligero tintineo al cerrarse la puerta, indicando que era de vidrio como la nuestra, y luego el deslizarse de pies sobre el felpudo de hierro en la puerta. Mirando por la ventana del bar vimos a Strickland y a Norris que se iban juntos por el camino por donde entramos al pueblo.

Lord Simon no dudó. Se dirigió derecho al bar privado y encaró a Fellowes. Pero el chófer, aparte de dejar el vaso y mirarnos, no pareció inmutarse.

—Reunión interesante —dijo lord Simon—. Me pregunto qué estará haciendo usted aquí.

—Obedezco órdenes —replicó Fellowes.

—¿Ah, sí? ¿Órdenes de quién?

—Del doctor Thurston. Me dijo que llevara a estos caballeros a donde quisieran ir.

—¿Le preguntó, entonces?

—Sí. Claro que sí. Cuando me dijeron que querían que los llevara a algún lado en el coche, yo no podía llevarlos sin permiso. Así que le pregunté al doctor Thurston.

—¿Y él que dijo?

—Que no lo molestara. Que los llevara a cualquier lado.

—Así fue que decidió traerlos a Sidney Sewell.

Fellowes permaneció en silencio un momento.

—No —dijo al fin—. Ellos dijeron adónde querían ir.

—Ajá. ¿Así que no tiene idea de por qué eligieron este lugar?

—No.

—¿Usted no tenía especial interés en venir aquí?

—No.

—Qué bien usa los monosílabos, Fellowes.

—No sé lo que quiere decir.

Volvimos al pub. Lord Simon parecía tranquilo, pero enseguida vimos regresar a Strickland y a Norris. Fellowes debía de haberles advertido de inmediato de nuestra presencia, porque Strickland entró como una tromba y Norris le siguió.

—¿Por qué diablo nos sigue así? —preguntó Strickland furioso.

—Tranquilo, muchacho —dijo lord Simon—. ¿No puede uno dar una vuelta en el coche sin armar todo este revuelo?

—No diga tonterías, Plimsoll —gritó Strickland—. ¡Usted nos ha seguido! Claro que sí. Y usted, Townsend, moviéndose a hurtadillas con estos detectives de porquería, me da asco. ¿Quiere probar que yo fui el asesino?

A sus espaldas sonó una voz aguda.

—¿O sospecha de mí? —preguntó Alec Norris.

Lord Simon les sonrió con aburrimiento indiferente.

—Mis queridos muchachos, no se pongan así. Pronto sabrán de quién sospecho. Bonito lugar, Sidney Sewell. ¿Había estado aquí antes, Strickland?

—Estoy cansado de contestar a sus estúpidas preguntas, Plimsoll. Vamos, Fellowes, vamos a casa.

Y los tres se fueron. Desde la ventana vimos a Fellowes sentarse en el lugar del conductor, y a Strickland y a Norris atrás.

—Bien, bien, bien —dijo lord Simon.

La entrevista me había dejado incómodo. Si Strickland resultaba no ser un asesino, sería muy embarazoso volver a encontrarnos, pues sin duda yo parecía culpable de espionaje. Después de todo, la investigación era el trabajo de Plimsoll, pero para mí no habría excusa.

—Y ahora —dijo lord Simon mientras salíamos al pálido sol otoñal—, tengo que hacer otra visita. ¿Dónde encontraremos el correo?

Probé ser útil: paré a alguien que pasaba y le pregunté. Quedaba a unos cien metros por la misma calle, me dijeron, y hacia allí avanzamos.

—¿Le molestaría mucho esperarme afuera un momento? —preguntó lord Simon cuando llegamos a la pequeña tienda que combinaba sus actividades con las de estafeta postal—. Perdóneme los malos modales y todo eso, ¿eh?

—No se preocupe —dije, suponiendo que quería hacer una llamada telefónica privada.

Pero no tardó mucho en regresar, sonriendo de oreja a oreja. Yo empezaba a pensar que toda esta investigación me estaba dando hábitos de detective, pues ya había deducido que tenía que haber hablado con casa de Thurston, ya que no habría tenido tiempo de hacer una llamada de larga distancia. Pero, de pronto, dijo:

—Muy bien, esto lo aclara todo.

—¿Qué? —pregunté complaciente.

—La identidad del hijastro.

—¿Sabe quién es?

—Sí. Sé quién es.

—¿Entonces el caso está completo para usted?

—Absolutamente completo.

—¿Y no me lo va a decir?

—Lo siento muchísimo, amigo. Está en contra de toda etiqueta profesional. Se enterará esta noche, se lo prometo. Muy interesante, este caso. Muy interesante. —Y continuó sonriendo satisfecho mientras volvíamos a una velocidad algo menos fatal.

Después del almuerzo encontré a monsieur Picon en el jardín de la casa de los Thurston. Estaba agachado para arrancar unas hierbas de un parterre casi impecable. Sabiendo que uno de los investigadores había resuelto todo el problema, sentí que podía permitirme hablarle sin inhibiciones, y así lo hice.

—¿Y bien, monsieur Picon, ha completado su teoría?

—Ah, *mon ami*, es usted —dijo, levantando la vista—. Sin duda ya lo sabe todo, ¿no?

—No exactamente —admití.

—Para decir la verdad, yo tampoco. Anoche agotamos las preguntas. Ahora debemos buscar en otro lado.

Me hacía gracia pensar que, al fin de cuentas, lord Simon le había ganado al encontrar la solución.

—¿Dónde buscará ahora? —me limité a decir.

—En el corazón, mi amigo. Cuando el cerebro no ofrece ya nada, hay que buscar en el corazón, y ahí, *voilà!*, la verdad.

—Nunca le hubiera creído un sentimental —le dije.

—Esto no es sentimiento, es lógica. El corazón puede guiarnos tan certeramente como el cerebro. Y ahora, ¿me acompaña en una pequeña *promenade*?

—¿Lejos?

—Unos kilómetros. No muy lejos.

—¿Adónde diablos iré? —le pregunté.

—Al pueblo de Morton Scone.

No pude evitar la risa.

—Escúcheme, monsieur Picon —le dije—, no sé para qué quiere ir ahí, ni cuál es su teoría, pero le digo una cosa. No tiene por qué molestarse. Estuve con lord Simon esta mañana, y descubrió lo de Sidney Sewell. No es una persona, como pensamos todos, sino un lugar. Es más, fui con él esta mañana. Y mientras tanto habían llegado también Fellowes, Strickland y Norris. Así que lord Simon ya lo sabe todo.

—Su razonamiento, *mon ami*, es algo confuso. ¿Qué información recogió lord Simon de la llegada de este sugestivo trío y del pueblo de Sidney Sewell?

—Eso no lo sé, por supuesto. Pero me dijo que conocía al asesino.

—¿Y usted piensa que yo, Amer Picon, no conozco también al asesino?

—Pensé que eso era lo que todos estamos tratando de hacer —respondí con inocencia.

—Entonces estaba equivocado. Lo que tenemos que hacer no es saberlo sino probárselo a los demás. Si no lo logramos, ¿qué hemos ganado? El buen Boeuf arrestaría a su hombre y el asesino se iría en libertad.

—Pero lord Simon debe de saber eso. Después de todo, tiene casi tanta experiencia como usted.

—Puede ser. Pero a cada uno su método de prueba. Y parte del mío es un paseo a Morton Scone. ¿Me acompaña?

—Me encantaría. Pero si después de esto monseñor Smith quiere que vaya con él a Jericó, no me sorprenderé.

—No perdería nada —dijo Picon, serio—. Debe de saber mucho de la ciudad vieja. Pero vamos. No tenemos mucho tiempo.

Me llamó la atención el ritmo de su andar. Tenía las piernas cortas, pero su notable agilidad me hacía difícil seguirlo. Sin embargo, estaba decidido a ver lo más posible de los métodos de los tres grandes hombres y haría gustoso el esfuerzo. Ahora que se acercaban al fin de la cacería, cualquier movimiento que hicieran sería interesante.

—Temo no haberle sido de mucha utilidad, monsieur Picon —dije después de un largo silencio.

—*Au contraire*, mi amigo, su evidencia ha sido de gran utilidad para mí. Recordó algo de máxima importancia, que bien pudo haber olvidado.

—¿Qué cosa?

—¿No lo sabe? Pero es obvio, su propia parte en este asunto.

—¿Mi parte? —pregunté casi con un grito.

—Claro. Usted también tuvo su intervención. Ah, pero del todo inconsciente, se lo aseguro. Sin embargo, no deja de ser una parte.

—Dios mío. ¿Qué fue?

—¿Usted no se puso de pie y abrió la puerta?

—¿Qué puerta? ¿Cuándo?

—La puerta de la antesala. Justo antes de que se oyeran los gritos.

—Sí, lo hice. Pero no me doy cuenta qué pudo eso tener que ver con todo. A menos que... —Una idea espantosa me relampagueó en la cabeza—. A menos que en la habitación hubiera algún diabólico mecanismo que yo puse en funcionamiento.

—Por fortuna —dijo monsieur Picon— no se ha inventado aún la máquina capaz de cortarle la garganta a una señora mientras ella está esperando que suceda, de arrojar el cuchillo por la ventana y desaparecer de la faz de la tierra.

—Supongo que no —admití.

Seguimos caminando a la luz del sol que comenzaba a palidecer un poco. Me alegraba el aire fresco y el ejercicio y también tener alguna actividad que me ocupara la tarde, pues de lo contrario mis esfuerzos por conocer la identidad del asesino acabarían por hacerme enfermar. Pensar que, al final, después de todas las conjeturas, sabría la verdad. Decidí no pensar más en el crimen, para no empezar otra vez a sospechar por turnos de todos los de la casa.

Estaríamos a menos de un kilómetro de Morton Scone cuando de pronto monsieur Picon me tomó del brazo y dijo:

—*Vite!* ¡Por aquí!

Me tomó tan de sorpresa que por un momento vacilé. Pero él me arrastró sin delicadeza hacia un lado del camino y casi me zambulló en una abertura en el cerco. Apenas tuvo tiempo de seguirme cuando ya se acercaba un coche. Yo lo había visto un momento antes, lejos, antes de pasar por un trecho bajo de camino que lo ocultó de la vista, pero no le presté atención. El pequeño detective, por el contrario, parecía estar muy exaltado.

—¡Mire! —exclamó, con los ojos clavados en el camino.

Otra vez el automóvil azul oscuro del doctor Thurston, y como no iba rápido tuve tiempo de reconocer a sus ocupantes. Fellowes conducía y a su lado iba Enid. En el asiento de atrás, fumando un cigarro, Miles.

—¿Lo ha visto? —dijo monsieur Picon apenas pasó el coche—. ¡Lo que le había dicho! Hay que buscar en el corazón, amigo. Cuando la mente ya no nos cuenta nada, ¡hay que buscar en el corazón!

—Pero monsieur Picon —exclamé—, ¡esto es demasiado! Esta mañana fui a Sidney Sewell y vi a Fellowes con dos de los sospechosos; esta tarde vengo a Morton Scone y aquí está con otros dos.

Monsieur Picon rio.

—Y quizás cuando vaya a Jericó con el excelente monseñor Smith, lo encuentra allí con otros.

—¿Pero qué quiere decir esto? —pregunté.

—Paciencia, amigo.

—¿Pero cómo supo, a tanta distancia, que era el coche de los Thurston?

—No lo sabía. Pero pensé que podía serlo. Lo esperaba.

—¿Sí? ¿Qué le hizo esperar que fuera ese coche?

—Bien, debe comprender que no lo esperaba con absoluta confianza. Pero sabía que había tomado por este camino, y pensé que era posible, y digo posible, que volviera.

—¿Entonces usted sabía que iban a Morton Scone?

—Tenía la idea, nada más. Una pequeña idea. Pero las ideas de Amer Picon a veces resultan ser la realidad, ¿sabe?

—Bueno, así fue con ésta. Aunque no tengo la menor idea de adónde nos lleva esto.

—Yo me pregunto adónde le lleva al dueño de Boeuf. Su compañero en el gran juego de dardos, ¿no?

Sonreí.

—Sí, yo me pregunto lo mismo. ¿De quién sospechará? Parece muy seguro de sí

mismo.

—Probablemente de la habilidosa y experta cocinera, diría yo —dijo monsieur Picon—. Pero la policía inglesa no es en exceso inteligente cuando se trata de un crimen.

—No en este caso —admití.

De pronto me detuve.

—¡Monsieur Picon! —exclamé.

—¿Qué sucede, *mon ami*?

Lancé una carcajada.

—¡Qué par de tontos somos! —dije.

—Como dice el proverbio inglés, hable por usted —replicó quisquilloso.

—No. ¿No se da cuenta? Hemos caminado cincuenta kilómetros después de ver ese coche. Y todo para nada. Ya ha visto lo que vino a ver. Podríamos haber regresado de inmediato.

—¿Y quién sabe lo que yo vine a ver?

—Es obvio, el coche, volviendo de Morton Scone, con Fellowes y los demás.

—Eso fue un accidente.

—¿Entonces de todas maneras tiene que ir al pueblo?

—Naturalmente.

—¿Pero para qué?

—Usted debe de haber olvidado sin duda un detalle de suma importancia. La bandera en la torre de la iglesia de Morton Scone estaba a media asta, ¿no es así?

—Sí, pero...

—*Allons*.

Obedecí. Pero en mi interior me rebelé. Comencé a pensar que Picon se hacía el misterioso a propósito o que, habiendo continuado distraído el camino hacia Morton Scone como yo sugerí, ahora simulaba que era necesario para no quedar mal. Pero a medida que nos acercábamos al pueblo tuve otra idea.

—¡Ya sé! —dije—. Piensa que fue un asesinato doble. El doctor de este pueblo murió el mismo día. ¿Conecta los dos crímenes?

—El doctor era muy viejo, y tenía el corazón débil. Él mismo sabía que se moriría en cualquier momento. Su muerte fue natural.

—¿Entonces qué tiene que ver Morton Scone con todo esto?

Habíamos llegado a un punto en la ladera de una suave colina desde donde se veía con claridad casi todo el pueblo. Era un lindo pueblo de Sussex, cuyo color predominante era ese sereno rojo con que se tiñen los ladrillos y las tejas con el paso de los años. Había casas con fachadas de revoque y otras con fachadas de madera y el cartel de una posada atravesaba el sendero.

—Quizás nada en absoluto. Quizás mucho —dijo monsieur Picon muy pensativo.

No se movió durante al menos un minuto entero, y luego sólo se volvió y me miró con expresión francamente perpleja.

—Dígame, monsieur Townsend —dijo—, ¿nota algo extraño en este lugar?

¿Extraño? Parecía ser la corporización de todas las cosas conocidas y cotidianas, todas las cosas que yo quería con todo mi corazón. Era el lugar que uno podría elegir para radicarse después de una vida aventurera. Pensé en el sonido de risas y fuegos de posadas, y en encantadoras pastelerías atendidas por ese tipo de mujeres mayores y robustas. Mientras mirábamos, el carro de una granja empezó a cruzar la calle, y el hombre que caminaba a la cabeza de su caballo saludó alegremente a alguien en una ventana. Aquí había amistad y una serena secuencia de días para un grupo de personas tranquilas y normales, aquí había jardines, sin duda, y una escuela, atosigando a sus niños con lectura, escritura y aritmética. Aquí había gente honesta y casas muy inglesas. Por cierto, nada que pudiera llamar «extraño».

—Quizás le parezca extraño a usted, monsieur Picon —le dije— pero para un inglés le aseguro que este pueblo...

Me interrumpió con bastante grosería.

—No, no. No me refiero a eso. Es extraño porque le falta algo. Mire, escuela, posada, estación de policía, y correo, seguro, pero ¿dónde, mi buen amigo, ve usted la iglesia?

Y me quedé con la boca abierta, mirando el pueblo y dándome cuenta de las implicaciones de esta ausencia.

—¿Fellowes mintió entonces? —sugerí mientras seguíamos caminando—. ¿No tenía coartada?

—Espero que no —dijo monsieur Picon— pues, en ese caso, nuestra caminata habría sido en vano.

Me pareció mejor no decir nada después de esto, y continuamos en silencio hasta que monsieur Picon vio a un viejo haciendo una fogata en un patio junto al camino.

—*Pardon* —dijo—. ¿Podría indicarme dónde queda la iglesia?

El viejo le miró.

—¿La iglesia? Queda a más de un kilómetro y medio de aquí —dijo—. El camino más corto es por el sendero.

—Pero la carretera también va hasta allí, *n'est-ce pas*?

—Sí, claro, puede ir por la carretera si quiere, pero es el camino más largo.

—Me gustaría ir por la carretera.

—Está bien. Siga derecho hasta llegar a la estación de servicio, y ahí doble a la izquierda. Está a un cuarto de hora de camino. No se puede perder.

—Gracias —dijo monsieur Picon, y echó a andar otra vez. Sus cortas piernas se movían con considerable rapidez y agilidad.

—Doble a la izquierda en la estación de servicio —nos gritó el viejo, como lamentando que la charla hubiera sido tan breve—. No se puede perder —repitió.

Seguí junto a Picon, pero estaba de muy mal humor.

—¿Por qué no podemos ir por el sendero? —pregunté—. Dijo que era más corto.

Picon no respondió, se limitó a mirarme con una sonrisa breve pero cautivadora. De modo que no pude hacer otra cosa que apretar el paso a su lado. Atravesamos el pueblo y ni siquiera tuve tiempo de detenerme a mirar algunas de las casas más antiguas. Habíamos dejado quinientos metros atrás el último edificio cuando una curva cerrada en la carretera nos enfrentó de súbito con la iglesia. Aquí nos detuvimos, y Picon se quedó mirando fijo la torre. Yo no entendía por qué la miraba así, pues con una sola mirada se veía que ya no había bandera ni a media asta ni nada.

Unos pasos más allá, por el mismo camino y hacia la izquierda, había una choza, la única construcción visible entre nosotros y la iglesia. Hacia allí corrió este hombrecito extraordinario, murmurando «*Voilà!*», «*Allons!*», «*Vite!*», «*La, la!*», «*Mon ami!*» y otras de sus expresiones favoritas. Al llegar al portón no se detuvo, sino que levantó el pasador y avanzó por el sendero de ladrillos hasta la puerta. Golpeó con vigor.

—Caramba, Picon —le dije—, ¿qué va a hacer en esta casa?

Por un rato no hubo respuesta pero al final una voz de mujer gritó desde adentro.

—¡Dé la vuelta por atrás!

Picon me miró interrogándome con la mirada, ignorante de algunas costumbres inglesas.

—Está bien —dije—. Esta puerta no debe de abrir. Hace años que no la mueven.

Nos dirigimos obedientes hasta la puerta trasera, donde nos esperaba una mujer delgada con pelo negro desordenado y ropa muy sucia.

—Sí. ¿Qué pasa? —dijo, observándonos con sospecha.

—Quería hacerle una o dos preguntas —dijo Picon, levantando el sombrero con un gesto de galantería algo exótico.

—No me diga. Muy bien, pero no quiero ningún cepillo, aunque sean muy buenos. Ya tengo bastante con las cosas de la casa. Gracias.

Picon se volvió hacia mí.

—¿Cepillos? —me preguntó en un susurro.

—La señora piensa que usted es un vendedor —le dije al oído. Se dirigió a ella, sonriendo.

—*Mais non, madame!* No deseo venderle nada. No es eso. Una preguntita, nada más. Ahora.

—Pero yo no doy nunca nada, ni a éstos que piden de puerta en puerta. Como dice mi marido, uno nunca sabe qué pasa con el dinero. Y Dios sabe que no tengo para tirar. Mejor pida para mí, que necesito más que muchos.

—¡No, no! —exclamó Picon—. No le pido dinero. Es información lo que necesito. Quizás pudiera decirme...

—Pero si el hombre con la lista de votantes vino la semana pasada —dijo la mujer—. Me parece que es usted un impostor.

—Madame, ¿sería tan amable de decirme si vio un coche azul estacionado en este camino el viernes por la tarde? —Hizo la pregunta sin respirar, temeroso de que lo interrumpiera antes del fin.

La mujer pareció impresionada. Se secó las manos en la falda, y dio un paso hacia nosotros.

—¿El viernes? Es el día que mataron a la señora Thurston, ¿no?

Todavía no podía creer que tuviera tanta suerte: ser una de las personas interrogadas en conexión con un tema tan actual, tan emocionante y tan famoso como un asesinato.

—Sí —dijo Picon, paciente.

—¿Tiene algo que ver con eso? —preguntó la mujer, ansiosa—. ¿Es por algo de eso que viene a hacerme preguntas?

—Sí.

—¡Caramba! —Estaba maravillada. Era un gran momento en su vida. Su mirada iba de uno a otro de nosotros—. ¡Imagínese! —dijo.

—Ahora quizás pueda hablarme sobre el coche —insistió Picon con amabilidad.

—Coche..., coche... —Estaba exprimiéndose el cerebro. Todavía corría el riesgo de que el gran momento de gloria e importancia se le fuera de entre las manos. Pero se le iluminaron los ojos—. ¡Sí! —dijo con voz aguda—, ¡había un coche parado ahí! —Luego bajó la voz—. Pero es el de siempre.

—¿Cómo es?

—Azul oscuro. Lo conduce un chófer.

—¿Y dice que siempre se para aquí?

—Sí. A menudo. Muchos coches de detienen aquí, sabe. Dejan los coches aquí y se van a dar un paseo por el bosque. En especial cuando florecen las prímulas. En temporada hay muchas. Mi marido dice que va a poner un letrero que diga «prohibido estacionar» en el portón, pero nunca lo hace. No hay muchos en esta época del año. Pero ese azul viene a menudo. Sabe —dijo, misteriosa—, sabe, el muchacho que lo conduce trae a su novia, y los dos se van a caminar por el bosque. Ese sendero es famoso.

—¿Y el viernes? —preguntó monsieur Picon, no tanto por apresurarla sino para que no volviera a irse por las ramas de nuevo.

—Ah, sí, estuvo aquí el viernes, porque es la tarde que lavo la ropa, y me acuerdo de que vi el coche en la carretera mientras la colgaba. Había una linda brisa, por suerte, porque tenía más ropa que nunca.

—¿Y dice que vinieron los dos? ¿El chófer y la novia?

—Sí, estaban los dos porque les oí discutir.

Picon se sobresaltó.

—¿Les oyó discutir?

—Sí, como perro y gato cuando se bajaron del coche. No como un matrimonio, claro, eso es distinto.

—¿Oyó lo que decían?

—No. Y no me gustaría, tampoco. No me gusta escuchar lo que no me importa. Lo único que sé es que se peleaban, y mucho, hasta que se fueron por el sendero. No sé qué pasó después, pero me lo imagino.

—No lo dudo —dijo monsieur Picon, seco—. ¿Y cuando volvieron?

—Ya había pasado. El sol después de la tormenta, como dicen. Los vi venir juntos por el camino, abrazados.

—¿Y no oyó nada, absolutamente nada, de lo que pasó entre ellos?

—Ni una palabra. Nunca escucho las conversaciones de los demás.

—¿Cómo eran?

La mujer dio una descripción incoherente pero suficiente de Fellowes y Enid, y monsieur Picon, con algunas preguntas más, confirmó su identidad.

—Eh, bien, muchas gracias, madame. Me ha sido de gran utilidad.

—No hay de qué —dijo la mujer—. ¿Le parece que me precisarán en el juicio?

—No sabría decirle.

—Supongo que me sacarán una foto, ¿no?

—Eso lo deciden los diarios. Pero de todas formas tiene la satisfacción de saber que me ha ayudado mucho en mi búsqueda de la verdad.

Esto no pareció gustarle mucho a la mujer, pero cuando monsieur Picon volvió a alzar su sombrero, ella logró sonreír.

—*Au revoir*, madame —dijo monsieur Picon, y la dejamos mirándonos.

—Pero, Picon —dije, apenas capaz de esperar a estar fuera del alcance de la choza—, ¿cómo supo que encontraría aquí su información, nada menos?

—*Mon ami*, ¿es usted tan corto de vista? ¿No se da cuenta de que es la única casa cerca de un punto desde donde se puede ver que la bandera de la torre estaba a media asta?

—¡Picon! ¡Usted es un genio! —exclamé, y no me quejé por el largo camino de regreso.

—Y ahora —dijo Picon—, debo pensar un poco y luego quizás, todo esté completo. *Voyons*, Amer Picon no quedará tan atrás, después de todo. Hay una luz ahora. Ay, sí, amigo, mucha luz. Pienso un poquito, y veo todo. Un crimen muy ingenioso. Muy ingenioso.

—Bien, a mí me gustaría ver algo también. Si esta visita de Fellowes y Enid significa tanto, ¿qué estaba haciendo Fellowes esta mañana con los otros dos? ¿Quizás fuera un asesinato llevado a cabo por una especie de comité, Picon? —sugerí, consciente de que mis conjeturas se volvían más y más disparatadas, a medida que la evidencia se volvía más confusa—. Quizás todos estén involucrados.

Picon sonrió.

—No. No creo que estén todos involucrados —dijo.

—Entonces... pero caramba, Picon. No creo que lo haya resuelto después de todo. Pudo haber descubierto quién tenía los mejores motivos, pero ninguno de ustedes parece acordarse de la habitación. Estaba cerrada, y yo no me moví de la puerta mientras Williams la registraba. ¿Cómo explicará eso? Pudo haber probado que Fellowes mentía cuando dijo que no sacó a Enid esa tarde, pero ¿en qué le ayudará eso? Tiene que explicar un milagro.

—No, *mon ami*. El milagro sería si madame Thurston estuviera viva, no que haya muerto. Este plan era irresistible, y parecía perfecto. Pero fue llevado a cabo sin pensar en Amer Picon, en el gran Amer Picon. Si fuera por su policía, ¡bah!, no lo habrían descubierto nunca. Pero ya verá esta noche. Le diré todo lo que quiere saber. Todo quedará claro. Lo prometo.

—Si hace eso, es usted una maravilla. ¿Sabe que a veces en las últimas horas he comenzado a pensar, como Williams, que hubo algo siniestro, sobrenatural?

—Siniestro, sí. Pero aquí no hubo magia —dijo Picon, mientras llegábamos a los

suburbios de nuestro pueblo.

Monsieur Picon me dejó en el pueblo, donde él se alojaba, y yo me apresuré solo hacia la casa. Ya oscurecía y en la brisa otoñal, que había aumentado con la noche, los árboles crujían y se balanceaban. Pensaba en lo agradable que sería calentarme las manos en el fuego y tomar té caliente cuando noté algo en el camino delante de mí que parecía demasiado deforme para ser una persona, como si una bolsa de carbón se hubiera animado y avanzara entre los cercos. Al acercarse reconocí a monseñor Smith.

Yo había notado que la gente que no lo conocía bien expresaba a menudo una compasión por completo superflua por el hombrecito, que parecía inseguro e inútil. De modo que decidí no apenarme por él por el hecho de que tanto lord Simon como monsieur Picon le habían ganado, pues parecería un tonto cuando él revelara que hacía mucho que había resuelto el problema.

Además, el doctor Tate, el médico del pueblo, estaba con él, y enseguida me dirigió la palabra.

—Le estaba contando a nuestro amigo —dijo— una curiosa leyenda relacionada con este pueblo. Pensé que le interesaría.

Vi que monseñor Smith sonreía ante esto, pero no contestó.

—Los arqueólogos la llaman la historia del Ángel de la Muerte —continuó el doctor Tate—, pero ignoro cómo se usó ese nombre por primera vez. Parece que la historia misma data de tiempos medievales, cuando la casa que se llama ahora Granja Tipton era la única vivienda aquí, y debía de ser una especie de castillo. Estuvo en ruinas durante siglos y fue reconstruida en tiempos del rey Jorge. Si llega a ir por ahí vera que algunas de las paredes tienen un metro de espesor. ¡Si esas paredes hablaran!

—¿Por qué? —preguntó monseñor Smith con inocencia—. ¿Que sean gruesas quiere decir que son del tipo de paredes que oyen?

El doctor Tate continuó.

—No recuerdo el nombre de la familia —admitió—, pero eran, por supuesto, católicos, y tenían toda la fe en los fantasmas que tienen las personas de su religión.

—¿Fantasmas? —preguntó monseñor Smith.

—Bueno, usted sabe a lo que me refiero.

—Me temo que no —dijo monseñor Smith.

—Pero, caramba, ¿usted cree en los demonios? —dijo desafiante el doctor Tate.

—¿Usted cree en los microbios? —le replicó monseñor Smith.

El doctor Tate decidió abandonar ese terreno tan peligroso.

—De todas maneras, los miembros de esta familia eran supersticiosos. Y el jefe de la familia, sir Giles, era el más supersticioso de todos. Durante años, hasta que murió, dijo ver visiones de la muerte que le esperaba. No era una muerte corriente.

—¿Qué es una muerte corriente? —preguntó monseñor Smith.

—Una muerte por enfermedad... una muerte en la cama.

—Ya veo. ¿Una muerte corriente es una muerte en la cual el fallecido ha sido asistido por un médico, quizás?

—Sí. No. Quiero decir... bueno, no importa qué es una muerte corriente; la que sir Giles imaginaba para sí estaba lejos de serlo. Decía que veía venir al Ángel de la Muerte en persona. Venía por el aire con sus enormes alas negras. Estaba vestido de negro de la cabeza a los pies, y tenía una espada en la mano.

—¿Para qué era la espada? —preguntó monseñor Smith.

—Para atacar con ella.

—Ajá. Pensé que podría usarla para llevar a cabo una operación.

—Sir Giles tuvo esta visión varias veces, siempre la misma. El Ángel de la Muerte venía aleteando por el aire desde una gran distancia, y venía para vengarse del desdichado sir Giles.

—¿Para vengarse? ¿Qué le había hecho sir Giles? —preguntó monseñor Smith.

—Era un hombre de vida muy disipada. Y estas visiones eran en gran medida motivo de arrepentimiento. Parecía creer que el Ángel de la Muerte lo mataría por sus pecados. Atención, que esto no es más que una historia local.

—Lo sé. Espero que tenga un final feliz.

—Al fin, parece, el Ángel de la Muerte atacó. El anciano se había estado portando de una manera atroz, incluso según el criterio de esos días. Decía que varias veces había visto las alas negras abriéndose camino hacia él. Y por fin una noche subió solo a una torre de su castillo y pasaron las horas sin que apareciera. La gente de la casa se preocupó, hasta que uno de sus hijos fue a buscarlo. Encontró al anciano tendido sobre su propia sangre en el suelo, en la habitación más alta: todavía no había muerto, pero expiraba.

—¿Y cuáles fueron sus últimas palabras? —preguntó monseñor Smith, quien parecía disfrutar divertido de la historia.

—El hijo le levantó la cabeza al padre, y el anciano señaló la ventana o lo que fuera que tuvieran en los castillos. «La muerte vino sobre alas», murmuró, y murió.

—¿Y cómo había muerto?

—Ésta es la parte interesante de la historia —dijo el doctor Tate—. Nunca se supo cómo había muerto. Había un centinela al pie de la escalera todo el tiempo que el anciano estuvo en la torre, y se revisó todo el castillo concienzudamente sin éxito. La habitación en la que lo encontraron estaba a nueve metros del suelo, y no encontraron arma alguna. Entonces la gente de la casa, que era, como dije, supersticiosa...

—Ah, todos eran supersticiosos. No nos había dicho eso.

—¿Y qué esperaba que fueran en esas épocas de oscurantismo? Al menos, creyeron que la visión del anciano era cierta y que el Ángel de la Muerte lo había al

fin alcanzado.

—Ajá. ¿Entonces nunca descubrieron al asesino?

—No. ¿Qué le parece la historia?

—Creo que como muchas buenas historias es mentira.

—Oh.

—Pero tiene mucha razón al pensar que puede interesarme. ¿Es bien conocida en los alrededores?

—Mucho. Sería difícil que alguien viviera mucho tiempo en la parroquia sin oírla. Creo incluso que el loco de nuestro párroco la usó en uno de sus sermones el otro día. Como una advertencia a los que se portan mal. Pero él es imprevisible. Bueno, yo me quedo aquí. Debo atender a una niña con tos convulsa. Espero que aclaren este misterio, que es bastante más urgente. Vaya asunto tan feo. Yo no brego por la pena de muerte, pero creo que el que mató a Mary Thurston debería ser colgado. Buenas noches a ambos. Buenas noches.

El doctor Tate tomó por una senda estrecha y nosotros completamos nuestro camino solos. Yo pensaba rápido. Algo en la historia había apelado a mi imaginación. La idea de la muerte que viene sobre alas. El misterio de la muerte de Mary Thurston era tan desconcertante que nada parecía demasiado disparatado. Supongamos (claro que yo sabía que era fantástico), pero supongamos que alguien pueda volar así. Aunque no fuera más que desde una ventana en el primer piso hasta un punto en el suelo lo suficientemente alejado de las paredes para no dejar señales del aterrizaje. ¿Era tan imposible, después de todo? Recordé cuando, de niño, experimentaba saltando del techo de un granero con un paraguas abierto en la mano para amortiguar la caída. Los experimentos nunca fueron muy exitosos, pero...

Después de todo, no era tampoco que el asesino tuviera que entrar volando por la ventana, sino sólo salir volando. Es probable que alguna invención, quizás un paracaídas, lo permitiera. O algún tipo de alas. Existían unas cosas llamadas planeadores. ¿Era tan tonto para pensar en esas posibilidades?

Me volví a mi compañero.

—¿No le parece que esta historia del asesinato puede tener algo que ver con nuestro problema?

—Cualquier historia de un asesinato puede tener que ver con nuestro problema.

—Pero ¿no es concebible que aquí hubiera pasado algo parecido?

—Ya es bastante difícil —dijo monseñor Smith— averiguar lo que sucedió en realidad para buscar todas las cosas que pudieron haber sucedido. Un dragón pudo haber entrado por la ventana y haberla matado con su lengua, que es una espada. Un globo recién inventado pudo haber planeado sobre la casa como una nube y bajar al asesino hasta la ventana. Un hombre pudo haber dado un salto milagroso hasta el alféizar de la ventana para luego proyectarse hacia las ramas de un olmo vecino. O yo

pude haber estado escondido toda la noche debajo de la cama, y haberme transformado en una rata cuando ustedes se acercaron. Sin embargo, no es de mayor utilidad que el doctor Tate y yo inventemos estas hipótesis delirantes.

—¿Sabe entonces —dije con alivio— qué sucedió en realidad y quién es el culpable?

Esperaba su respuesta conteniendo el aliento cuando de pronto me agarró el brazo y nos detuvimos. Estábamos en un declive, y más adelante había una parte más alta de terreno cuya silueta era tan clara y lisa como la de una cúpula. Se veía un grupo de árboles inclinados por muchos años de viento, que se mantenían lozanos a pesar de ello. Hasta el día de hoy veo la forma y el borde de la colina, pues había un detalle en aquella silueta que la hizo memorable.

Era el tipo de detalle que le gustaba a mi compañero, y a los que estaba acostumbrado. Negras contra el cielo azul del crepúsculo había dos figuras, una alta y una baja. No era sólo la posición contra el cielo lo que las hacía parecer negras, sino que las ropas también eran negras, y el más pequeño tenía algo que ondeaba. Me sobresalté. ¿Qué eran esas cosas flojas que le pegaban a los costados, que se aferraban a un cuerpo para luego elevarse con la brisa? ¿Podían ser...?

Pero enseguida me dije a mí mismo que no fuera tonto. No había nada extraño en la figura de aquel hombre. Las cosas que aleteaban eran las puntas de una capa Inverness, y al darme cuenta de esto, me di cuenta de que era el párroco.

Monseñor Smith pestañeó de esa manera confusa e inocente con que escondía sus descubrimientos más inteligentes. Observó a los dos que bajaban por la colina hacia la casa de los Thurston aferrados al mango del paraguas con las dos manos. Y mientras hacía esto, toda mi confianza en las soluciones de lord Simon y monsieur Picon se evaporaron. Después de todo, ¿adónde me habían llevado? Esta mañana, en compañía de lord Simon, había visto a tres de los sospechosos, y él me había dicho que su teoría estaba completa. Esta tarde, caminando con Picon, había observado otros tres, y él, también, había resuelto el acertijo. Y ahora, en este momento enloquecedor, aquí estaba monseñor Smith, pestañeando ominosamente ante los dos que quedaban. (Pues ya se conocía en la otra figura a Stall). Entonces, después de recorrer ciento cuarenta kilómetros en coche, de caminar otros ocho, y de congelarme de frío mirando las depresiones del terreno, no estaba más cerca de la verdad que la noche anterior.

Casi no necesitaba repetirle la pregunta a monseñor Smith cuando al fin retomamos la marcha.

—¿Entonces sí sabe? —dije en su susurro.

—Sí —dijo—. Sé.

Una vez más Williams, lord Simon, monsieur Picon, monseñor Smith, el sargento Beef y yo nos encontrábamos en la biblioteca. El doctor Thurston se ofreció venir, pero los investigadores estuvieron de acuerdo en que como ahora se revelarían todos los detalles, sería muy doloroso para él. Tampoco era necesaria su presencia. Más tarde se enteraría del arresto.

No exagero cuando digo que mi nerviosismo era terrible, y no me cabe duda de que Williams estaba igual de impaciente. No era sólo que se dilucidaría el misterio, sino que un ser humano sería enviado a una muerte segura, pues con detectives como estos tres para encontrar pruebas, seguro que ningún abogado en el mundo podría exonerarlo. Quizás esto hiciera mórbido nuestro interés, pero naturalmente añadía dramatismo a los acontecimientos. Alguien sería nombrado, arrestado, juzgado y colgado, alguien a quien conocíamos, alguien con el que habíamos hablado en el día de hoy. Me miré la mano y vi que temblaba.

Así como lord Simon fue el primero en interrogar a los testigos, fue ahora el primero en hablar.

—Haré un breve resumen de este desdichado asunto —dijo—, y luego mis colegas pueden ampliar o corregir cualquier detalle. ¿Qué les parece?

Monsieur Picon asintió y monseñor Smith no estuvo en desacuerdo, así que lord Simon empezó a hablar. Había un silencio casi sobrenatural en la habitación mientras él iba narrando lentamente las circunstancias.

—Un caso interesante —dijo—, pero no tan desconcertante como pareció al principio. Sin embargo, nos ha tenido pensando un buen rato, así que podemos ser justos y admitirlo. Aclarar la mayoría de los crímenes es muy sencillo. Pero con éste no ha sido así.

»En primer lugar retrocedamos un poco. ¿Recuerdan el testamento? Desagradable documento cuando uno lo piensa. El primer esposo de la señora Thurston tenía una cuantiosa fortuna. Y entre esa fortuna y el hijo que se sentía con derecho a ella puso una sola barrera: la vida de una mujer. He aquí la base de toda la historia. Bastante convencional en esencia. Motivo: el de siempre, dinero.

»Recordarán que el hijastro estaba en el extranjero cuando se hizo el testamento y pudo haberse enterado de la muerte de su padre o no. Sabemos por Thurston que era el tipo de muchacho que siempre aparece sin un centavo y que se apoya en los laureles y el honor de la familia, así que su regreso a casa pudo ser lo usual. Pero en el ínterin se ha cambiado el nombre. Esas cosas suceden. Media docena de acreedores, una pequeña excentricidad en la manera de redactar un cheque, algo dudoso. Llega entonces el hijastro con su nombre flamante, sus bolsillos vacíos y mucha curiosidad. Sigue siendo convencional, como ven.

»Y de lo primero que se entera es de que su padre ha muerto y su madrastra se ha vuelto a casar. Bien, bien, piensa el hijastro, y se va al abogado del padre para preguntar por el testamento. Desagradable revés. El grueso de la fortuna dejado a la viuda de por vida, y a él la inmundada pensión de siempre. Recuerden que nunca ha visto a la señora Thurston, así que sin saber siquiera qué clase de persona era, empieza a maldecir a las hembras calculadoras que le quitan a uno lo que por nacimiento le corresponde. El joven estaba furioso.

»No sé si alguno de ustedes ha sido beneficiario de reversión, y ha tenido que girar los pulgares mientras alguien vive del dinero que alguna vez será de uno. Me han dicho que es muy desmoralizador. Las personas de naturaleza más virtuosa y moderada se vuelven asesinos en potencia. Pero este hombre no era un asesino nato. Quería dinero. Conseguiría dinero. Pero si al principio pensó en el asesinato lo descartó al pensar en el castigo. La fortuna era mucho mayor de lo que él creía. El abogado le había dado los detalles, y la suma dejada por su padre le hizo salir los ojos de las órbitas. Y sabiendo que había tanto dinero en juego no iba a echarse atrás.

»Así que empezó, puede decirse, a mendigar, lo que podría haber sido inofensivo. Descubrió que la señora Thurston vivía aquí, y tenía coche, entonces llegó hasta un pueblo cercano para hacer posible un encuentro, pero no demasiado cercano. Y desde este pueblo, que se llamaba Sidney Sewell, le escribió a la señora Thurston. La primera carta, se supone, fue amable y agradable. Lamentaba la muerte de su padre. Lamentaba no haber conocido nunca a su madrastra. Lo de siempre, pero no muy conmovedor.

»Sin embargo, estoy convencido de que contenía una frase que preocupó mucho a la señora Thurston: la petición de que no le dijera nada a su esposo. Qué razón dio es difícil ahora de suponer, pero es casi seguro que encontró una buena. Al menos suficiente como para que la señora Thurston no le mencionara nunca a su esposo que el hijastro había reaparecido. Es una lástima. Pudo haber salvado su vida.

»En cambio fue a ver a su hijastro, y, así como sentía simpatía hacia todo el mundo, la sintió hacia él. Ahora me voy a poner un poco psicológico. Entraré en los caracteres de los dos para tener una idea de lo sucedido. Pero estoy seguro de que en ese encuentro la señora Thurston fue ella misma, la mujer que todos ustedes conocieron en primer lugar como anfitriona. Vio que su hijastro encajaría bien en su círculo. Le encantaba recibir. Vio una manera de ubicarlo. Y lo plantó aquí sin decirle al doctor Thurston quién era en realidad ese individuo.

»Hasta dónde él la convenció de esto, quizás nunca lo sepamos. Le venía de perlas. Y desde ese momento empezó a exprimir a la señora Thurston con una facilidad y una avaricia que ahora parecen increíbles. Nunca trató de chantajearla o intimidarla. No era necesario. Hacía el papel del pobre hijo estafado y despojado de lo que le correspondía por la mera existencia de ella. Tuvo el buen sentido de cumplir

su papel con gentileza y buen humor. Nunca se quejaba, pero llamaba la atención sobre el hecho de que nunca se quejaba. Le hacía sentir a ella que él no tenía suerte, y que ella debía hacer todo lo que pudiera por él. Y le fue muy bien.

»Hasta ese momento he reconstruido la historia según me parece a mí, y he llenado los blancos con imaginación. Los hechos los he confirmado. El hijastro llegó a Inglaterra poco después del segundo matrimonio de la señora Thurston, y fue al abogado de su padre para preguntar por el testamento. He hablado por teléfono con el abogado. Un anciano encantador, y recuerda la visita con claridad. Más aún, fue a establecerse en Sidney Sewell y la señora Thurston, como sabemos, estuvo en contacto con él allí. Y por fin vino a esta casa, estaba en esta casa en el momento del asesinato y, a menos que Beef lo haya dejado ir, está en la casa en este preciso momento.

Lord Simon hizo una pausa en este punto para volver a cruzar las piernas y beber un sorbo de coñac Napoleón que Butterfield había colocado astutamente en uno de los botellones del doctor Thurston para que así Su Señoría pudiera saborear su bebida preferida sin pasar por mal educado. La pausa me puso tan impaciente y curioso que no pude contenerme.

—¿Y usted sabe quién es, lord Simon?

—Sí. Sé quién es.

—¿Cómo lo descubrió?

—Fue demasiado fácil. Le di instrucciones a Butterfield de que sacara fotografías de todos los hombres aquí que, por edad, pudieran ser el hijastro. Y armado con éstas fui, como saben, a Sidney Sewell. El bar fue una desilusión, pues acaba de cambiar de dueño. Pero la encargada de la estafeta postal no sólo trabaja allí desde hace mucho tiempo, sino que además tiene una excelente memoria. Al instante reconoció en uno de los retratos al joven que había vivido en el pueblo hacía algunos años. No tiene sentido que retenga el nombre. Era David Strickland. Luego lo confirmé. El nombre verdadero de Strickland es Burroughs, y Burroughs, si lo recuerdan, era el nombre del primer esposo de la señora Thurston. Strickland es el hijastro en cuestión.

—Bien, sargento —dije, poniéndome de pie—, lo mejor será que lo arreste ahora mismo.

Pero el sargento Beef no se movió.

—Tendría que saber mucho más antes de arrestar a alguien —dijo—. Es muy probable que Strickland fuera el hijastro de la señora Thurston. No digo que no. Era un caballero muy generoso y siempre pagaba unas rondas cuando venía al pueblo. Pero no veo que por ser el hijastro se convirtiera en un asesino, ¿no?

Lord Simon sonrió.

—Muy bien, sargento —dijo—. Va a oír toda la historia. Pero cada cosa a su tiempo, ¿eh?

Sentí alivio, creo. Aunque no sentía una animosidad personal hacia Strickland, no sentía un afecto especial hacia él y agradecía al menos, que este sospechar continuamente de todos por turnos hubiera acabado, y poder oír el resto de los detalles sin ser perturbado por la duda. Tampoco me sorprendía mucho. El hecho de que la habitación de Strickland quedara junto a la de Mary Thurston siempre me había parecido verdaderamente sospechoso.

—No quedarán dudas de que el asesinato fue premeditado. Fue muy cuidadosamente planeado. Pero creo que era lo que se llama premeditación condicional. Strickland necesitaba dinero, como veremos después. Y si le hubiera dado lo suficiente este fin de semana quizás no hubiera cometido este crimen tan desagradable. Pero tenía los planes hechos antes de venir. Conocía bien la casa, la gente que trabajaba en ella, y a los invitados para el fin de semana. Sabía, también que si la señora Thurston era asesinada, la sospecha recaería sobre él, pues era quien tenía el motivo más fuerte. Como el hijastro que ha cambiado de nombre, y que heredará la fortuna a la muerte de la señora Thurston, no podía evadir la sospecha. Entonces, sabiendo a qué atenerse, tuvo que planear las cosas con mucho cuidado.

»Y, créanme, así lo hizo. No quiero ni pensar cuánto tiempo pasó antes de que el plan madurara en ese cerebro pomposo. Quizás meses. Y no era un mal plan. Tenía sus puntos flojos, claro, pero debemos recordar que era el primer esfuerzo de nuestro amigo en esta dirección. No puede esperarse que fuera perfecto. Y creo que en general su intento de ser desconcertante fue muy bueno para un aficionado. Si hubiera sido un poquito más inteligente me habría engañado, pero claro, de haber sido un poquito más inteligente no habría deseado asesinar a nadie.

»No obstante, aquí lo tenemos, llegando para el fin de semana, con una urgente necesidad de dinero, y decidido a conseguirlo de la señora Thurston, a ser posible mediante persuasión. Y si eso fallaba, tenía preparado un plan completo para asesinarla de una forma que dejaría azorada a media docena de policías de Scotland Yard. Pero no creo que debamos suponer que, si ella le hubiera entregado el dinero, habría salvado la vida. Habría postergado el crimen, no más. Cuando su primer esposo hizo ese testamento, prácticamente firmó la condena de muerte de la señora Thurston. Debe ser una lección para todos los que redactan testamentos parecidos.

»Tengo los datos de la situación financiera de Strickland hasta la semana pasada. No voy a aburrirlos con eso, son cosas tediosas, deudas, etc. Pero pueden creer que estaba desesperado. Tenía que conseguir dinero, y rápido. Y vino aquí a conseguirlo.

—Se preguntarán cuál era el plan. Intriga diabólica. Lo primero que vio cuando empezó a buscar la manera de eliminar a su madrastra fue que necesitaría un cómplice. Y lo primero que yo vi, que supongo fue lo primero que vimos todos en este asesinato, es que había un cómplice. Caramba, si no había nada sobrenatural el asesino tuvo que tener un cómplice para escapar de la habitación y dejar la puerta cerrada, y no dejar rastros en la huida dos minutos más tarde. Y para Strickland había un obvio asistente, a mano y dispuesto: el chófer Fellowes. Pero no era tan tonto como para hablar con Fellowes hasta haber decidido que este fin de semana era el elegido.

»Ojo, miren que sabía el terreno que pisaba. Es seguro que esta idea de asesinar a su madrastra estuvo en su cabeza, mucho tiempo, y en todas sus visitas recientes habló con el chófer. Conocía su historia. Sabía que había estado preso. Sabía que la única ambición de su vida era salir de este lugar con dinero suficiente para comprar un bar y casarse con Enid. Sabía que había una especie de *affaire* entre él y la señora Thurston. Y lo juzgó, sin equivocarse, el hombre ideal para su plan.

Aquí el sargento Beef interrumpió en voz alta.

—Bueno, no lo creo —dijo, cruzándose de brazos—. Conozco a Fellowes. Rudo sí, y tuvo problemas hace tiempo, robo, pero no asesinato. No lo creo. Podía poner dos dardos sobre tres en el dieciocho doble las veces que quería, y no creo que haya tenido nada que ver con cortarle la garganta a esa señora. No lo creo. Además, sé quién lo hizo.

Lord Simon sonrió con paciencia.

—Me alegra oír de la habilidad de Fellowes en el pasatiempo que parece absorber casi todo su tiempo y atención, sargento. Pero me temo que no veo la conexión. Además, ¿le he pedido que creyera a nuestro joven amigo culpable de asesinato? Debe aprender la virtud de la paciencia, sargento. Es útil en este trabajo. Y no saltar a conclusiones. ¿Dónde estábamos? Ah, sí. El viernes, por la mañana Strickland llega a la estación después de una semana de carreras de caballos que llamaríamos desastrosas si quisiéramos ser moderados. Lo recibe Fellowes, que últimamente ha visto mucho a su novia, sacándola en el coche. Eso también pudo haber sido desastroso. A juzgar por lo que hemos visto de Enid, no supongo que le hiciera ninguna gracia esta larga espera, ahorrando dinero, demorando mucho antes de poder casarse y comprar la taberna. Además, no creo que le gustara mucho tampoco ver cómo le silbaban a su amado como un perrito faldero cada vez que la señora se sentía solitaria o temperamental. De pronto, quizás también Fellowes se estuviera aproximando al punto límite.

»No creo que Strickland hubiera dicho nada definitivo entonces. Sabía lo

suficiente para estar seguro de Fellowes. Pero quizás pensara verlo después del almuerzo, o le pudo preguntar si estaba dispuesto a intervenir en algo que los transportaría al Barrio de los Ricos. No sé. Al menos, tuvieron tiempo para hablarlo, solos en el coche desde la estación.

»Ya le había hecho saber a la señora Thurston que necesitaría dinero y ella, como sabemos, tenía doscientas libras listas para él. Pero aquí surge otra dificultad. Hacía unas tres semanas, Stall interceptó una carta de la señora Thurston a Fellowes. Era una carta tonta e indiscreta, el tipo de cosa que sólo alguien tan tonto e irreflexivo como esta señora pudo escribir. Pero para él fue suficiente para aterrorizarla y obligarla a entregarle grandes sumas de dinero. La verdad es que la señora Thurston estaba enamorada de su marido, pero, por ser en esencia un alma inocente, se imaginaba que esta tonta debilidad de ella por un joven chófer era mucho más terrible de lo que le parecía a cualquiera. De todos modos, cuando Strickland la encontró sola un minuto después del almuerzo y le preguntó si le tenía el dinero preparado, ella tuvo que decirle que no. Quizás no tuvo tiempo o quizás no quiso decirle por qué. Supongo que todo sucedió entre los dos en esta misma habitación, y en la presencia de alguno de ustedes. Un apresurado intercambio de susurros.

»Lo que sucedió, probablemente, es que Stall estuvo escuchando en el teléfono cuando Strickland la llamó el jueves por la mañana para decirle que necesitaría el dinero. Y Strickland la oyó prometer que lo tendría pronto. O Strickland vio el cheque en su talonario y así supo que ella acababa de retirar las doscientas libras. O de casualidad eligió este momento para una última y decidida campaña de chantaje, sabiendo que pronto se iría. De todos modos, olió el dinero, y no tenía dudas de que iría a parar a sus manos.

»Al descubrir que no recibiría esta suma, que intentaba duplicar, Strickland fue derecho al chófer y le contó el plan. En este punto demostró una determinación terrible. No dudó. Lo tenía todo pensado e iba a ponerlo en práctica.

Aquí lord Simon dudó. Lleno de admiración, lo observé encender otro cigarro, antes de revelarnos lo que ardíamos en deseos de conocer. No había dicho quién era el asesino, pero su identidad no era, pensé, tan misteriosa como su método, y yo quería decirle. «¡Siga! ¡Siga!», mientras él acercaba con indiferencia un fósforo al cigarro. Pero se tomó su tiempo, y cuando empezó a hablar lo hizo desde un nuevo ángulo.

—Cuando pensaron en la huida de la habitación, y supieron que había una soga en algún lugar, ¿se preguntaron cómo había sido usada la soga? —Me hizo la pregunta a mí directamente.

—¿Si me lo he preguntado? No he hecho otra cosa —respondí irritado—. Aun suponiendo que un cómplice dejó caer la soga desde el piso superior, no veo cómo pudo resultarle útil. Le he dicho una y otra vez que nadie pudo haber tenido tiempo

de trepar a la soga, cerrar la ventana, subir y recogerla, antes de que Williams volviera a abrir la ventana. Incluso si hubiera tenido tiempo de hacer todo eso, no podría haberse reunido con nosotros con la rapidez con que lo hicieron Strickland, Fellowes y Norris.

—¿Y si se dejaba caer?

—Lo mismo. Supongamos que había alguien arriba para recogerla, el asesino tuvo que trepar a la soga, cerrar la ventana, caer al suelo y escapar antes de que Williams mirara hacia afuera, y la soga tuvo que ser retirada después de que él la usara. No creo que haya sido posible, pero incluso de haber sido posible, ¿cómo puede ser que no haya dejado huellas en el parterre de tierra fresca que ocupa casi dos metros desde la pared? ¿Y cómo volvió a entrar, y a subir hasta donde estábamos a tiempo? ¿Y cómo hizo su cómplice para recoger la soga y bajar con tanta rapidez? No. No creo que sea posible. Es más —agregué con súbita inspiración—, no estoy muy seguro de que las sogas no hayan sido utilizadas para despistar.

Lord Simon sonrió.

—Tiene razón sobre las dos primeras cosas —admitió—, no pudo haber tiempo para que nadie subiera o bajara por la soga.

—¿Entonces?

—¿Quizás no se le ocurrió que haya otras direcciones en las que se puede viajar?

—¿Qué quiere decir?

—Quiere decir —interpuso monseñor Smith desde su sillón—, que una soga no se usa sólo para que un hombre trepe, sino también para que se balancee.

—Exacto —dijo lord Simon—, balancearse es la palabra que necesito ahora y de ahora en adelante. Strickland sabía que no tendría tiempo de trepar o dejarse caer por una cuerda, y establecer así la coartada irreprochable que le era necesaria. Pero tendría tiempo para balancearse en una soga, con toda la comodidad del mundo, desde la ventana de Mary Thurston hasta la suya. Todo lo que tenía que hacer era que antes colgaran una soga de la ventana que estaba encima de la suya, con un extremo enganchado en la de la señora Thurston, y así su huida de emergencia, o huida de la justicia, estaba a punto. El cómplice sólo era necesario para entrar la soga después.

Quedé con la boca abierta. ¡Por supuesto! ¿Por qué no pensé en eso? ¡Y Williams y yo hablando de cosas sobrenaturales!

—Pero Strickland no era ningún tonto —continuó lord Simon—. Era un buen juez de temperamentos y sabía que Fellowes no aceptaría entrar en algo así. Para empezar, Fellowes no ganaría suficiente. Estaba el testamento a favor de los sirvientes, pero Strickland vio que no sería tentación suficiente para inducir a alguien a ser cómplice de asesinato. Creo que tenía razón. Fellowes no era tan mal tipo. No, Strickland fue mucho más inteligente. Lo que iba a hacer, dijo, era robar las joyas de la señora Thurston.

»Ahora bien, esto era terreno conocido para el chófer. Él, o el hermano de Enid, sabían dónde venderlas después. Y el plan de Strickland era ingenioso. Lo que debían hacer, dijo, era asegurarse de que no se sospechara de nadie de la casa. La puerta tenía que quedar cerrada y había que escapar por la ventana. Ahí entraba Fellowes. Fue en este punto que Strickland simuló pensar en un obstáculo. Las joyas de la señora Thurston eran valiosas, y se había instalado una caja fuerte en la pared de su dormitorio para ellas, y sólo ella y el doctor conocían la combinación. Entonces Strickland se dedicó a pensar un rato. Dijo: “Ya sé. Me pondré una máscara, un sobretodo viejo y la esperaré cuando suba a acostarse. La amenazo con un revólver y la obligo a abrir la caja. Entonces, si usted tiene la sog a punto, me escapo por la ventana y a ella nunca se le ocurrirá que fue alguien de la casa. Y a la policía tampoco, cuando vengan a investigar. Pensarán que quien sale por una ventana entró por la ventana, y si nos hacemos ver por la casa unos minutos antes y unos minutos después del robo, estamos salvados”.

»A Fellowes el plan no le pareció tan disparatado como puede parecerles a ustedes. En primer lugar, se podía confiar en que la señora Thurston se fuera a acostar a las once. En segundo lugar, era una mujer fácil de asustar. Y en tercer lugar, escapando por la ventana Strickland haría la imitación perfecta de un extraño. Debía asegurarse del silencio de ella, por supuesto, hasta estar lejos, y también de que no le seguiría hasta la ventana, pues lo vería pasar a la de al lado. Pero ninguna de las dos cosas sería complicada.

»De todos modos, para Fellowes no fue difícil, porque su parte en el plan era fácil y no muy incriminadora. Lo único que tenía que hacer era recoger la sog a cuando Strickland estuviera sano y salvo en su ventana, y luego recoger las joyas. No era demasiado trabajo para un hombre que había estado preso por robo.

»Entonces arreglaron todo así. Durante la cena Fellowes debía entrar en el gimnasio, colgarla de la ventana de su dormitorio que, como ustedes saben, está encima del de Strickland, bajar al de la señora Thurston y, con un gancho o algo parecido, traer la sog a hasta la ventana. Podía fijarla allí sencillamente apretándola con la ventana misma. Aunque entrara alguien después de él antes de que la señora Thurston fuera a acostarse, las largas cortinas la ocultarían.

»Cuando fijó la sog a, Fellowes sacó la bombilla para que, cuando entrara Strickland, el dormitorio estuviera en penumbras. Y después no tuvo nada que hacer hasta las once, cuando debía subir a su habitación y subir la sog a.

»Mientras tanto, según lo que sabía Fellowes, Strickland iría a acostarse temprano, entraría en la habitación de la señora Thurston disfrazado, esperaría a que fuera a acostarse, le tataría la boca con una mano para que no gritara, la amordazaría, la obligaría a abrir la caja, se guardaría las joyas, la ataría a algo alejado de la ventana, subiría la sog a, se balancearía hasta llegar a la ventana, lo que lograría sin

inconvenientes gracias a la ley de gravedad, entraría, escondería las joyas y se prepararía para salir de su dormitorio y unirse al alboroto.

»A Fellowes le pareció una idea espléndida. Sólo había un obstáculo: su amigo Miles. Sabía que era el día libre de Miles, quien era por cierto alguien de fuera y no de la casa, y que, como experimentado ladrón, se sospecharía de él en primera instancia. Esto podía evitarlo con facilidad viendo a Miles esa tarde y diciéndole que tratara de conseguirse una coartada férrea para la noche. Y Fellowes se quedó satisfecho.

»Y ahora el plan real, algo más íntimo, de Strickland, también era perfecto. No usaría absurdos disfraces. Un disfraz podía hacerla gritar antes de tiempo. Esperaría en el dormitorio de la señora Thurston con su encantador aspecto natural, y cuando ella subiera le cortaría la garganta y se iría a su habitación sin peligro. Luego saldría con una coartada perfecta antes incluso de que otra persona llegara a la puerta. Después, le explicaría a Fellowes que había sido necesario. Y Fellowes estaría demasiado involucrado para delatarlo. Un tipo fascinante, este Strickland.

—Cayó la noche, como se dice vulgarmente —continuó lord Simon con la frivolidad usual en él al hablar de estas atrocidades—, y fue una hermosa noche de viento, de modo que no se oiría lo que sucediera en las ventanas. Ustedes se reunieron en la sala para tomar un cóctel. Y sucedió algo muy extraño. Se tocó el tema de los asesinatos, y del descubrimiento de los asesinos. Extraño, y por un rato le quitó toda esperanza a nuestro amigo. No le gustaba el asunto. Qué idea tan desagradable, ésa de que lo atraparan. Se jactaba de haber ideado un plan perfecto, pero ¿y si no era tan inteligente como él suponía? La conversación estuvo a punto de salvarle la vida a la señora Thurston. Quizás Strickland pensara incluso que alguien le había descubierto y le advertía con delicadeza que no daría resultado.

»De todos modos, dudó tanto de sus ideas que intentó otra vez conseguir el dinero. Si, después de todo, podía convencerla de que lo salvara del aprieto, resolvió para sus adentros (con mucha bondad) no matarla. Y fue al dormitorio de ella antes de la cena y volvió a pedirle. Pero para entonces la desdichada mujer le había dado sus doscientas libras a Stall, quizás durante la tarde, cuando fue a dormir la siesta. Stall, al ser interrogado acerca de cuándo había recibido el dinero, nos dijo una mentira obvia. Dijo que fue el jueves justo después del almuerzo, pero sabemos por el cajero, el de aquel espantoso adorno en la corbata, que la señora Thurston no lo retiró hasta las tres de la tarde. Stall eligió el momento en que sabía que ella estaría en el dormitorio, justo después del almuerzo del jueves. Pero no sabía que ella todavía no había retirado el dinero. Su motivo para mentir fue obvio. Admitiría si lo apretaban que obtuvo el dinero como un obsequio, pero nunca admitiría haber estado en su dormitorio el día del asesinato. ¿Lo admitirían ustedes? Yo no. Cosa fea, los asesinatos. Mejor mantenerse lo más lejos posible.

»Stall era un chantajista de los que intimidan y se burlan de sus víctimas, pues se apoyó con deliberación contra el tocador de una dama y tomó rapé en su presencia para demostrar su independencia. Así que cuando Strickland volvió a pedir dinero fue desilusionado. Lo único que Mary Thurston podía hacer por él era darle, o prestarle, el collar de diamantes, que él podría empeñar por lo suficiente para salir del pozo. El hecho de que se pusiera la joya en el bolsillo prueba, creo, que en ese momento había abandonado la idea del crimen. Bien, vacilar es peligroso, y más tarde se arrepintió de haberlo aceptado.

»Townsend le vio, y él lo sabía, salir del cuarto de la señora Thurston. Pero más tarde, cuando estaba otra vez resuelto, esto no pareció importarle. ¿Por qué, después de todo, no podía haber hablado un momento con su anfitriona? Después de uno o dos tragos podía desecharlo como algo sin importancia. Bajó a cenar y, dejando bien claro que estaba exhausto, se comportó sin ninguna de las excentricidades de quien se

está decidiendo a cometer un crimen. Y un rato antes de que la señora Thurston se retirara, se puso de pie, dijo buenas noches, y subió a su dormitorio.

»Fellowes, entretanto, había cumplido con su papel inconscientemente. Con el pretexto de comprobar el motor, por la tarde fue al pueblo a advertir a Miles. Y Miles estableció ingeniosamente su coartada asegurándose la compañía nada menos que del sargento del pueblo como compañero en ese apasionante juego de dardos del que tanto hemos oído hablar, y luego simulando estar tan borracho que varios testigos tuvieron que ayudarlo a llegar a su casa, a un cuarto que compartía con otro testigo. Él estaba perfecto.

»Pero cuando Fellowes, durante la cena, llegó al gimnasio, le asaltó una duda. ¿Sería lo bastante larga una de esas sogas? Debo admitir que yo mismo quedé perplejo al ver las dos sogas, hasta darme cuenta de que este problema había preocupado a Fellowes. Mirándolas colgadas del gimnasio decidió que una sola podía no alcanzar, y se llevó las dos. Había dejado levantado el pasador de la puerta del frente y, mirando por la ventana junto a ésta, vio a Stall entrar en el comedor con una fuente de comida que le llevaría algún tiempo servir, entonces pasó con las sogas por el vestíbulo. Recordará que le pregunté, Townsend, por la ventana del vestíbulo, y Stall dijo que rara vez se corrían las cortinas.

»Llevó las sogas a su cuarto y ató el extremo de una. No sé con exactitud dónde la enganchó. En esos detalles él y Strickland parecen haber sido muy duchos. Y cuando la dejó caer vio que alcanzaba, y bajó a la habitación de la señora Thurston. Aquí buscó algo con lo cual alcanzar el extremo de la soga, y encontró un par de viejas sombrillas en el armario. Ató una con la otra, se inclinó por la ventana, y la enganchó. Luego dejó caer el extremo dentro del cuarto, lo apretó con la ventana, y ya estaba listo para Strickland sin tener que hacer una marca que mostrara dónde había sido atada la soga. Sí, en estos detalles ambos demostraron ser muy astutos.

»Entonces vino la cuestión de la bombilla. De pronto pensó, incómodo, que Strickland no le había dado instrucciones acerca de cómo deshacerse de ella. ¿Se la llevaría consigo? ¿O la dejaría en el cuarto? ¿Si la sacaba no indicaría esto que alguien de la casa estaba involucrado? En líneas generales, hizo lo mejor. Razonó que si el ladrón venía de afuera y decidía por alguna razón quitar la bombilla, casi seguro la tiraría por la ventana, y eso es lo que hizo, cuidando de arrojarla bastante lejos de modo que la caída o la explosión no fuera oída desde la planta baja.

»Entonces salió del dormitorio. Se había preparado, pensó, para un robo cobarde. En realidad, había preparado la trampa para un asesinato salvaje. Tuvo cuidado, todo el tiempo, de usar guantes. Strickland se lo debió de sugerir, o él lo aprendió en sus días de ladrón. De todas formas, no dejó huellas, pues en este tipo de detalles, como ya he dicho, estos dos fueron muy astutos.

»Al bajar se encontró, bastante irritado, con que debía esperar casi dos horas para

dar el próximo paso, y fue entonces, en un exceso de entusiasmo, supongo, que cortó el teléfono. No creo que esto apareciera en las instrucciones de Strickland, pues Strickland se habría dado cuenta de que cuanto antes llegaran la policía y el médico, mejor. Pero Fellowes, que tenía experiencia pero no tacto, sólo pensó que, en términos generales, siempre era mejor retrasarlos un poco. Así que cortó el cable.

»Todo, por desgracia, funcionó según lo previsto. La señora Thurston les dio las buenas noches a todos y entró en su habitación por última vez. Encontró a Strickland. No encontró al extraño enmascarado que Fellowes creía. Sólo a su hijastro. “¿Qué quieres?”, la oyó preguntar Enid, con un tono de voz algo sorprendido, pero no aterrorizado. Ya había venido antes esa noche a pedir, y se había llevado todo lo que ella podía darle sin correr el riesgo de que su esposo lo notara. ¿Qué más podía querer? Descubrió, también, que la luz central del dormitorio estaba rota. De modo que ese hombre ahí parado en la penumbra era algo alarmante.

»Mientras tanto Fellowes establecía su coartada abajo. El que robara las joyas de la señora Thurston, pensaron él y Strickland, la había esperado cuando ella fue a acostarse. Así que dijo a propósito, a la cocinera: “Caramba, son más de las once”, y al parecer sin apuro, salió de la cocina. Luego ella recordaría que había sido después de que la señora se fuera a la cama, y no antes, que Fellowes había salido. Pero no tenía tiempo para demorarse mucho más.

»Debió de ponerse nervioso durante los siguientes diez minutos mientras esperaba inclinado en la ventana de su cuarto a que apareciera Strickland en la de la señora Thurston, abajo y a la izquierda. Y es grotesco pensar qué causó la demora, y lo que tuvo lugar en el cuarto en penumbras. Y entonces, al oírse los gritos, Fellowes, de no haber sido un tipo frío, hubiera perdido los nervios. Esperó, y casi de inmediato Strickland agarró la soga, cerró la ventana, cruzó hasta su ventana y desapareció. En un momento la soga fue retirada, escondida en el depósito donde, probablemente, ya había escondido la otra que resultaba innecesaria, y Strickland y Fellowes estuvieron frente a la puerta cerrada de la señora Thurston casi al mismo tiempo que ustedes.

»Quizás hasta esa noche no se dieron cuenta del error más serio. Pensaron en todo, huellas, coartadas y testigos, pero se olvidaron de pensar en qué hacían con la soga. Era un error estúpido y elemental, pero ¿ha habido alguna vez un asesino que no cometiera un error estúpido y elemental? Y Fellowes tuvo el remordimiento adicional de encontrarse cómplice de asesinato. Pero, por razones obvias, guardó silencio.

»Quería, sin embargo, dos cosas. Una era deshacerse de las sogas. Esta esperanza fue frustrada la mañana siguiente cuando yo encontré una y monseñor Smith la otra. Su segundo deseo era hablar a solas con Strickland y ajustar cuentas con él. No sabía, ni lo sabe todavía, que fue engañado deliberadamente. No tiene idea de que Strickland espera ganar mucho con la muerte de la señora Thurston. Quizás piense

que el disfraz de Strickland falló y que Strickland asesinó a la señora Thurston para ocultar su identidad. Mientras tanto Strickland había tenido buen cuidado en evitar encontrarse a solas con Fellowes. Incluso cuando le pidió usar el coche al doctor Thurston y vio que Fellowes lo conduciría, tuvo la presencia de ánimo de convencer a Alec Norris para que los acompañara. Así que hasta el momento ha logrado escapar a un ajuste de cuentas con su cómplice y sobre este respecto, creo que hay que felicitarlo. Pues aunque Fellowes me parece un tipo bravo, no creo que hubiera aceptado un asesinato así como así de saber lo que hacía, y no creo que perdona fácilmente al tipo que lo mezcló en esto.

»En cuanto a la muchacha, Enid, estoy seguro de que no sabía nada del plan en aquel momento, y no creo que sospeche que su novio esté involucrado. Dijo la verdad cuando la interrogamos, excepto cuando le preguntamos si había estado con Fellowes en el coche esa tarde, y era natural que mintiera. Quizás haya quien tenga razones para creer —dijo, mirando a monseñor Smith— que ella lo sabía todo. Yo me inclino a pensar lo contrario.

»En cuanto a Miles, lo único que sabía es que había un plan para apoderarse de unos “vidrios”...

—Se refiere a las joyas —terció el sargento Beef al verme perplejo ante este término.

—Quizás hasta supiera cómo se haría. Pero no tuvo nada que ver. Y Miles se buscó una coartada de primera, como verán. Invitó al sargento a arrojar la honesta jabalina con él.

»¿Y qué pasa con Stall, dirán ustedes? Qué pasa, digo yo, recordando a Ben Gunn y todo eso. Stall era un chantajista asqueroso, pero lamenta este desgraciado asunto tanto como ustedes, aunque sea por razones diferentes. Al cabo de dos semanas se habría ido. Y Stall sería una alegre golondrina, con el nido bien lleno de plumas. ¿Las golondrinas le ponen plumas a sus nidos? Esperemos que sí, suena bien. Y ahora este inoportuno asesinato ha dejado libres todos los gatos encerrados, y se enfrenta a una condena severa. Bien, bien, los mejores planes de los ratones y de los hombres. ¿No nos estamos volviendo zoológicos, Butterfield?

—Por cierto que la fraseología de su señoría ha tomado un giro biológico —asintió Butterfield con gravedad, desde su lugar cerca de la puerta.

—Luego el párroco. En deferencia a Butterfield no diré que tiene pajaritos en la cabeza. Pero se resume así. Tenía la pureza en el cerebro. Y cuando esa noche la señora Thurston, sin darse cuenta de que él estaba al acecho por este tipo de detalle, le dijo que le tenía mucho afecto al joven Fellowes, el cerebro del individuo empezó a girar como un trompo. No dudo que haya caminado media hora en el huerto. Si no hubiera oído los gritos, habría estado allí toda la noche.

»En cuanto a Norris, no hay razones para dudar de su sencilla historia. Ese ligero

ataque de histeria que ha sido tan magnificado por todos ustedes fue muy natural en un individuo como él. Debe de haber sido desconcertante ser interrumpido en la mitad de la escritura de una de sus intensas novelas por algo tan vulgar como un asesinato, y debemos comprenderlo.

»Y aquí está todo, en un hermoso paquete. Espero que monsieur Picon le cuelgue algunos otros moños. Mientras tanto... sí, Butterfield. Otro coñac, por favor.

Yo supuse que uno de los «moños» que monsieur Picon agregaría a la brillante reconstrucción del crimen hecha por lord Simon aludiría a Enid, la criada, por cuyos movimientos había dejado ver un interés tan agudo. Pero no veía qué más podía decirse. Lord Simon había sido tan exhaustivo y completo, sin olvidar ni el punto más trivial, y dando razones para cada hecho conocido, que no parecía quedar mucho para ser divulgado por monsieur Picon. No obstante, el hombrecito parecía ansioso por hablar, y exaltado por algo que debía comunicarnos, así que todos volvimos a reclinarnos en nuestros asientos y nos dispusimos a escucharlo.

—La suya —le dijo a lord Simon— fue una interesante teoría. Muy ingeniosa, *mon ami*. He escuchado con *plaisir* cada palabra. Por desgracia, sin embargo, es incorrecta, desde el *commencement*. El caballero llamado Strickland, tan jovial y tan *sportif*, como nos ha contado el buen Boeuf, es tan inocente del asesinato como usted o yo.

No puedo exagerar el efecto de esta asombrosa declaración. Lord Simon, por supuesto, fue el menos afectado y continuó bebiendo su coñac a pequeños sorbos, inmutable. Pero Butterfield se sobresaltó, y quedó pálido. Era evidente que nunca antes había oído que se cuestionaran las teorías de su patrón por quienes no fueran inspectores de policía, espectadores nada inteligentes o criminales. Que el celebrado monsieur Picon cometiera tal error le parecía increíble. Williams y yo nos incorporamos con violencia y hasta monseñor Smith mostró un ligero interés.

—Pero no tema —continuó el detective extranjero—, yo, Amer Picon, les revelaré todo. Todo. ¿Están listos? *Allez... hoop!*

»Ya les he dicho, creo, que cuando parece no haber motivo en el cerebro, uno debe buscar en el corazón. Éste no fue un asesinato del intelecto, aunque por su simplicidad fue difícil de reconstruir, sino un crimen pasional. Se sorprenden, ¿no? *Eh bien*, amigos, yo también fui sorprendido en este caso.

»Examinemos, si me permiten, a los ocupantes de esta casa antes de este violento suceso. Tenemos al jovial doctor Thurston, un caballero inglés que, como tantos de vuestros caballeros ingleses, no ven más allá de sus narices. Tenemos a madame Thurston, muy buena, muy sencilla, y un poco, debemos admitirlo, un poco estúpida. Tenemos al mayordomo, Stall, lo que ustedes llamarían “un vivo”, ¿eh? Y a la competente cocinera. Luego tenemos al joven Fellowes, que sabe lo que es estar en una cárcel, y a la muchacha Enid, de sangre mixta y antecedentes algo desdichados. *Voilà*: el reparto.

»¿Qué sigue ahora? Aquí tenemos el eterno triángulo, *n'est-ce pas*? Madame Thurston está encariñada con el joven chófer, quien a su vez está enamorado de Enid, que está muy enamorada de él. Y éste es el principio del conflicto. Amigos míos,

cuidado con ese pequeño triángulo. Es peligroso.

»Todo es secreto. El buen doctor no debe saber nada, nada en absoluto. Madame Thurston puede dar un paseo en el coche para charlar con el joven que adora, pero debe ser clandestino. Enid puede saberlo todo, pues su novio le asegura que no debe tener dudas, pero ella no debe dejar ver ante madame Thurston que sabe nada. Y cuando el mayordomo, Stall, roba la fatal carta incriminadora de madame Thurston al chófer y la usa para chantajear a la señora, ella debe guardar silencio ante Fellowes, y ocultarle lo que sucede, para evitar que ataque al mayordomo y todo se descubra, todo termine. ¿Ven los secretos que había aquí?

»Dos personas además del astuto Stall sospechan de madame y su chófer: la cocinera y el párroco. Pero la cocinera está contenta con su trabajo, y, con mucha sensatez, decide que no es asunto suyo aunque, como nos dijo, había cosas que no le parecían bien. Y el párroco, no está seguro. Le gusta el espionaje, al buen párroco, y pronto sabrá más.

»Mientras tanto, como tantos hogares, este hogar sigue su curso. Por debajo de la rutina madame Thurston esconde su amor, y la tortura de ser chantajeadada. Enid oculta el fuego furioso de sus celos, que persiste a pesar de lo que diga su novio. El chófer le oculta a la señora madura su amor por la muchacha. El chantajista oculta sus actividades a todos, excepto a madame Thurston. Y todos ocultan todo ante el doctor Thurston. *Voilà*, qué atmósfera. Todos tienen secretos. Pero la casa sigue como cualquier otra.

»¿Y por qué? Porque, amigos, hay dinero. Para los sirvientes hay buenos sueldos ahora, muy buenos. Y está el testamento que los hará ricos a todos algún día. Y muchas cosas se soportan por dinero. Así continúa todo, y se acerca el momento de este fatal fin de semana, en el cual las cosas llegan a un clímax.

»Ahora todos se aproximan a lo que se llama punto límite. Pero más que nadie el chófer. Hace tres años que trabaja aquí, y aún no se ha casado con Enid. Quiere comprar una pequeña posada. Tiene algún dinero ahorrado, pero no bastante. Enid también quiere irse con él. ¿Pero cómo? Si dejan este trabajo quizás no puedan encontrar otro donde estén juntos. Cuando estamos enamorados somos esclavos. Deben quedarse aquí y trabajar, y él debe ser amable con la señora, y ella debe soportar los latigazos de los celos. No hay escapatoria, al parecer.

»Pero está el testamento. ¿No nos olvidábamos del testamento, de la trampita que madame Thurston les ha tendido a sus sirvientes? *Voilà*, ¡una oportunidad! Si madame muriera ahora súbitamente, de cáncer o pulmonía, digamos, todo se arreglaría. Serían ricos, podrían comprar la posada, no habría más celos para Enid, ni Fellowes tendría que volver a lavar el coche. Si... ¿pero por qué soñar? Madame es fuerte. Madame puede vivir otros treinta años. ¿Por qué soñar?

»Y sin embargo, ¿por qué no? Si algo le pasara a madame, ahora, eso ayudaría.

Un accidente, un accidente fatal. Ya las ideas cobran vida. Ya comienza el plan. Y en cuanto al momento, ¿cuándo mejor que este fin de semana, con tantos invitados? Hay que encontrar la manera de hacerlo. Eso es lo más importante, la manera de planear ese lamentable accidente fatal, sin que haya posibilidad alguna de que la policía meta la nariz después. Ése es el gran interrogante.

»Y, *messieurs*, nosotros los que sabemos algo de estos asuntos sabemos demasiado bien que cuando lo demás está decidido, siempre se halla la manera. Demasiado pronto. Y así nos encontramos con Fellowes, el chófer decidido a que madame Thurston sufra el accidente mientras se acerca el fin de semana. Fue con esta atmósfera de crimen en potencia que llegaron ustedes a pasar el fin de semana.

»El chófer fue marino. Cuando vi por primera vez que entre los tatuajes de su brazo había una representación de la Cruz del Sur, me convencí de eso, y luego él lo admitió. Y se me ocurrió la idea, la obvia idea, de que un marino sabe trepar a una soga. Era una idea tan sencilla que hasta se le habría podido ocurrir a un niño. Pero hay que andar con ojo ante las posibles complicaciones. La idea era correcta. Pudo haber sido de otro modo, pero como verán era correcta.

En este punto Sam Williams interrumpió con bastante impaciencia.

—Pero monsieur Picon —dijo—, ya hemos hablado una y otra vez de la posibilidad de que alguien haya salido por esa ventana, y se ha probado que no era posible en el tiempo...

—Paciencia, por favor —dijo Picon—, paso a paso, si desean escucharme. Yo, Amer Picon, les contaré todo. *Eh bien*, aquí estamos con un chófer que sabe trepar por una cuerda. Pero ¿de qué sirve eso? Debe tener una coartada. No es divertido cometer un crimen y ser atrapado escapando por una soga. *Pas du tout*. Hay que hacerlo bien. ¿Cómo? Ah, entonces llega la gran idea. El chófer ve justo cómo la *pauvre* madame Thurston puede sufrir el accidente, cómo él y Enid pueden heredar algo de dinero y escapar sin despertar sospechas. ¡Una gran idea, esta vez! Y una que puede engañar a casi todos los detectives. A todos excepto a Picon. Pues Picon también tiene ideas a veces.

»La habitación debe estar algo oscura, y el chófer debe ir a ver a *madame*. Lo cual, ya sabemos, no era inusual. Debe cerrar la puerta. Eso también pudo haber pasado antes. La soga cuelga en la ventana, suspendida con firmeza desde la ventana de la cámara de las manzanas. Esconde la soga. Baja a la cocina. Conversa con la cocinera. *Voilà un menu!*

»Mientras tanto la joven, Enid, hace su parte. Está en el dormitorio del doctor Thurston, separado del de madame Thurston por una pared. Se para junto a esta pared. Espera hasta que su novio haya bajado a la cocina y el asesinato esté consumado. Luego, aaaayyy, aayyy, grita. Es madame Thurston cuando la asesinan. ¿Pues quién puede distinguir los gritos de dos mujeres? Uno puede conocer muy bien

las voces, pero con los gritos es diferente. Nadie se daría cuenta. Y bien cerca de la pared, debe parecer que vienen desde el cuarto de la pobre mujer. Luego, lo demás. Se echa la puerta abajo, se descubre el crimen. ¿Quién lo ha hecho? Por cierto no el chófer, pues estaba hablando con la cocinera. Por cierto no Enid, pues llegó de inmediato a la puerta. Por cierto no Miles, pues estaba con Boeuf. Ése fue el plan. Inteligente, *n'est-ce pas?* Pero no lo suficientemente inteligente para vencer a Amer Picon.

»Y ahora veremos en qué terminó ese plan. *Allons! Voyons! A la gloire!*

—Primero llega Monsieur Strickland quien, como nos ha demostrado lord Plimsoll con tanto afán, era el hijastro de la señora Thurston. Es lo que ustedes llamarían en su expresivo modismo, un «pelagatos». Le ha escrito a su madrastra avisándole que necesitará algo de dinero, pero con urgencia. Y ella, que es buena y generosa, ha sacado del banco otras doscientas libras para dárselas. Pero *hélas!*, ¿qué dice el gerente del banco? No puede sacar más, madame, Ella toma las doscientas libras y vuelve a casa.

»Luego llega él. “Está bien”, le dice ella quizás, «puedo darte el dinero». Y él, aliviado, olvida sus problemas. Pero sshh, ella habló demasiado alto. El mayordomo descubre que tiene esa suma. Ya ha chantajeado a madame Thurston con la carta que le escribió a Fellowes, y ahora decide obtener también ese dinero. Durante la tarde la ve y ella tiene que darle las doscientas libras. Es una lástima.

»Luego, después de esa inteligente conversación sobre literatura criminal, van a vestirse para la cena. Madame Thurston manda llamar a Fellowes y le dice que ponga una trampa para las ratas. Esto le conviene a Fellowes. No es necesario, pero le viene bien. Y monsieur Townsend ve a monsieur Strickland saliendo de la habitación de madame Thurston. Ella le ha dado el collar para ayudarlo. Es muy buena, esta madame Thurston.

»Durante la cena, el chófer, como ha explicado lord Simon, va a buscar las sogas. Lord Simon me ha hecho el favor de percibir cómo las introdujo en la casa sin ser observado. Yo me lo preguntaba. Pero es simple. Usó la puerta del frente. Va a la *chambre de pommes*. Cuelga la soga. Va a la habitación de madame Thurston y quita la bombilla. ¿Por qué? Ella no debe prever el peligro. La penumbra le ayudará. Abajo todo está listo. Baja, y ¡snip!, corta el cable del teléfono. ¿Por qué? El médico no debe acudir demasiado pronto, o se descubrirá que fue asesinada antes de los gritos.

»Va a la cocina. Termina la cena. En seguida los invitados comienzan a irse a la cama, o a sus casas. La puerta de la cocina está abierta. ¿Por qué? Porque uno debe saber cuándo se irá a acostar madame Thurston. Se acercan las once. ¡Ah! ¡Por fin! Madame ha salido de la sala. Enid se pone de pie de inmediato y sigue a la señora a su cuarto. Explica que no ha podido conseguir otra bombilla. Lo lamenta. ¿La necesita madame? *Mais non*, madame espera en secreto al chófer y no necesita a nadie. Enid dice buenas noches, con una sonrisa. También es una despedida.

»El chófer vuelve a subir. Lleva la trampa para ratas. Entra en la habitación de madame. Ella lo espera. Todo está bien. Hay muy poca luz. Él se queda con ella un ratito. ¿Por qué? Ah, ése no es asunto de un detective, la demora. El sacerdote es quien debe comprenderla. Quizás el crimen resulta demasiado espantoso. Quizás él desea que ella se encuentre en desventaja. ¿Quién podría decirlo? Pero al fin no

puede demorarlo más. Ha traído el arma. Ataca. *Voilà*. Está hecho. En silencio. No tuvo tiempo de gritar. Está muerta.

»Y ahora está nervioso. Va rápido hacia la ventana. La abre. Se sube a la soga. Y puede trepar. *Parbleu!* ¿Pero puede trepar, este hombre que fue marino en un tiempo? Baja la ventana y sube muy rápido, hasta la ventana de la cámara de las manzanas. Entra. Comienza a recoger la soga.

»Hasta ahora, todo ha ido *à merveille*. Pero ahora ocurre un pequeño desastre para el asesino. Abajo hay una conversación entre el doctor Thurston, monsieur Williams y monsieur Townsend. Se oye la radio. ¿Qué hace monsieur Townsend? Se pone de pie. Va a buscar algo a su maleta. Va hasta la puerta y la abre. Pero no. Monsieur Williams le habla. Le interesa. Olvida lo que iba a buscar y vuelve con los otros *messieurs*.

»¿Pero cuál es el efecto? ¡La pobre Enid! Ha estado esperando diez minutos a que su novio baje de la cámara de las manzanas para hacer su parte. Pero él no baja. Y ahora oye más alto el volumen de la radio cuando se abre la puerta. Viene alguien, piensa. Alguien la encontrará. Alguien la descubre. Colgarán a su novio. Pero espera, todavía hay tiempo. ¿Ya habrá subido? Rápido, a la puerta. Ah, *bien*, está allí. Baja. Ella vuelve al cuarto del doctor Thurston y grita. Le ha salvado la vida, piensa. ¡Pero ella no pudo saber que Amer Picon, el gran Amer Picon, investigaría!

»El chófer se desconcierta. ¿Por qué ha gritado tan pronto? Presa del pánico va a su propio cuarto. Luego, enseguida se da cuenta de que debe aparecer de inmediato, lo antes posible. Se reúne con ustedes en la puerta. Se siente aliviado. La coartada, aunque no tan buena como si hubiera estado con la cocinera, sigue siendo perfecta. Escapará.

»¿Qué más hay que hacer? Se ofrece a los que ahora buscan al criminal. Está sereno y confiado. Va a buscar al médico y al policía. ¿Por qué no? El médico puede examinar el cuerpo, ya hace más de media hora del asesinato. No le será posible decir que murió cuatro o cinco minutos antes del grito. Y al policía, él ya conoce a nuestro buen Boeuf. Está *enchanté* de que sea él quien investigue. Así que va de buen grado.

»Tampoco le preocupa que las sogas sigan ocultas en el depósito. ¿Por qué iba a preocuparle? Ha visto que todos han tomado los gritos de Enid por los de la mujer asesinada, así que su coartada es perfecta. No hay soga en el mundo que pueda condenarlo, piensa, sin pensar en la intervención de Amer Picon.

»Sin embargo, este joven tan perspicaz cometió un error estúpido. Se encontró con la chica la tarde antes de cometer el crimen. Y luego trató de ocultarlo. Luego cuando quise averiguar cuáles habían sido sus movimientos ese día, cayó en la trampa como un pajarito y fue atrapado como las ratas en la cámara de las manzanas. Imagínense, ha decidido el viernes llevar a cabo el plan que ha ideado. Como sabemos, ya tiene en vista la posada que comprará cuando reciba el dinero. Está

decidido. Quiere, por supuesto, hablar con su cómplice. Y hace esto con tanto secreto que nadie los ve irse juntos en el coche. Quizás la chica está escondida en la parte de atrás. Quizás le espera más allá del pueblo. De todos modos, su encuentro se mantiene oculto. Van hasta el lugar de siempre, donde no es probable que los vea alguien. Dejan el coche en el lugar de siempre, donde no despertará sospechas, pues no es extraño que haya coches cerca de un sendero de enamorados. Discuten. La chica, quizás, está impaciente con tanta espera, y con las atenciones de su novio con madame. Debe tranquilizarla. Le habla de su decisión, que el día que esperaban ha llegado. Completan los planes. Vuelven a sonreír. Regresan al coche y a la casa, sin ser vistos.

»Pero, *quel dommage!* Hago mi preguntita. Quiero asegurarme de que no estuvo en el pueblo, le digo. ¿Puede decirme algo que pruebe que estuvo en otra parte? Y él, pobre tonto, que no conoce a Amer Picon, me habla de la bandera que estaba a media asta. Me deja entonces una sola alternativa. Es una esperanza, un lance, que haya dejado el coche en algún lugar desde donde se ve esa torre. Y *voilà!* ¡Es cierto! Descubro que fue allí con su cómplice.

»Y luego, peor, los dos niegan haber estado juntos. ¡Qué tontería! Si fueran inocentes, ¿por qué lo negarían? Un rezonguito por haber infringido las costumbres de la casa, ¿qué importancia tendría? Ninguna. Y al negarlo, lo hacen culpable. Ay, sí hasta este joven cometió errores.

»Ésta es entonces, *mes amis*, la explicación de este misterio. Ustedes, por desgracia, todos los que trataron de resolverlo, buscaron lo imposible. Pensaron, como quiso el asesino que pensarán, en cómo podía alguien escapar de la habitación después de los gritos y antes de que ustedes llegaran. Eso fue una tontería. Debió haber sido evidente enseguida que nadie pudo escapar en ese tiempo. Entonces, o seguía allí, o los gritos no se hicieron en el momento del asesinato. Y puesto que no seguía allí, *voilà!*, lo segundo era lo verdadero. ¿Ven qué sencillo, qué lógico, ahora que Papa Picon lo explica? Pero no, ustedes no razonan así. Empiezan a pensar en lo sobrenatural, en criaturas con alas. Tendrían que haber sabido que siempre, amigos míos, en casos de asesinatos detrás de una puerta cerrada la explicación no es el medio de huida, sino el momento en que se cometió el crimen. ¡Ah, si todos llegáramos a las conclusiones a las que los asesinos quieren que lleguemos, qué felicidad para los asesinos! ¡Pero por fortuna hay algunos con sentido lógico!

»Este hombre tuvo, como dicen ustedes, toda la suerte del mundo. Todo conspiró para arrojar la culpa sobre los hombros de otras personas, y para confundir a los investigadores. Estaba monsieur Strickland, el hijastro, que se beneficiaría tanto, que había tenido problemas y se había cambiado de nombre, que dormía en el cuarto de al lado. Estaba el mayordomo, ya culpable de chantaje. Estaba el *curé*, que no estaba muy bien de la cabeza y que llega al lecho de muerte tan pronto. Y estaba monsieur

Norris quien también estuvo arriba todo el tiempo. ¡Tantos sospechosos! Tanta confusión. Claro que tiene suerte. Pero no, por fortuna hete aquí que llega Amer Picon, con su sentido lógico. Se le termina la suerte. Él y su cómplice son descubiertos. *Voilà! C'est tout!*

Recordando el momento en que Picon terminó de hablar, creo que mi primera emoción fue compasión por lord Simon. Debió de haber sido mortificante para él ver cómo le destruían su castillo de naipes, mientras el férreo edificio de monsieur Picon ocupaba su lugar. Había trabajado tanto y tan a conciencia que merecía haber tenido éxito. Pero no. El pequeño extranjero se felicitaba a sí mismo. Ya no quedaban dudas.

Monsieur Picon acababa de dejar de hablar, y aún sonreía lleno de satisfacción cuando inesperadamente tomó la palabra monseñor Smith.

—Lo que todos parecen olvidar —dijo—, es que un hombre que puede ser un espía puede también ser una serpiente.

De inmediato recordé todas sus referencias místicas al Rey Bruce, y cosas de gente o hechos que colgaban de hilos, y me pregunté a mí mismo qué recónditas maravillas serían ahora reveladas como lo más común y corriente.

—¿Usted también ha descubierto al asesino? —pregunté, debo reconocerlo, no tomándome muy en serio al pequeño clérigo, sino deseoso de disfrutar de su explicación.

—He descubierto al asesino —respondió— por una soga, una frase, y por la manera de matar moscas de un hombre. Es muy sencillo, pero tiene el terror y el poder y la inmensidad de todas las cosas sencillas.

Hizo una pequeña pausa, como pensando si nos lo diría o no.

—Había una mujer asesinada en una habitación cerrada —continuó—, de la cual sólo se podía escapar por la ventana, y la única manera de salir por la ventana era mediante una soga. Entonces en lugar de empezar a hablar supersticiosamente de sucesos sobrenaturales, era necesario descubrir cómo había sido usada la soga. No la pudieron usar ni para subir ni para bajar, así que llegamos a la explicación de lord Simon, que una soga puede balancearse, y un hombre puede balancearse con ella. Pero lo que yo creo que lord Simon no vio es que cuando una soga puede ir de izquierda a derecha, otra puede ir de derecha a izquierda.

»Había dos ventanas en la habitación de la señora Thurston, una que se abría, y otra construida sin marco ni bisagras, que no abría. Y las dos tenían alféizares de piedra de al menos treinta centímetros de ancho. Y todos fijaron la atención en la ventana que abría. ¿Pero qué pasa con la que no abría? Pudo haber permitido el paso de cosas hermosas, aire fresco, rayos de luna, el aroma de las flores, y la verdad. Pues la verdad de este asunto estaba detrás de la ventana que no abría, esperando a que la dejaran pasar.

»Para escapar de una habitación un hombre tenía que balancearse en una soga. Pero no lo hizo hacia la derecha, donde estaba el cuarto de Strickland, sino a la izquierda, hacia la ventana que no abría, pues la soga de la que se colgó no bajaba de la habitación de Fellowes, sino del desván. Y allí permaneció, en ese saliente, agarrado a la piedra, mientras ustedes registraban la habitación. No podía verlos con claridad, pues la ventana es de vidrio de color, pero pudo ver cuándo se fueron. Y luego volvió. Pues había otra soga colgada desde la ventana de la cámara de las manzanas, con la cual pudo volver a la ventana que abría. Fue sencillo descubrir esto.

Sólo había que recordar que ningún péndulo va en un solo sentido, que una acción tiene su reacción, que el negro es, en realidad, opuesto al blanco.

»¿Pero quién lo hizo? El que subió las sogas tuvo un cómplice que las colgó. ¿O sería mejor decir que el que colgó las sogas tenía un cómplice que se subió a ellas? De todas formas, hubo dos personas.

»Y mientras almorzábamos el viernes apareció una araña sobre la mesa. El mayordomo entró en el comedor y la tomó con cuidado. Yo lo observé, y pensé que el hombre que rehuera matar a un insecto probablemente dudara antes de matar a un patrón. Pero de pronto vi algo espantoso. El mayordomo no había rehusado matar a la araña porque amara a las arañas, sino porque odiaba a las moscas. Tomó al animal y lo depositó con mucho cuidado sobre el alféizar de la ventana donde había varias moscas somnolientas. Y se apartó a disgusto, como si quisiera escapar a ver los resultados. Fue espantoso, pero, como muchas cosas espantosas, mostró la verdad. El hombre que había impulsado a una araña a matar a una mosca había impulsado a un hombre a matar a una mujer.

»¿Pero a qué hombre? Tuvo que haber sido un hombre débil, un hombre culpable al que habían obligado por chantaje, o un demonio a quien bastó sugerírselo. No pudo haber sido ninguno de los que llegaron a la puerta ni los que estuvieron presentes en la búsqueda. Y esa tarde salí hacia la iglesia del pueblo. Al principio creí que debería buscar en otro lugar, pues Rider no era ni débil, ni culpable ni malo. Pero cuando me mostró una linda pila en el presbiterio de su iglesia y se refirió a ella como un “lavabo”, vi la terrible verdad. Él no era un demonio, sino que estaba poseído por demonios, estaba loco. Y este loco fue el instrumento elegido por el verdadero asesino.

»Pero se había encontrado una sola soga. Si había sucedido como yo creía debía haber dos. Esperé, al meter la mano en el depósito, que no hubiera más que agua. El crimen parecía así demasiado maligno. Pero no, allí estaba. Se habían usado dos sogas.

»Este mayordomo era un hombre muy malvado y muy inteligente. Había sido mayordomo durante veinte años o más y, como dijo, tenía excelentes referencias. Pero imagínense qué había alimentado esas referencias, qué sinnúmero de serviles humillaciones, cuántas sonrisas amables, cuánto disimulo de emociones personales. Era un hombre propenso al odio y a los celos, forzado durante dos décadas a demostrar complacencia y satisfacción.

»Al final es empleado por una mujer que piensa que puede engañar a sus sirvientes para que le sean leales. Pero la lealtad se compra con pruebas, no con trampas. Por más que un hombre diga que una noche de junio es la víspera de Año Nuevo, no vamos a cantar *Auld Lang Syne*. Por más que un hombre se ponga una corona en la cabeza, nosotros no vamos a cantar *Dios salve al Rey*. Por más que una

mujer haga un testamento, no vamos a cantar *Porque es una muchacha excelente*. Y cuando la señora Thurston firmó ese testamento no se aseguró ningún servicio, excepto el servicio fúnebre. Fue su condena de muerte.

»Pues el hombre malvado e inteligente del que hablamos era demasiado malvado y no tan inteligente para triunfar. Era lo bastante malvado para ver que si lograba que asesinaran a la señora Thurston heredaría el dinero, pero no lo bastante inteligente para saber que no había dinero para heredar. Fue lo bastante malvado para planear el asesinato, pero no lo bastante inteligente para averiguar que ella sólo tenía un interés vitalicio sobre el dinero del primer esposo. De modo que la trampa funcionó por partida doble, con el asesino y sobre la mujer asesinada.

»Vio la manera de escapar al servicio, de lograr aquello a lo que con mayor ardor había aspirado toda su vida: la independencia. Si podía eliminar a esta mujer no sólo dejaría la casa, de donde ya lo había despedido el esposo, sin peligro de que descubriera el chantaje, sino que también heredaría su parte del dinero. Sería bastante rico por el resto de su vida, pues podemos suponer que había ahorrado cierta suma.

»¿Pero cómo? Ni siquiera tenía el coraje necesario para asesinar a esta mujer. Pero lo que le faltaba de coraje lo tenía de astucia. Buscó a alguien que lo hiciera por él. Y quizás le haya llevado tiempo encontrar a este agente en el lugar más insólito: la parroquia. Algo parecido a una sonrisa sardónica debió de dibujársele en los labios cuando pensó en eso por primera vez. Pues, ¿quién buscaría violencia en la parroquia? ¿Quién esperaría encontrar un asesino en la casa de un pastor?

»Stall era bajo en el coro, y comenzó a serle útil al párroco. Al principio, mientras el débil cerebro de éste último tuvo todavía salud suficiente para imitar normalidad, eso le satisfizo. Pero poco a poco comenzó a ejercer más y más influencia sobre el desdichado, hasta que le bastaba sugerirle algo al pobre cerebro lunático del otro para persuadirlo de tomar cualquier curso de acción que eligiera, siempre y cuando, por supuesto, el párroco se convenciera de que era su deber. En los albores de esta siniestra relación Stall debió aprender que éste era el camino de acceso más fácil: debía convencer al párroco de que tal y tal cosa era su deber, y eso se hacía. Cuando lo pienso veo a las estrellas revolviéndose de asco. Era un extraño criminal, y agradezco a Dios que no haya muchos como él.

»Luego, aproximándose a su objetivo final, Stall comenzó a sugerirle a Rider que había algo maligno en la relación entre la señora Thurston y el joven Fellowes. El párroco, con su manía por lo que llamaba pureza pero que yo llamaría puritanismo, necesitó muy poca instigación en este punto. Su desorden mental tomó la forma de un odio anormal hasta por el más feliz e inocente de los amores, y cuando Stall comenzó a llenarlo con sugerencias de este escándalo, rápida y locamente se puso alerta, y vio sin duda muchas cosas que no existían.

»Luego poco a poco el mayordomo comenzó a sugerir la espantosa idea de que

era el deber de Rider asesinar a la mujer representada como culpable. Había encontrado un arma que hasta el momento había sido la prerrogativa de los instigadores políticos: un loco al cual convencer de cometer un acto de violencia en aras de una virtud imaginaria, un hombre capaz de emprender un crimen como si fuera una cruzada. Fue aquí, quizás, donde utilizó esa absurda historia del ángel vengador matando al anciano en la torre. Lo guio con esa leyenda, abanicó su ira con una fábula, lo engatusó con una mentira. Hasta que al final Rider estuvo listo.

»Me llamó la atención al principio que se hubiera molestado en sacarle esa última suma de doscientas libras a la señora Thurston en ese momento. Pero subestimé el don de astucia de Stall. Tenía un horrible defecto: amaba triunfar sobre su prójimo. Disponiendo el asesinato de la señora Thurston, sintió que triunfaría sobre la larga serie de sus patronos. Asegurándose estas doscientas libras, que debían ser divididas con el resto de los bienes, triunfaría sobre sus compañeros. Cómo pagaría estos triunfos, no nos corresponde a nosotros decirlo.

»Cuando por fin el desgraciado párroco llegó la noche del viernes sabía lo que debía hacer, y había sido instruido en el método a seguir. No es extraño que interrogara al señor Townsend antes de la cena, como buscando confirmación de los hechos que influyeron en su mente enferma. Y es posible que incluso entonces pudiera haber escapado al dominio de Stall, y haberse ido a casa aún inocente, de no haber sido por esa desafortunada conversación con la señora Thurston antes de irse. Pero ella le dijo con toda ingenuidad que le tenía cariño al joven chófer, como sucedía, inofensivamente, en la realidad. Él salió de la habitación con su loca conciencia tranquila, decidido a emprender la terrible tarea que él creía su deber.

»Stall, mientras tanto, lo tenía todo a punto. Tenía la soga colgada de la ventana del desván y apretada con la ventana que abría en la habitación de la señora Thurston, por la que debía escapar, y la soga colgada de la ventana de la cámara de las manzanas enganchada en la ventana que no abría en la habitación de la señora Thurston, por la que debía volver. De haber podido verlas, uno habría visto una gran «X» sobre la casa, marcándola para la fatalidad, siniestra parodia de la marca a lápiz con que se señala “nuestra ventana” en las postales enviadas desde la playa.

»Pero por desgracia nadie las vio. Era una noche oscura, y todos ustedes estaban dentro. Entonces cuando Rider subió a esperar a su víctima en el cuarto de Mary Thurston, nadie sospechaba que no estaba camino de casa, excepto Stall, que lo había acompañado.

»Ella subió a su cuarto. En la puerta dudó, se sobresaltó y con razón, al encontrar a Rider esperándola en el dormitorio parcialmente oscurecido por Stall con la esperanza de que el asesinato pudiera cometerse antes de que la víctima comprendiera las intenciones del asesino y diera la voz de alarma.

»Nunca sabremos qué loca súplica hizo el pobre hombre en esos diez minutos, ni

cuáles fueron las respuestas de la desdichada señora. Pero por fin se cometió el crimen, y de allí en adelante el párroco siguió las instrucciones de Stall al milímetro. Tomó la soga, abrió la ventana y voló, como una gigantesca araña en su tela, hasta la ventana que no abría. Allí se quedó, aferrado a la mampostería mientras Stall recogía la primera soga y bajaba a la puerta para probar su inocencia.

»Ustedes llegaron, echaron la puerta abajo, registraron, salieron del cuarto, y Stall, con el pretexto de ir a buscar coñac para la chica histérica, fue a sacar la segunda soga, mediante la cual Rider había vuelto a la ventana abierta. Más tarde dijo que había ido a la puerta del frente a abrirla para Rider. Al principio pensé que, si ese timbre hubiera sonado, habría sido un repique de alegría, pues habría probado la inocencia del otro desdichado. Pero luego averigüé que todos los botones de timbres de la casa, incluyendo el de la puerta del frente y el de la habitación de la señora Thurston, oprimían el mismo timbre, de modo que de haber sonado pudo haber sido un anuncio para Stall de que Rider estaba en el dormitorio, tanto como de que estaba en la puerta. Como dije en ese momento, pudo haber demostrado que había alguien en la puerta del frente, o que alguien no estaba allí.

»Ya conocen el resto. Subieron y encontraron al asesino quien, según prefiero creer, no fue sino el arma del asesino, en la habitación junto a la muerta.

—¿Entonces usted piensa —pregunté sin aliento— que le cortó la garganta porque lo creyó su deber?

—Pienso —dijo monseñor Smith pestañeando— que le cortó la garganta porque creyó que era una influencia maligna.

Fue en este difícil momento cuando el doctor Thurston entró en la habitación.

—Espero —dijo con calma— que hayan terminado sus deliberaciones. ¿Todavía no ha hecho su arresto, sargento?

—Todavía no, señor.

—La verdad es, Thurston —dijo Sam Williams— que hay una pequeña diferencia de opinión entre estos caballeros.

Thurston lo miró perplejo. Evidentemente le parecía difícil de entender o de creer.

—Pero... pero ¿no han descubierto quién es el culpable? —preguntó cansado.

—Sí. Bueno, es decir... —balbuceó Williams, puesto en el aprieto. Al fin se volvió al sargento Beef—. Escuche, sargento, usted, después de todo, representa a la policía, y es su deber hacer un arresto. Ha oído a todos estos caballeros. ¿Qué piensa?

El sargento miró por turno a los tres investigadores con evidente apreciación.

—¿Qué pienso? Pienso que lo que estos caballeros nos han contado es notable. ¡Notable! Nunca creí posible que alguien pudiera ser tan ingenioso. ¡Y los detalles que pensaron! Fue maravilloso, señor, un honor escucharlos. Nunca olvidaré este día. Será algo para contar a mis nietos. ¡Pensar que he tenido el privilegio de oír esto! —Sus ojos, por lo común algo turbios, brillaban ahora con sincera admiración.

—Eso no es lo que estamos discutiendo —dijo Williams con frialdad—. Lo que debemos decidir es quién es el culpable, y arrestarlo.

—Ah, sí —admitió el sargento Beef—, me olvidaba. Yo sé quién lo hizo, por supuesto. Pero eso no es nada, averiguar quién lo hizo. Caramba, yo nunca podría inventar historias así aunque me pagaran, señor. Fabulosas.

—Bien, sargento, no ha parado de decir que sabe quién lo hizo. ¿Y si nos explica su teoría?

—No tengo ninguna teoría, señor. No voy a presumir de eso, delante de esos caballeros. No podría expresarme así, ni que me dieran no sé qué.

—¿No tiene ninguna teoría? Pero me pareció que había dicho que sabe quién lo hizo.

—Y lo sé. Pero eso no es nada, señor. No después de oír lo que he oído.

—Está bien, por todos los cielos, hombre, díganos lo que sabe.

—Bueno, es tan sencillo, señor. No quiero decepcionarlos.

—Vamos. ¿Tenía un cómplice el asesino?

—Sí, tuvo dos.

—¿Dos? ¿Va a arrestar a sus cómplices?

—No puedo hacerlo, señor.

—¿Por qué no?

—Porque uno está muerto y el otro no sabía lo que resultaría de todo eso.

—¿Uno está muerto?

—Sí. ¿Sabe? Empezó cuando ustedes hablaron de novelas de detectives, antes de la comida. —Lord Simon se estremeció al oír esta palabra—. Y me gustaría saber quién empezó la conversación.

De pronto lo recordé. Había sido iniciada por Thurston.

—Para decir la verdad —dije—, aunque por supuesto ahora no tiene la menor importancia, ahora lo recuerdo. —Me volví hacia Thurston—. Quizás lo recuerde, doctor. Se dirigió a mí, me preguntó si había leído buenas novelas de detectives últimamente. Claro que todo esto es ridículo, pero acabo de recordarlo.

El doctor Thurston sonrió con paciencia.

—¿Lo hice? Muy probable. No lo recuerdo.

—De todas formas, ¿qué tiene eso que ver? —preguntó Williams.

—Ya va a ver. Bueno, el doctor Thurston empieza a hablar de asesinos, y lo que les sucede si son atrapados. Y Norris dice que no le gustan las historias de crímenes porque no tienen nada que ver con la realidad. Y etcétera.

—¿Y?

—Y cuando la señora Thurston sube, el doctor Thurston va a su cuarto y se viste. Luego, después de que Strickland sale del cuarto de ella, entra él. «Eh», le dice, «tengo una idea para una broma», dice. «¿Qué te parece si los jorobamos esta noche con un asesinato, y vemos si pueden descubrir al asesino?». «¿Qué quieres decir, querido?», dice ella. Siempre fue un poco tonta y la convencían de cualquier cosa.

En este punto Williams se puso de pie.

—Esto es ridículo —dijo—. Beef, no soportaremos esta tontería. Es demasiado doloroso para el doctor Thurston.

—*Mais non* —dijo Picon—. ¡Debe continuar el buen Boeuf! ¡Se está poniendo interesante!

Beef continuó.

—En resumidas cuentas, resulta que él la convenció. «Ahora mira lo que haremos», dice. «Cuando vayas a acostarte, no te desvistas, cierra la puerta con llave y cierra la ventana. Luego agarra este frasco de tinta roja y lo derramas sobre la almohada. Agarra el lápiz de labios y píntate una buena cicatriz en la garganta. Luego grita como poseída con toda la fuerza, ¿entiendes? Vendremos y echaremos la puerta abajo, y luego veremos si estos tipos que dicen que se puede cometer un asesinato sin ser atrapado pueden descubrir cómo escapó el asesino. ¿Has entendido?», dice él, y ella dice que sí. Luego él dice: «¿Sabes qué? Voy a sacar esta bombilla, porque si no se van a dar cuenta de que no te han asesinado». Y eso hace, y la tira por la ventana.

—¿Entonces por qué no hay huellas digitales en el vidrio? —pregunté. Pensé que con esto lo aplastaría, pues era obvio que Thurston no pudo ponerse guantes.

—¿Por qué no? Porque la bombilla estaba encendida, por supuesto. Y todavía

estaba caliente. Así que él saca el pañuelo para agarrarla. ¿Lo entiende?

Me empecé a poner nervioso. ¿Y si este torpe policía había reunido suficientes tonterías para hacerlas pasar por ciertas? Sería incómodo para Thurston verse ante el inconveniente de tener que defenderse.

—Bueno, sigamos con lo que le dijo a la señora Thurston. «Cuando los tengamos en un puño», dice él, «les decimos que era una broma, ¿eh? Pero no te muevas hasta que yo te avise. Que no nos descubran demasiado pronto». Y ella está de acuerdo. Yo conocía a la señora. Era un poco infantil. Le encantaban las actividades teatrales y otros entretenimientos. Entró en el juego pensando que iba a ser sólo una broma, pobre señora.

»Después quizás fue ella la que pensó en lo otro. “¿Y si a alguien se le ocurre bajar y telefonar a la policía? No podemos permitirlo, ¿no?”. Y él dice: «No, claro. ¿Sabes lo que podemos hacer?, corto el cable del teléfono, así nadie podrá hablar», y, como sabemos, lo hace.

»Entonces bajan todos a cenar, y la señora Thurston estaba contenta, porque aunque Stall, al que ya voy a meter en la cárcel, la había estado chantajeando un poco, sabía que había sido despedido, y se iría en dos semanas, y además estaba contenta como una niña con su broma. Seguro que se pasó toda la noche mirando a su esposo con mirada de cómplice, y pensando en cómo engañarían a todos.

»Bueno, entonces, Strickland se va a la cama, enseguida le sigue Norris, y después el párroco. Volveremos a él después. Y a las once, como siempre, la señora Thurston sube a acostarse. Cuando abre la puerta, se encuentra a Stall parado ahí, apoyado sobre su tocador, aspirando rapé. “¿Qué hace aquí?”, le pregunta, aunque sabe muy bien que buscaba las doscientas libras. Pero no pierde tiempo discutiendo, le da los billetes para deshacerse de él y cuando se va empieza a prepararse para la broma.

»¡Pobre señora! Debió de haberse reído mucho, sin saber en qué se metía. Agarra el frasco de tinta roja y lo derrama sobre la almohada (como un muchacho que quiere irse de la escuela y pone un poco en el pañuelo y dice que le sale sangre de la nariz). Luego se pinta la garganta y cierra la puerta. Ahora piensa que todo está listo, y se tiende en la cama, y da tres alaridos, de ésos que congelan la sangre en las venas. Luego cierra los ojos, y espera que los acontecimientos sigan su curso.

»Ustedes saben lo que sucedió. El primero en llegar fue Norris, porque no había nada que lo demorara. Luego subió el doctor Thurston, llamándola y Williams y Townsend, y echaron la puerta abajo. ¿Qué pasa con los demás? Hacen bien en preguntar. Dos de ellos tenían algo que esconder antes de asomar la nariz por la puerta. Está Strickland, con el collar de diamantes, que la señora Thurston le había dado antes de la cena, sobre la mesa como si nada. Tenía que ocultarlo antes de atreverse a abrir su puerta. Y estaba Stall con doscientas libras en el cuarto, que no

podía bajar corriendo antes de esconderlas. Luego estaba el chófer. Bueno, no olviden que la señora Thurston le había llamado a su dormitorio esa noche. No me sorprendería que bajara las escaleras cuando oyó los gritos, se dio media vuelta y volvió a su cuarto durante un minuto. O algo por el estilo.

»Luego ustedes rompieron los paneles de la puerta y examinaron el interior. Y pensaron que había sido asesinada pues ella yacía en un charco de sangre. El doctor Thurston fue hacia ella y dijo que estaba muerta. Y ustedes comenzaron a registrar el cuarto como locos, creyendo que alguien había entrado y la había asesinado, que es lo que quería que creyeran. Y mientras tanto la pobre señora reía para sus adentros pensando que se estaba burlando de todos. Y así era, hasta ese momento.

»Entonces buscaron por todos lados: en la chimenea, la ventana, debajo de la alfombra, sin saber, como saben ahora que nadie había estado allí después de Stall y que éste sólo estuvo durante dos minutos. Después del registro, dejaron a la señora sola y Townsend, Strickland y Norris salieron al jardín y el chófer vino a buscarme.

»Entonces, no habiendo nadie en el interior, y teniendo una coartada, no era problema volver al dormitorio, asesinarla, y arrojar el cuchillo por la ventana a tiempo para que Townsend lo hallara. ¿Lo ven? Les dije que era simple. Apenas vale la pena contarlo. Pero querían saber cómo se había hecho.

—Pero cielo santo, Beef —dije, azorado por la historia que parecía embarazosamente cierta—, ¿qué pruebas tiene?

—¿Pruebas? —repitió Beef—. Tengo muchas pruebas. ¿Sabe cómo llegué a esto? Examinando las manchas de sangre sobre las que todos ustedes se mostraron tan sarcásticos. Ya ve, en ese sentido tengo una ventaja sobre estos caballeros. Quiero decir que no puedo deducir teorías como ellos, ojalá pudiera. Pero a uno le enseñan cosas en la policía, ¿sabe? Y uno de los primeros trabajos en un caso como éste es examinar bien las manchas de sangre. Bueno, eso hice, y encontré algo raro. La funda estaba limpia, al menos lo estaba antes de la sangre. Y las manchas de la funda eran de sangre, sangre verdadera. Pero al examinar la almohada, ¿qué creen que encontré? ¡No sólo sangre sino también tinta roja! Eso me indicó un par de cosas. «Conque se hacía la muerta, ¿eh?», pensé. Y la funda con las manchas de tinta había sido retirada después del verdadero asesinato. Así lo descubrí. Naturalmente, tengo la almohada y la funda. Pruebas A y B. Eso es prueba suficiente, ¿no? Y no circunstancial.

Así al fin supimos quién era el culpable. Como dijo el sargento Beef, la prueba de la almohada y la funda no era circunstancial, sino cierta. No puedo aducir que yo había sospechado del doctor Thurston, porque me había parecido imposible que él, que había estado con nosotros desde que la señora Thurston se fue a la cama hasta que la encontramos aparentemente asesinada, podía tener algo que ver con el asesinato. ¿Quién podría haber sospechado que su cómplice, su desdichado e inconsciente cómplice, había sido justamente la mujer asesinada? Parecía demasiado espantoso, pero incluso al pensarlo, me di cuenta de que era diabólicamente inteligente.

Pero un hombre había decidido ser leal a Thurston. El doctor iba a hablar en respuesta al sargento Beef cuando Williams le puso una mano en el hombro.

—Doctor, como su abogado le prohíbo que diga nada en respuesta a esto por el momento. Todo es ridículo, y podremos probar que este policía estúpido ha cometido un error.

Lord Simon se reclinó en su asiento.

—Esta vez no, Williams —dijo—. No me apasiona defender a la policía, pero me han bajado los humos. —Luego agregó—: ¡Señor! ¡Qué alivio haberse equivocado aunque sólo sea una vez! ¡No saben lo monótono que es ser infalible!

—Yo también, el gran Amer Picon, quedo satisfecho. Al fin he dado el *faux pas*. Hurra, como dicen ustedes, ¡es una novedad!

Y monseñor Smith murmuró en voz baja.

—Estoy muy, muy contento.

—De todos modos —dijo Williams furioso—, no diga nada, doctor, hasta que hablemos en privado. —Luego se dirigió a Beef—. Entiendo que no hay objeción en que el doctor Thurston venga conmigo al estudio un momento antes de que usted... siga adelante.

—Ninguna, señor. Hay policías en los jardines y nadie puede salir. Le doy diez minutos.

Los dos salieron de la habitación y el sargento Beef hizo un ruido desagradable como si estuviera chupándose los dientes, lo cual probablemente estaba haciendo. Luego, de repente, se puso de pie despacio.

—No sé si debería dejarlos solos... —empezó a decir.

Pero sus palabras fueron bruscamente interrumpidas. Se oyó el estampido de un disparo de revólver que pareció estremecer la casa, y retumbó ensordecedor en mis oídos durante algunos segundos. Saltamos y corrimos al vestíbulo. La puerta del estudio estaba abierta, y el pesado cuerpo del doctor Thurston yacía sobre el suelo cuan largo era, aferrando todavía el revólver con la mano derecha. Williams se arrodilló a su lado, y lo mismo hizo Beef.

—Me temo que no pueden quedar dudas sobre la muerte en este caso —dijo Williams—. Debe de haber sido instantánea.

—¿Cómo ha sucedido? —pregunté.

—Me trajo aquí, y luego me pidió que le dejara solo un momento. Dijo que quería serenarse antes de hablar conmigo. Y como un tonto le hice caso. Por alguna razón no se me ocurrió que ésta fuera su intención. Apenas abrí la puerta oí el disparo a mis espaldas.

—Volvamos a la otra habitación —dije yo, pues el cuerpo del muerto era horrible. Había una expresión de horror y sobresalto en la cara muerta de Thurston que me resultaba insoportable. Antes de dejarlo, sin embargo, taparon el cadáver con una manta, y Beef se ocupó de cerrar la puerta con llave cuando salimos todos de la habitación.

—Bueno, parece muy apropiado para probar su teoría, sargento —dijo Williams, cuando habíamos vuelto a la atmósfera más natural de la sala.

Y en verdad que si era necesario obtener otra prueba, era ésta. ¿Qué podía ser más definitivo que el suicidio del protagonista? Pero al parecer Beef se sentía molesto.

—¿Qué teoría? —dijo—. Yo no tenía ninguna teoría.

—Sí, la tenía —dijo Williams—, y muy brillante, y ahora resulta asombrosamente cierta. ¡Pobre Mary! ¿Cuál sería el motivo de Thurston? Supongo que lo sabremos cuando revisemos los papeles de ella. Fue una idea maligna e inteligente, que Thurston la convenciera de ese simulacro y luego, con la coartada establecida, volviera y la matara.

El sargento Beef estaba parado entre nosotros y la puerta.

—¿Quién ha dicho que el doctor Thurston volviera y la matara? —preguntó de pronto.

Por un instante no comprendí las implicaciones de esta extraordinaria pregunta, luego me horrorizó ver que el sargento había sacado un par de esposas y se había incorporado cuan alto era.

—Samuel James Williams —dijo—, es mi deber arrestarlo. Está acusado del asesinato de Mary Thurston y del asesinato del doctor Alexander Thurston. También es mi deber advertirle que cualquier cosa que diga puede ser usada en su contra.

Antes de que yo me hubiera recobrado de la sorpresa vi que le había puesto las esposas al abogado.

—Pero... pero... —dije—. Acaba de probar que fue el doctor Thurston.

—Le ruego que me perdone, señor, no he probado nada de eso. Supe que era él todo el tiempo.

Entonces el sargento Beef hizo algo muy común. Sopló fuerte en un silbato.

—¡Ay! —dijo lord Simon, cuya sensibilidad fue herida por el ruido.

Entraron dos policías.

—Llévenselo —dijo el sargento Beef—. No dirá nada, siendo abogado. Pero no se salva de ésta. Lo van a colgar por el cuello hasta que muera, ya lo verán.

Tras lo cual el sargento se sirvió un vaso de cerveza, y después de pasarse la lengua concienzudamente por los extremos del desordenado bigote pelirrojo, dijo:

—Ya ven, caballeros, yo no tenía teorías, como las de ustedes. Sigo creyendo que eran notables. Pero sabía quién lo había hecho. Era muy sencillo. Lo que les dije de la broma era cierto. Fue idea del doctor Thurston, una broma. No tuvo más intención que ésa, ¿entienden lo que quiero decir? Sacó la bombilla para hacerla mejor, pues no quería que nadie viera que todavía estaba viva y se estropeará todo, y cortó el teléfono para que nadie llamara a la policía, nosotros viniéramos y se metiera en líos por molestarnos sin motivo. Luego todo sucedió como dije que había sucedido. Pero cuando Williams estaba registrando el cuarto vio de reojo que la señora Thurston estaba tan muerta como él. O quizás la oyó reírse. Y tiene una mente rápida. «¡Caramba!, he aquí la oportunidad de eliminarla», pensó. Se deshizo de todos ustedes. El doctor Thurston tenía que actuar como si estuviera muy afligido, para seguir la broma, así que se quedó abajo. En ese momento, Williams, que habría dicho que iba a intentar de nuevo llamar por teléfono subió y le cortó la garganta mientras ustedes registraban el jardín... Tiró el cuchillo por la ventana, como dije. No fue mucho antes de que usted lo encontrara. Señor Townsend. Con razón la sangre estaba todavía fresca.

»Ya ven, Williams fue un asesino de los más inteligentes, el que sabe cómo aprovecharse de una oportunidad. Eso es la mitad de la partida. Soy de la opinión que cualquiera puede ser asesinado, y el culpable no será encontrado si el asesino lo hace en el momento justo. Eso es lo que pensó Williams cuando simulaba registrar la habitación. Sabía que el doctor Thurston estaba en el juego con ella, pero sabía muy bien que cuando el doctor descubriera que ella estaba muerta de verdad, nunca se animaría a revelar la verdad, porque él mismo sería colgado, seguro. Sólo tenía que asegurarse de que el doctor subiera solo, y lo descubriera a solas, también.

»No creo que fuera difícil. Sabía que el doctor estaba solo en la sala. Lo único que debía hacer era sugerirle algo que le hiciera subir otra vez. Quizás dijo oír un ruido desde el dormitorio. Quizás no tuvo que sugerir nada, porque el doctor querría ir a reírse con su esposa de la broma, cuando todos ustedes estaban fuera del camino. Nunca lo sabremos. Pero de todas formas, Williams volvió a la antesala y dijo que era imposible comunicarse por teléfono, como si no hubiera dejado de insistir.

»Entonces el doctor Thurston subió a ver a su esposa. Pero al entrar en el dormitorio descubrió que había sido asesinada. Iba a gritar cuando vio que su situación no era muy clara. Era inocente, pero después de todo fue él quien sugirió ese juego estúpido. La hizo simular. Y cuando cualquiera viera cómo había sido cometido el crimen, sospecharían de él. Especialmente ahora que él estaba solo con

ella. Así que no dijo nada y bajó, justamente lo que esperaba Williams.

»Abajo se encontró con Townsend, Strickland y Norris, que volvían de registrar los jardines. Sabía que era alguno de ellos quien lo había hecho, pues todos estuvieron en el cuarto de arriba, pero no sabía de quién sospechar. Entonces les preguntó dónde habían estado. Pero vio que parecería extraño que se pusiera a hacer preguntas, y se calló. Sin embargo, a partir de ese momento deseaba que se descubriera al asesino. No le gustaba guardar el secreto, pero tenía suficiente cabeza para darse cuenta de que lo colgarían si contaba toda la historia de la broma.

El sargento hizo una pausa para beber otra vez.

—No hay mucho más que contar, excepto que no debería haberlos dejado nunca que entraran solos en el otro cuarto. El doctor Thurston estaba a punto de contarle todo, cómo planeó la broma con su esposa y que no tenía nada que ver con el asesinato, cuando Williams, como vieron ustedes, le detuvo. El doctor Thurston no sabía de quién sospechar, pero nunca sospechó de Williams. Le llevó como un corderito al otro cuarto. Para decir la verdad, no tendría que haberlos dejado ir, pero esperaba conseguir más evidencias si Williams le decía que no dijera nada y él llegaba a sospechar de Williams. Apenas llegaron allí Williams le disparó, le puso el revólver en la mano y abrió la puerta, con una historia a punto de cómo el doctor Thurston se había suicidado al darle la espalda. Si eso hubiera resultado, habría sido inteligente, ¿se dan cuenta?

»Williams debe de haber creído que yo sospechaba del doctor Thurston. Pero yo no sospechaba. Sabía que era Williams.

—¿Por qué? —pregunté—. Después de todo, fue Thurston el que organizó la «broma». Fue Thurston el que dijo que ella estaba muerta. ¿Cómo sabía usted que fue Williams el que volvió a ese cuarto y mató a la señora Thurston?

—Sencillo, señor. Le he dicho que no tengo teorías. No soy bueno para esas cosas. Soy un policía común y corriente, como se dice. Descubrí cómo se había cometido el crimen por las manchas de sangre y de tinta. Y descubrí quién había cometido el crimen por las manchas de sangre y de tinta también. Usé los métodos del reglamento. Nunca me han servido esos trucos de imaginación como mástiles a media asta, arañas y moscas, Sidney Sewell y esas cosas. Ustedes, caballeros, entienden todo eso. Yo tengo que seguir instrucciones de procedimientos en un caso de asesinato. Entonces cuando descubrí las manchas tenía que buscar en la ropa que todos ustedes habían usado esa noche. Y en la manga izquierda de la camisa de Williams, cerca de la axila, encontré una mancha rosada muy débil. Y sabía que era tinta roja. Cuando agarró la primera funda con la tinta roja, la escondió en el chaleco para después quemarla. Y aunque para entonces ya estaba casi seca, dejó una pequeña mancha. Después en el puño también encontré otra macha. Ésta también era roja, pero no era tinta, era sangre. Muy probablemente habría más en la chaqueta, pero la

había mandado a lavar. Era casi imposible que alguien la viera. Era pequeña, justo en el borde del puño. Por eso supe que era él.

»Pero tendremos muchas más pruebas. No dejó huellas digitales porque tuvo tiempo. Pero cuando mató al doctor Thurston estoy seguro de que las dejó en el revólver, pensando volver más tarde a limpiarlas. Ahí lo agarramos. Además, cuando se haga la indagatoria de la muerte del doctor Thurston, descubrirán que el tiro que lo mató no pudo ser disparado por él mismo. Siempre se sabe si el tiro vino desde un metro o un metro veinte de distancia o desde cerca de la cabeza.

»Pero hay una prueba más importante contra él. En la estufa de su dormitorio encontré restos de tela quemada, y la mandé a Scotland Yard para que la examinaran. Resultó ser del mismo material que están hechas todas las otras fundas. Bueno, eso no habría sido concluyente si la muchacha no me hubiera contado lo de las chimeneas en las habitaciones. ¿Recuerdan cómo él me hizo callar cuando le empecé a preguntar a Enid sobre eso? ¿Y que para no resultar pesados ustedes, caballeros, le dieron la razón? Bueno, tuve que hablar con ella más tarde. Dijo que a Williams no le gustaba que le encendiera el fuego en la habitación. Y Williams nunca había encendido el suyo. Y cuando ella vino a limpiar el hogar serían las nueve, porque yo lo había examinado nada más llegar aquella mañana y encontré el pedazo de tela chamuscada. Me pareció entonces que el carbón estaba caliente todavía y ella dice que cuando fue a limpiar estaban tibios. Había un balde pequeño con carbón, y no lo habían usado todo. Así que no pudo encender el fuego hasta la madrugada, para quemar la funda, por lo que ninguna otra persona pudo entrar en la habitación para quemarla allí.

—¿Pero qué motivo tuvo? —pregunté. Ahora el mío no era escepticismo, sino curiosidad.

—¿El motivo? Tenía más motivos que nadie. Lo primero que hice fue revisar los papeles de la señora Thurston. Él tenía todo el dinero de ella. Para invertir, claro. ¿No les pareció extraño que una señora con dos o tres mil libras de renta anual, que nunca vivió con extravagancia, tuviera la cuenta bancaria tan limpia que no pudiera hacer un reintegro aun enfrentada a un chantaje? Bueno, ésa es la razón. Todo lo que no gastaba de sus ingresos se lo entregó a Williams durante años para que invirtiera por ella. Y él se lo gastaba. Y ahora, que Stall y Strickland la apremiaban, quería un poco. Pero no había nada. Claro que al llegar este fin de semana, él no pensó que se le presentaría una oportunidad tan buena de eliminarla sin ser atrapado.

Aunque ahora parecía que no quedaba nada más que decir yo, al menos, estaba decidido a aclarar cada punto que se me ocurriera. No tenía intención de dejarme atrapar otra vez por cualquiera que viniera con una nueva teoría para invalidar ésta. Entonces, a pesar de que el sargento Beef había consultado ansioso su gran reloj de plata, y varias veces, como temiendo llegar tarde a algún compromiso urgente, continué interrogándolo.

—¿Y qué pasó con las sogas? —le pregunté.

—Ah, las sogas. Bueno, de noche reflexionó y le pareció un crimen perfecto. Ya sabía que el doctor Thurston había decidido guardar silencio sobre el juego para que las sospechas no recayeran sobre él. Pensándolo bien, es muy probable que el doctor Thurston se lo dijera, pues era su abogado. Ahora que lo pienso, me convenzo más. Y Williams, por supuesto, le aconsejó no hablar hasta ver qué hacían ustedes, caballeros. Quizás no hubiera necesidad de mencionar el juego, si encontraban al asesino sin eso. Pero, se lo haya contado a Williams o no, Williams sabía que se lo diría a él antes que a nadie, si es que iba a mencionarlo. Entonces Williams pensó que todo iba bien, un misterio que nadie podría resolver. Comenzó a preguntarse si no era un misterio excesivo. Así como estaba, la única solución habría sido la verdadera, y eso no le convenía. Entonces pensó en cómo crear otra posibilidad. Y en algún momento de la madrugada se levantó, fue al gimnasio, encontró una escalera, trajo las sogas, y las escondió en el depósito. Tuvo coraje. Pero no era tan peligroso como parece. Si lo sorprendían con ellas diría que estaba investigando y acababa de encontrarlas, y podría mostrar cómo las había usado el asesino. Pero no le sorprendieron. Las metió en el depósito sin correr ningún riesgo. Trajo las dos por si después se comprobaba que una no alcanzaba, con lo cual se desperdiciaría su trabajo.

—¿Pero Strickland y el collar?

—¿Qué pasa con él? Su Señoría tenía toda la razón. Es el hijastro. Se metió en líos con las carreras y se cambió el nombre. Pero no es malo. No apostó las cien libras a ese caballo hasta que la señora Thurston le dio el collar que podría empeñar por más de eso, para cubrirse si el caballo no ganaba. No es mal muchacho, les digo. Me alegro de que haya ganado su caballo. Va a haber tragos gratis esta noche, si llego a tiempo. Claro que dijo una o dos mentiras. Bueno, no iba a admitir que se había cambiado el nombre. ¿Por qué iba a hacerlo? No quería que desenterraran todo eso. En cuanto a que fuera a Sidney Sewell, ¿qué puede ser más natural? Una vuelta en coche es lo que todos deseaban, después de estar encerrados aquí con la investigación de un asesinato. No a todos les gusta, ¿saben? Y es lógico que eligiera Sidney Sewell, pues en ese lugar había vivido. Pero no había nada secreto en eso, si no, no habría

llevado a Norris y a Fellowes.

Yo estaba decidido a descubrir si el caso del sargento estaba completo.

—Pero ¿y el chófer? —pregunté—. ¿Y la muchacha? ¿Y el hermano exconvicto?

El sargento sonrió.

—Ahí yo tenía una ventaja, señor. Sabe, siendo sargento en un lugar como éste, uno llega a conocer a la gente y a saber en qué anda. Quiero decir que sabemos quién anda en cosas raras y quién está a punto de meterse en un lío. Yo conocía muy bien a este muchacho Fellowes, jugué a los dardos con él muchas veces. Siempre empieza con el dieciocho doble. No falla nunca. Bueno, yo sabía que tenía algo ahorrado, y que hacía mucho que buscaba un bar para él y para Enid. Y también sabía que acababa de quedarse con el León Rojo. Pagó una semana antes de que empezara todo esto. Y el hermano, Miles, iba a trabajar con ellos. Estaban contentos como niños. No estaba como para matar a nadie. No, señor. Se iban a casar y todo. Quizás haya tenido una pequeña discusión con su novia por no haber presentado la renuncia. Pero juego diez a uno que cuando salieron juntos el viernes por la tarde él le dijo que esa misma noche se lo diría a la señora Thurston. Y esto tranquilizó a Enid; por eso, cuando volvieron al coche, se les había pasado el enfado. Luego, como ustedes recordarán, la señora Thurston le llamó para hablarle de las trampas para las ratas, lo que quería decir que quería verle más tarde. Y él se lo largó ahí mismo, en el vestíbulo: que se iba al terminar la semana. Con razón la notaron algo contrariada cuando subieron a cambiarse. Estaba contrariada, pero lo había convencido de que fuera a hablar con ella más tarde. Bueno, a las once él y Enid oyeron a la señora Thurston ir a acostarse. Él quería verla en seguida y terminar con el asunto, pero no debía parecer que la seguía. ¿Qué haría cualquiera en su caso? Miró el reloj y dijo: «Caramba, son más de las once», como si fuera más tarde de lo que pensaba, para explicar su prisa.

»Entonces subió para ir al cuarto de ella, pero no pudo porque estaba Stall, buscando las doscientas libras. Fellowes no sabía quién era, claro, pero oyó hablar a alguien. Y yo creo, como ya les dije, que bajaba de su cuarto para volver a intentarlo cuando oyó los gritos y regresó. La chica tuvo una experiencia espantosa. Estaba en la habitación del doctor, justo al lado de la de la señora Thurston cuando empezaron los gritos. No sin razón, no pudo moverse durante un minuto. Le debe de haber dado un vuelco el corazón, con esos gritos repentinos sin ningún ruido antes. Cualquiera se sobresalta, en especial cuando piensa que su novio puede estar allí. Se quedó inmóvil donde estaba hasta que les oyó golpear a la puerta, luego salió y debió de sentirse aliviada al ver a Fellowes con ustedes. Él le dijo que se fuera abajo, y ella le obedeció, según la cocinera.

»Otra cosa: fue una suerte para Miles tener esa coartada. Pudo parecer que alguien le había mezclado en esto, y haber sacado a relucir todo lo de su pasado, lo que no le haría ningún bien en el pueblo cuando fuera a trabajar en el León Rojo.

Pero por suerte nadie sabe nada, excepto ustedes caballeros y yo, así que no corre peligro. Ahora va a ir derecho. Nunca hace trampas jugando a dardos, y ésa es buena señal. La otra noche, yo jugaba contra él y pensé que uno de sus dardos estaba en el sesenta. “Sesenta”, dije, pero él me dijo: «No. No estaba ahí». Podría haberse callado y yo no me habría dado cuenta. Pero no lo hizo. Es honrado. No volveremos a tener problemas con él.

Fue en ese momento, creo, que monseñor Smith se puso de pie para retirarse. No le guardaba rencor al sargento y, como buen deportista que era, disfrutaba de haberse equivocado al fin.

—¿Sabe? —dijo—. Por la naturaleza misma de las cosas nunca ha sido posible que me equivocara antes. Y puesto que hay error en el hombre, un hombre puede equivocarse.

Nos sonrió a todos y recogió su sombrilla.

—¿Adónde va? —le pregunté.

—Debo ir a la parroquia —dijo, y se escurrió. Luego nos enteramos que pasó muchas horas en la sombría parroquia, pero lo que sucedió en ese tiempo no era asunto nuestro.

Después de salir de la habitación, me asaltó otra duda.

—Sargento —le dije—, hay un asunto que no ha explicado. Y ahora que lo pienso, es serio. ¿Qué pasa con el párroco? No puede explicar todos sus movimientos así como así. Todos fueron de lo más peculiares. En primer lugar las preguntas que me hizo. Luego todo ese tiempo durante el que, según él, estuvo en el huerto, y luego cuando estuvo al lado del cuerpo tan pronto tras el crimen, y por fin cuando dijo que había pecado. ¿Qué quiere decir? ¿Está loco?

—¿Loco? ¡No! —dijo el sargento Beef—. No está loco. Ésa fue su manera de zafarse, de defenderse.

—¿Defenderse? ¿Entonces tuvo algo que ver con el asesinato?

—No. No es eso. ¿Pero no ha comprendido todavía, señor, de qué se avergonzaba? Es más que obvio.

—Creo que no, a menos que fuera ese puritanismo suyo.

—No, no era eso. Aunque eso es parte. ¿Vio el tipo de hombre que es? Siempre ve algo malo donde no hay nada. Bueno, ¿sabe qué es imprescindible para eso? Una mente sucia. Es natural que estuviera avergonzado de sí mismo. Cuando salió de aquí esa noche, ¿adónde fue? ¿Salió al huerto, a caminar para arriba y para abajo? ¡No! Sabía que la señora Thurston se iría a acostar en un minuto, y quizás no se molestara en correr las cortinas. Salió al jardín para ver si podía ver algo que no debía. Por eso oyó los gritos, y por eso se sentía culpable después.

—En realidad —dijo lord Simon— no sólo era un fisgón sino también un *voyeur*.

Epílogo

El bar del León Rojo estaba muy iluminado y la cerveza relucía alegremente en jarras de vidrio. Enid, detrás del mostrador, nos observaba con placidez, mientras el sargento Beef y yo intentábamos con ahínco ganarle una partida de dardos a Fellowes.

—Le pueden llamar policías y ladrones —dijo Enid cuando empezamos, haciendo alusión a mis esfuerzos de unos meses atrás por ayudar en la investigación del Misterio Thurston y sin olvidar cómo habíamos desenterrado el desgraciado pasado de los dos hombres que eran ahora nuestros oponentes. Los «ladrones» ganaban, al menos en este contexto, pues el posadero, a quien yo había conocido como chófer, y su cuñado eran, como decía Beef, «brujos jugando a esto».

Williams había sido colgado la semana anterior. Cuando se inició el juicio, la cantidad de pruebas reunidas en su contra era enorme, y sospeché que el fiscal recibió algunas sugerencias de por lo menos dos de los investigadores involucrados en el caso. Se habían burlado con afabilidad del sargento, quien nunca perdió su admiración por ellos. Se asombraba, aún hoy, de su inventiva, y envidiaba sus notables dotes.

Nuestra partida terminaba. Fellowes necesitaba ciento cincuenta y siete para salir. Lleno de envidia le miré arrojar los tres dardos, diecinueve triple, veinte triples, máximo doble: un trabajo brillante. Y cuando trajeron la bien merecida cerveza, volvimos, como siempre, a hablar de la tragedia que nos había reunido por primera vez.

—Fue un asunto ridículo —comentó Fellowes, no, como comprenderá, imputándole nada de comedia al asunto, sino refiriéndose al notable elemento de impresión.

—Sí, ¿verdad? —dijo Enid, masticando patatas fritas—. Casi me caí de espaldas cuando me enteré de que el asesino fue Williams. Aunque nunca me gustó. Demasiado altivo y poderoso. Pero no era para suponer que era capaz de eliminar a alguien, ¿no? Y sin embargo, así fue. Nunca se sabe, como dice la gente.

—Para mí, fue una lástima —dijo Miles—. Ir y cortarle la garganta de esa manera. Nunca le había hecho daño a nadie.

—Ah —dijo Fellowes—, pero cuando la gente se mete en líos de dinero es capaz de hacer cualquier cosa. ¿Cuánto le había sacado? Seis mil, ¿no? Y no tenía nada que mostrarle a cambio. Tenía que hacer algo para que no hablara.

—Me lo imagino, pero ésa no es razón para hacer lo que hizo —observó Enid—. Y después matar al doctor también. Que nadie diga que no se merecía lo que consiguió. ¿Cómo fue que le llamó el abogado aquél? «Oportunista homicida», ¿no? Y sí que aprovechó su oportunidad.

—Por eso era tan difícil atraparlo —me atreví a observar. He aprendido a no dar mi opinión con tanta generosidad, en los últimos tiempos.

—Sí. Y lo que yo digo ahora —dijo Enid— es lo que he dicho siempre: el sargento Beef fue muy inteligente al descubrirlo.

—¡Oigan, oigan! —dijo Fellowes.

El sargento se chupó el bigote.

—Bueno, no sé —dijo—, no es nada. Lo único que hice fue cumplir con las instrucciones de rutina. Examiné las manchas de sangre, y lo demás vino solo. Y así lo descubrí. Le dije a los caballeros que vinieron a investigar, desde el principio, que era un caso demasiado sencillo para ellos.

—Por desgracia, sargento, la policía les ha dicho lo mismo tantas veces que no podían creerle.

—Bueno, pero era cierto. ¿Qué había de complicado? Las manchas de tinta, y después las manchas en la camisa de Williams, y el pedacito de funda que había quemado. Eso era todo, y el resto vino solo. No era un caso para ellos, de ninguna manera. Quiero decir, ellos necesitan algo complicado. Éste era un asunto para la policía, ni siquiera valía la pena llamar a Scotland Yard. Pasan cosas como ésta todos los días. Y lo único que tiene que hacer uno es llevar a cabo las instrucciones, tomar notas, y ya está. Pero cómo me gustaría poder inventar una historia como ellos. Ellos son genios. Bueno, ¿qué tal otra partida de dardos?

∞

Notas

[1] El apellido del sargento, «Beef», significa carne vacuna. Se hace un juego de palabras con «Boeuf» que, en francés, significa buey. (N. de la T.). <<